



Earle Herrera

Guanipa *Endenantico*



MESA DE GUANIPA



Guanipa

Endenantico



1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana / PDVSA, 2021

© Earle Herrera

© Fundación Editorial El perro y la rana

© PDVSA

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Gerencia de Asuntos Públicos,
Dirección Ejecutiva de Producción.
Faja Petrolífera del Orinoco “Hugo Chávez”

www.pdvsa.com
Twitter: @pdvsa

Corrección
José Jenaro Rueda

Diseño y diagramación:
César Rodríguez

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-4704-7
Depósito legal: DC2020000961

PRÓLOGO DE ENDENANTES

En España se dice *ole* y en Venezuela se dice *guá*. El maestro Billo le dedicó una guaracha a ese contrapunteo de voces de ambos lados del charco. Desde la Academia, ya el maestro Rosenblat procuró poner los puntos sobre la íes en su libro *El español de América*, que no es lo mismo ni se escribe igual que el de allá, o sea, el de la península. Entre filólogos te veas. Muchos piensan que la palabra *endenantes* es un venezolanismo, incluso, algunos van más allá y la ubican como orientalismo. Pues ni lo uno ni lo otro, el vocablo llegó de España y el diccionario de la Real Academia lo precisa así:

1. Ant. **antes**, en un tiempo o lugar anterior. De uso vulgar en varias regiones de España. // 2. Amer. Hace poco. U. en el habla vulgar.

En Venezuela, aumentamos el significado de las palabras, o su intensidad, con el diminutivo. De allí vienen *ahoritica*, *ahorititica* o *endenantico*, una forma de decir: ya o hace poquito. Y es lo que quiero expresar con *endenantes*, vocablo que se hizo tan común y tan nuestro en la Mesa de Guanipa como el merey.

Decir *Guanipa Endenatico*, es decir: tan cercana, tan cerquita, tan en el pecho, tan ahora, tan en la piel, tan ayer, tan hoy, tan hace poco, tan esta mañana, tan ahorita, tan siempre.

EARLE HERRERA

ASÍ ES ANZOÁTEGUI

Anzoátegui es de signo Acuario, un estado entre dos aguas: las mayores que bañan al territorio nacional. Al norte, lo besa o lo estruja –todo depende– el mar Caribe, desde sus límites con Miranda hasta los que lo separan del estado Sucre. Al Sur lo recorre de punta a punta el soberbio Orinoco, para decirlo con la expresión del visionario novelista francés Julio Verne. Este abrazo de aguas saladas al norte y dulces al sur es un privilegio único. Pero no solo la geografía predestinó su signo zodiacal; también lo hizo la historia: su ciudad capital –Barcelona– fue fundada por el conquistador español Juan de Urpín un 12 de febrero de 1638, en plena regencia de Acuario, para que reinara la armonía entre los astros y los hechos, los cielos y la tierra, los sueños y la gente.

El estado Anzoátegui, así, por designio de los dioses remotos de sus ancestrales pobladores indígenas, ofrece una variedad de paisajes en sus 43.300 km²: desde las montañas que asoman de la cordillera de la Costa y el macizo Oriental, hasta las extensas planicies de las Mesas que cubren toda la parte centro-sur y que solo se detienen en la ribera del Orinoco. Si el viajero sigue la Ruta del Sol, partiendo de Boca de Uchire y

llegando a los límites con Sucre, asistirá a un espectáculo de playas y balnearios que a cada tramo lo invitarán a detenerse. Y en el trayecto, de poblado en poblado, será recibido por gente que ha hecho proverbial la generosa hospitalidad del oriental.

Entre el mar Caribe y el Orinoco, en un recorrido de 260 Km, irá conociendo ciudades viejas y nuevas, antiguas y modernas, las que se espigaron en la época colonial y aquellas que brotaron, con el reventón de los pozos petroleros, al fragor de la explotación de los hidrocarburos. Porque también por abajo, en el subsuelo, Anzoátegui es un río, pero de oro negro. Por eso el escritor venezolano Miguel Otero Silva, hijo de este estado –nació en Barcelona en 1908- llevó a la ficción la realidad de un pueblo que nacía entre cabrias, balancines y taladros –El Tigre- en su novela *Oficina N° 1*.

Entre las historias y la ficción, los hechos y los sueños, el estado Anzoátegui ha forjado su presente desde un pasado sacrificado y glorioso que en la gesta independentista tuvo su más elevada expresión en la personalidad de su héroe epónimo: el general José Antonio Anzoátegui. Y en las piedras de sus monumentos están las huellas donde el hombre de hoy puede apreciar la magnitud de la epopeya y el amor por la libertad, como en las ruinas de las *Casa Fuerte* de Barcelona, donde todavía se oye la respiración entrecortada de la heroína venezolana Eulalia Buroz. También en la Piedra y el mármol de las iglesias coloniales de las principales ciudades, amén del

valor histórico y cultural, encontrará los inicios de la evangelización y la fe venidas de ultramar.

Hablo de Barcelona, Píritu, Puerto Píritu, Clarines, Aragua de Barcelona, Santa Ana y Cantaura. Pues Anaco, El Tigre, El Tigrito y San Tomé nos cuentan otra historia: la del petróleo, con todo su impacto en la transformación económica y socio-cultural del estado. Más abajo, en el sur, a orilla del Orinoco, está Soledad, frente a Ciudad Bolívar (la antigua Angostura, porque allí el gran río tiene una anchura de solo 800 metros), a la que se llega por lanchas y pequeñas embarcaciones o a través de esa gran obra de ingeniería que es el Puente Angostura.

A su riqueza petrolera, a los rubros agrícolas que se cultivan en las Mesas (maní, sorgo, frijol, etc.) y al ganado que se cría en su zona llanera, Anzoátegui suma su alto potencial turístico, con Puerto La Cruz, Guanta, El Morro y Lechería como centros de mayor pujanza. Desde Boca de Uchire hasta Guanta, las playas se suceden y compiten en excelencia y hermosura, lo que ha atraído las inversiones en pro del desarrollo de la industria sin humo. Así, la infraestructura hotelera y de servicios avanza para ofrecer al visitante una estada donde se corresponden el confort y la belleza natural. Frente a las costas del estado hay atractivas islas a las que se llega con facilidad, para prolongar el esparcimiento y la aventura.

Ubicado con Sucre y Monagas en la región nor-oriental de Venezuela, el clima del estado, como el trato de su gente, es cálido. Y el sol, demasiado generoso. Más de un millón de personas habitan sus 43.300 Km² y la amabilidad y la sonrisa, desde Barcelona hasta Soledad y Mapipe –como decir, desde el Caribe hasta el Orinoco– son las mismas. Mar, montañas, llanuras y ríos; pasado colonial y modernidad presente; tradición y renovación: así es Anzoátegui. Recorrerlo es viajar entre dos aguas: las del mar Caribe y las del soberbio Orinoco. Un maravilloso viaje visual por el signo Acuario. Pero por ahora, yo me detendré en la Mesa de Guanipa, lugar donde nació una tarde de bril, era viernes, en esta tierra de horizontes circuitos de horizontes.

UN TIGRE DE 62 AÑOS

Cuando la humanidad toda se sobrecogía ante la proximidad del fin del milenio, la ciudad de El Tigre apenas arriba a los 62 años de su fecha fundacional. ¡Cuán jóvenes somos! Pero ojo: veo muchas sonrisas por allí: la joven es la ciudad, no necesariamente todos los que estamos aquí alrededor de sus velas. Tampoco es para que pongamos esa cara y la sonrisa reciente la sustituyamos por una mueca o un dejo de resignación y de nostalgia. La edad es un asunto de conciencia. Un árbol puede durar siglos pero lo ignora. El hombre, en cambio, puede hacer eterno un instante de su vida. Son nuestras obras las que hacen nuestro tiempo y le dan significado y sentido”. Hay gente que dura mucho y vive poco”, escribió en alguna parte el gran prosista Orlando Araujo. Y si El Tigre es la obra de sus pobladores, de los que vinieron de lejos y de los que nacieron aquí, sus hombres y sus mujeres y sus ancianos tienen la juventud de El Tigre.

A cinco años del siglo XXI y, en retrospectiva, a cinco siglos del encuentro de dos mundos y de la llegada de Colón a lo que se llamaría América, la ciudad no llegaba todavía a los 100 años. Y sin embargo, con su medio siglo, dos lustros

y dos años, por su empuje y crecimiento, le hace exclamar al visitante: ¡Parece mentira!, cuando se entera de que todo ha ocurrido en tan poco tiempo. Realmente, el paso, la evolución, más propio sería decir el salto, de caserío a moderna ciudad ha sido vertiginoso. Contrasta ese rápido crecimiento con la mansedumbre de su río –o el verdoso hilo que de él nos va quedando–, la suavidad de su brisa perenne y la silenciosa tranquilidad de la Mesa de Guanipa, apenas advertida por el invariable silbido del chaparro.

¿Y antes, qué hubo antes, mucho antes de la fundación? Los cronistas y los historiadores, los novelistas y los cuentistas nos hablan de una historia reciente. La que comenzó en 1933 con la explotación petrolera. Es una historia de cabrias y taladros, tuberías y balancines. Los que vinieron de otras tierras la iniciaron y quienes nacimos aquí la vivimos y continuamos: fueron y fuimos y somos los sujetos de esa historia: de 62 años de brega y sacrificio, de alegría y dolor, de júbilos y lágrimas, de sudor y sueños, de tesón y esperanzas. Desde Miguel Otero Silva hasta Milagro Mata Gil y desde Calazán Guzmán hasta Benito Irady, y desde y hasta todos los poetas y escritores de esta tierra, ellos han plasmado en letras nuestra historia y han perpetuado en páginas y palabras el ayer y el hoy, lo que fue y lo que somos, las raíces y el árbol y las hojas y los frutos, de los días y la vida de lo que hoy llamamos, sin ocultar nuestro orgullo, la ciudad de El Tigre.

¿Pero antes, qué hubo antes? Cierta tarde, acuciado por ese sentimiento indescifrable de terredad e identidad, por ese extraño y agrídulce llamado de la tierra, escribí un poema en prosa donde digo con “un grito en la palabra”:

“Tierra sin fin me vio nacer, llanura ni por el cielo limitada: Mesa de horizontes circuidos de horizontes, enorme círculo. Mis ojos aprendieron a mirar lejos, más allá de la vista, como el águila impetuosa de la sierra. Pero nunca vi por aquí un águila, reino de gavilanes. Esta tierra me enseñó a leer en ella, mas, en su escritura, no existe la palabra frontera, los caminos perennemente se alargan, no concluyen, no conocemos fin. Nuestra gente anda, anda. Yo, del alba hasta la noche, vago mundo”.

Tal vez la poesía nos permita exorcizarnos de fantasmas y retornar a un mundo desconocido, el cual jamás habitamos pero al que pertenecemos: el mundo de nuestros antepasados del que nos queda una memoria remota. Por eso nos preguntamos siempre: ¿Qué hubo antes? El gran poeta español Antonio Machado resumió y encontró y guardó su niñez en un verso: *“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”* ¿Y antes de Sevilla? ¿Y antes del balancín y la cabria y de aquellas casas de bahareque y caña brava y palmas de moriche? Sí, ya mucho antes estos parajes se llamaban El Tigre, mucho antes de que perforaran el pozo *Oficina N° 1*, que fue piedra original de esta ciudad –piedra de aceite, diría Ramón Ordaz–, donde el agua bautismal fue el oro negro.

Antes era el silencio milenario de la mesa de Guanipa, y El Tigre, desde mitad del siglo XIX, cruce obligado del comercio entre Barcelona y Ciudad Bolívar: un lugar de descanso, un río para aprovisionarse de agua en la inmensidad de la sabana. Más allá, como señal de vida, Cantaura, antes Chamariapa, un modesto pueblo misional de indígenas cuya población, de unos mil habitantes, fue reducida a la mitad durante la guerra de Independencia.

Antes, en el siglo XVIII, los habitantes de la Nueva Barcelona incursionan hacia las mesas, pobladas por indios Caribes. El destacado geógrafo Pedro Cunill, en su obra monumental sobre el poblamiento venezolano, nos dice: *“La influencia Barcelonesa por las mesas hacia el sur continúa desde Chamariapa hasta el interior de la Mesa de Guanipa, donde se ha formado un caserío en El Tigre, que proporciona servicios elementales a los hatos de sus entornos que van tomando creciente importancia. Esta colonización se ha desencadenado en los últimos años del siglo XVIII por barceloneses: ‘con haberse destinado a fundar hacienda de ganado mayor a distancia de diez o doce días de camino de la ciudad, en los sitios nombrados de El Tigre, cuya denominación ha tenido y tiene, de la abundancia que se notaba de esa especie de animales tan fieros, que sus afiladas garras no perdonan ningún viviente. Y no obstante este inminente peligro, los naturales de la Nueva Barcelona... Vencieron la imposibilidad’. El prolongamiento de este tipo de asentamiento se reconoce hasta el caserío de El Caris”*.

“*De la noche venimos y hacia la noche vamos*”, canta el poeta Vicente Gerbasi. Y es el camino hacia aquellas noches primeras, tomando de aquí y allá, entre geógrafos e historiadores, como llegamos no solo al espíritu de aquellas tenaces etnias que eran dueñas y señoras de estas tierras, sino al origen mismo del nombre que nos viene desde el siglo XVIII, cuando los grandes gatos reinaban donde todavía no se habían enfrentado el arcabuz y la flecha. Más abajo, hondo en la tierra, ignorado de todos, yacía un Rey Dormido que siglo y medio después lo trastocaría todo: *el Rey Petróleo*, para decirlo con el título de un libro de Domingo Alberto Rangel.

1933 es el año de gracia en que este monarca comienza a bostezar y a estirarse. A ratos, para desazón de los buscadores de oro negro, se despaturra y vuelve a quedarse dormido. En efecto, el pozo OG-1, cuya perforación se inició el 23 de febrero de 1933, luego de llegar a una profundidad de 1884,88 metros, solo recompensó a los pioneros con gas seco. La frustración fue enorme y suspendieron ahínco y sueño hasta el 31 de enero de 1934. Esta historia nos la cuenta el periodista de excepción que es don Calazán Guzmán. Su amena obra sobre lo que fue y es El Tigre me releva de repetir lo que él ya investigó, vivió y escribió de manera insuperable. Él nos dice:

“El pozo permaneció inactivo hasta 1937, cuando después de hacerle un reacondicionamiento a nivel de ingeniería, se reinician las labores, obteniendo en esta oportunidad una producción de 1.327 barriles diarios, comprobándose

así la existencia de grandes reservas petrolíferas en la Mesa de Guanipa, lo cual viene a cimentar las bases para una investigación firme y organizada en toda el área". (El Tigre ayer y hoy, 1991).

Todo comenzó un día como hoy, 23 de febrero de 1933. Pudiéramos, con esta fecha, hacerle una jugarreta al tiempo o buscar una ironía en la historia. El gran ensayista don Mariano Picón Salas hizo célebre su frase de que Venezuela entró al siglo XX en 1936, con la muerte de Juan Vicente Gómez. Las tres décadas y seis años anteriores fueron proyección de la noche y sus sombras del siglo XIX en las funestas figuras que tiranizaron la patria. La ironía es la siguiente: si el país entró al siglo XX en 1936, y El Tigre fue fundado en 1933, quiere decir que, o le llevábamos tres años de ventaja al resto de la nación, o no nos resultó difícil, en cuanto a desarrollo, ponernos a su par. Al fin y al cabo, no fue Juan Vicente Gómez quien nos metió en el siglo XX al acabar con el caudillismo, sino la explotación petrolera que transformaría la vida y las estructuras económicas y sociales del país. Y El Tigre nació de la mano del petróleo. Aunque este pueblo, como lo demuestra hoy su crecimiento, no se durmió en los laureles del oro negro. Tomen lo anterior como un juego de palabras con la metáfora histórica de don Mariano Picón Salas, aunque no sé si en el juego haya algo o mucho de verdad.

A paso de felino ha sido el crecimiento de El Tigre. Y esto, por supuesto, ha tenido sus desventajas que se traducen

en problemas de planificación urbana, deficiencia cuando no anarquía en muchos de sus servicios y otras carencias con las que, de ninguna manera, tenemos que acostumbrarnos a vivir. Ha habido también, porque todo no es culpa del impulso violento del petróleo, desidia, ineptitud e improvisación en muchos de quienes han ejercido el gobierno local. Lo digo como un hecho histórico, una verdad de la que se debe aprender si la autocrítica es constructiva y pretendemos enmendar; en modo alguno es un pase de factura porque no es el momento para hacerlo y ello, en todo caso, le corresponde a la comunidad, y en segundo lugar, porque es una falta de cortesía estar sacando viejas cuentas en la casa de quien está cumpliendo años. Mas no debemos olvidar la sabia frase, según la cual quien no conoce la historia está condenado a repetirla, incluso con sus errores. Y es lo que debemos evitar: transitar por rutas ya trilladas de yerros y equívocos. Quizás los cometamos cuando, como decía Antonio Machado, hagamos camino al andar. Pero reincidir en lo que ya debemos dar por superado, es inaceptable.

También conspiró contra un desarrollo más armónico y sostenido de la ciudad el centralismo político y económico que caracterizó al país. La frase “*Caracas es Caracas y lo demás es monte y culebra*” lo resumía con ácido humor popular y desdeñoso. Un centralismo que también se manifiesta hacia el interior de los estados, donde la capital de cada entidad federal repetía (y repite) los vicios y defectos de la estructura administrativa nacional, como si el país todo fuese una especie

de círculos concéntricos, en el cual los pueblos y las ciudades pequeñas y medianas están condenados a ser siempre y fatalmente la periferia, sin mayor peso en la distribución de la riqueza y sin ninguna presencia en la toma de decisiones, incluso en aquellas que les incumben y las afectan directamente.

La descentralización, en forma incipiente y muchas veces tímidas, se empieza a hacer sentir. La provincia está haciendo oír su voz y quiere también asumir sus responsabilidades. Es en esa dirección en la que debemos marchar, sin caer en las desviaciones de un federalismo trasnochado ni de un caudillismo totalmente fuera de época. En este proceso que se inicia, el hombre, el ciudadano común, el vecino, la comunidad, tienen un papel fundamental de primer orden. Es así como se desarrolla una ciudad, con la gente, con su participación y su entusiasmo. La comunidad es lo permanente; los gobernantes, pasajeros; administradores designados o elegidos por aquella, que llegan y se van. Mañana volverán a ser ciudadanos como todos. Y es de esta responsabilidad comunal de la que se debe tomar conciencia. La ciudad, El Tigre, será lo que su pueblo, su comunidad, quiere que sea.

Quisiera, como una especie de paréntesis o una licencia que les pido, recordar al primer presidente del Concejo Municipal del Distrito Simón Rodríguez, al combativo periodista Pedro Manuel Vásquez. Asumió en 1948 y no lo conocí entonces por una razón insuperable: yo no había nacido todavía, pero me apresuré a hacerlo el año siguiente. Tuve su

afable amistad luego, en Caracas, donde lo conocí gracias y en el fragor de las luchas gremiales. Por esas vueltas de la vida, me tocó posteriormente ser profesor de periodismo interpretativo de su hija, en las aulas de la Universidad Central de Venezuela.

En la figura de este gran venezolano, quiero honrar también a todos los fundadores y pioneros de nuestra ciudad, y no puedo dejar de mencionar los nombres de Edmundo Barrios y Juan Meza Vergara, forjadores del periodismo regional, de cuya mano y con cuyo estímulo publiqué mis primeras crónicas en el diario *Antorcha*. ¡Caramba, hay tanta gente que nombrar!, tantos sembradores de las semillas que fertilizaron en la cultura, el deporte, la educación, la medicina y tantas disciplinas que han hecho de El Tigre una ciudad de trabajo y luz, de sudor y laureles, de tesón y victorias; una ciudad joven que ve con orgullo, gallardía y optimismo el porvenir.

El escritor venezolano Oswaldo Trejo coronó una de sus novelas con el bello título de: *También los hombres son ciudades*. Si invirtiéramos la frase y dijéramos: “*También las ciudades son los hombres*”, no solo estaríamos haciendo una afirmación innecesaria, por obvia, sino formulando una crítica y expresando una angustia porque, de alguna manera, las ciudades han dejado de ser sus hombres y mujeres y sus habitantes todos, y que las máquinas, automóviles, las fábricas y el concreto armado los han desplazado en importancia y prioridad. Es la deshumanización de la ciudad y la robotización del ser humano. Todavía eso no ha ocurrido en El Tigre, pero

sí en urbes más grandes, donde como dijo Octavio Paz, somos seres solitarios en medio de la multitud. Y eso no ocurrirá aquí si cultivamos el sentimiento de pertenencia y el de comunidad.

“La vida puede comenzar cerca de un pino –escribe Oswaldo Trejo en su citada obra–, lejos de las ciudades. El sitio puede ser cualquiera. El mundo está lleno de presentes. Está la tierra, habitada por montañas, por llanuras. En las montañas, en las llanuras, junto a los mares, a orillas de los ríos están las casas, donde viven los hombres. Los hombres que son también ciudades. Ciudades sin muros, ni torres, ni palacios, ni avenidas. Ciudades hechas de pasos, de gestos, de voces que a un tiempo dicen: trabajo, perdón, lejos, adiós. Palabras que se multiplican y golpean el tránsito de los sonidos, sin ordenanzas ni señales. Hombres que tienen también zonas vegetales con selvas de silencios, llanuras inmensas y espejismos: el del caballo donde crecen los climas y de cuya piel se escapan las estaciones; el del gallo que encerró en sus plumajes las formas múltiples del viento. Y el viento que asume el privilegio del ruido que le otorgan las minas sacudidas por metales que apresan en el color la síntesis del tiempo. Los hombres tienen los ríos y aguas y vientos con aguas que vienen a ser las lluvias. Vientos que pasan con deseos sobre las hojas y las ciñen y bajan a la tierra junto a las raíces de los árboles y se convierten en ríos y se dejan ir, deslizándose por sobre la tierra. Entonces, una parte de la familia del hombre los sigue y en las márgenes de esos ríos construye sus casas, cultiva sus sementeras”.

Sí, como los kariñas que vinieron de Chamariapa y más allá, los insulares que llegaron de Margarita, los occidentales que arribaron desde las orillas del Catatumbo y del lago de Maracaibo, los guayaneses que dejaron las minas de oro en busca de otras minas y otro oro, el oro negro, y los hombres y mujeres venidos de todos los confines de la patria hasta la mansa orilla del río Tigre, hoy amenazado en su cauce y en su lecho por la ingratitud de nosotros mismos. Y aquí levantaron casas y familias y bajo los soles y las lunas de la Mesa de Guanipa se hicieron caserío, pueblo, municipio, distrito y hoy ciudad: la ciudad de El Tigre, garra en el sacrificio y el trabajo y corazón abierto en la esperanza y la hospitalidad. Hoy, a 62 años de su fundación, la misma fuerza y el mismo sueño del primer día nos impulsan hacia el futuro. Un futuro sustentado e iluminado, para decirlo con el gran poeta Aquiles Nazoa, en los poderes creadores del pueblo. De ese pueblo de hombres y mujeres que hicieron posible la ciudad de El Tigre, amasando el trabajo con sus sueños y edificándolo con la levadura del amor.

*Discurso de Orden pronunciado por el escritor
Earle Herrera, el 23 de febrero de 1995,
con motivo del 62 Aniversario
de la fundación de la ciudad del El Tigre*

UN PEQUEÑO JAGUAR DE 100 AÑOS

Cien años. Una centuria. Un siglo. Hemos de decirlo de muchas maneras, pronunciarlo muy lentamente, oírlo letra a letra de nuestra propia voz y de otras voces, en ese intento humano, tantas veces en vano, de aprehender el tiempo, de captarlo, de comprenderlo.

Decir que San José de Guanipa cumple un siglo es una expresión que nos enorgullece y nos abruma; es como demasiado. Pero si la dimensión del tiempo nos desborda y sobrepasa, la historia se cuida de dejar sus huellas y la memoria colectiva de preservarlas. Aquellos obreros que en la primera década del siglo XX colocaron unos postes y tendieron una línea telegráfica por la que es hoy la calle Bolívar de El Tigrito, marcaron un hito y una fecha. Corría el lejano año de 1910 y ya el general Juan Vicente Gómez había decidido retrasar la entrada del país a la nueva centuria. Con dolida razón el insigne ensayista venezolano, don Mariano Picón Salas, dijo que Venezuela entró al siglo XX en 1935, con la muerte del dictador.

Ustedes, nosotros, todos los que estamos hoy aquí, convocados por esta fecha centenaria, nativos o no de esta

tierra, somos privilegiados. Asistir a los cien años de un pueblo, de nuestro pueblo, nos hace actores y testigo de una larga historia de luchas, sacrificios, sueños y esperanzas. Antes de que ese invento decimonónico que es el telégrafo pasara sus líneas por aquí; mucho antes de que llegaran los hombres y mujeres que hablaban su español de América, muchísimo antes del balancín y el taladro, las noches y los días eran traspasadas por las voces kariñas de los pueblos ancestrales, de nuestros pueblos originarios, con su cosmogonía, sus ritos, su poesía, su armonía con la naturaleza y su profunda espiritualidad. San José de Guanipa, El Tigrito nuestro y de todos, viene de lejos, de tiempos inmemoriales, cuando nuestros antepasados hablaban con las estrellas y los ríos y los animales y los dioses en una lengua común y de todos.

Después vinieron los hombres y mujeres con sus calendarios y sus fechas. A todo se le empezó a buscar una partida de nacimiento, un decreto fundacional, un acta bautismal. Los poetas resolvieron esa angustia existencial por los orígenes en los versos cosmogónicos de Vicente Gerbasi. El poeta de *Mi padre el inmigrante* así lo dijo y lo cantó en su elegía: “*De la noche venimos y hacia la noche vamos*”.

También nos dio por explicarnos nuestros nombres porque el nombre nos define. Está bien San José de Guanipa, tributo a un santo que nos llegó con la cruz y la espada del conquistador y a una voz caribe o kariña, pero ¿por qué El

Tigrito? El diminutivo nos viene de la ciudad vecina, con la que fuimos durante un largo trecho un mismo distrito y de la que seríamos, siempre, el hermano menor, el jaguar pequeño, El Tigrito, hoy casi un solo pueblo, una misma ciudad, una mancomunidad. Ya los edificios, comercios, instituciones e industrias desaparecieron la carretera negra que nos separaba y nos unía, ya no hay sabanas y chaparrales a los lados, hasta allá, hasta el horizonte.

Los pueblos con nombres derivados de la fauna y la flora proliferan en nuestra geografía. El biólogo Luis Mata García, con varias obras publicadas, ha realizado al respecto una acuciosa investigación que le agradecemos. En su libro *La fauna en la toponimia anzoatiguense*, escribe:

“Tigrito, El (San José de Guanipa). *Centro poblado capital del municipio Guanipa. Indudablemente un zoónimo, en este caso con sufijo diminutivo para referirse a un jaguar pequeño*”.

Eso somos, un jaguar pequeño, en todo caso es algo mejor a que nos llamen “el barrio más grande de El Tigre”, como lo hacen, esperamos que de buena nota, los queridos hermanos del barrio de al lado.

Si nos ponemos en la misma onda de los paisanos de El Tigre, advertimos que el autor Luis Mata García señala que ese nombre abunda en la geografía patria.

“Se puede concluir a ciencia cierta –escribe Mata García– que ese nombre es el zootopónimo más extendido en Venezuela. Se conoce que existen 29 pueblos repartidos por la geografía nacional identificados con este nombre popular. Inclusive, en el vecino estado Sucre hacen vida seis diferentes pueblos *identificados con este zootopónimo*”.

Como ustedes pueden ver, dirían Los Robertos, en Venezuela hay muchos Tigres. Al pueblo donde nací y cuyas calles caminé, corrí y recorrí descalzo, en alpargatas, con zapatos domingueros o en bicicleta, después me dediqué a buscarlo en las bibliografías. A veces, ni una letra. A veces, una línea. Pero siempre, cuando leía su nombre en letras de imprenta, me invadía un orgullo recóndito y secreto. Es ese inenarrable sentimiento de terredad que me llena y plena mi espíritu cuando entro por carretera a la Mesa de Guanipa y algo me llama desde el horizonte de sus sabanas sin horizontes y me saluda su brisa y el silbido de sus chaparros y por el parabrisas cruza raudo el vuelo del gavilán.

Busqué a San José de Guanipa en el *Breve diccionario de autores nativos de Anzoátegui*, de Zanoni Armas Estrada y Álvaro Armas Bellorín.

Allí encontré los nombres de Santos López, Luis Gómez Veracierta y de este servidor. Faltan allí otros hombres y mujeres de letras de este pueblo. Leí en sus páginas que Clarines tuvo un autor que, además fue Presidente, Jaime Lusinchí. El Tigrito no ha tenido un Presidente, pero

podemos poner prevenido al bate para más adelante a algún hijo o hija de Guanipa. Quién quita.

Busqué a nuestro pueblo en *Así es Anzoátegui*, una publicación de lujo y bilingüe editada por Soledad Mendoza, con prólogo de nuestra autoría. Allí se despliega una excelente fotografía de un atardecer en El Tigrito, bajo un bello crepúsculo y automóviles de los años 50. Pura nostalgia y poesía de un pueblo petrolero.

Lo busqué en la obra *Pisadas de Historia Anzoatiguense*, del mapirense y colega universitario Leonardo Rodríguez Castillo, donde se reseña su empuje con el auge de la explotación petrolera en el estado. Y lo busqué en el libro *Aspectos geográficos del Estado Anzoátegui*, del profesor Marco Aurelio Vila. El destacado maestro Vila escribe en sus páginas:

“El Tigrito. Capital del Municipio Guanipa en el Distrito Simón Rodríguez. Se halla en las riberas del río Tigre y a una altitud aproximada de 250 m. Este municipio fue creado el 3 de marzo de 1948 con un sector del Municipio El Tigre.

Tiene una temperatura media aproximada de 26.5° y una precipitación anual media aproximada de 1.200 m.m.

En 1950 censó la totalidad del municipio 10.157 habitantes. El núcleo urbano contaba en 1941 con 2.628 habitantes y en 1950, 9.994.

Actividades petroleras. Comercio. Algo de agricultura. Servicio de correos y telégrafos”.

Para contextualizar estos datos del profesor Marcos Aurelio Vila, hemos de señalar que su libro citado fue publicado en 1953.

Nos preguntamos: a cien años de sus días iniciales, ¿seguimos siendo un pequeño jaguar? Si es así, ello es signo de que este pueblo goza de prolongada juventud. Como los jóvenes felinos, su gente tiene un espíritu lúdico, dinámico y abierto; un pueblo optimista y generoso que se toma con humor las cosas serias de la vida. Un pueblo que mira siempre hacia el futuro.

A quienes nacimos y crecimos aquí, la historia de El Tigrito está en su atmósfera, su paisaje, sus calles, sus casas y su gente. Esa historia se siente y se percibe. En un tiempo la escribieron sus sonidos y se nos grabó en el alma y el recuerdo como una historia auditiva, metida en los tímpanos: en aquella sirena matutina que convocaba a los trabajadores petroleros a la dura faena de los días; en la canción de la lluvia sobre los techos de zinc; en el tañer del campanario de la iglesia que anunciaba la madrugada para invitarnos a las misas de aguinaldos; en el silbido de los chaparros que armonizaban las sabanas guanipenses; en los megáfonos del cine que lanzaban al aire sus rancheras y falsetes; en los campaneos callejeros del posiclero; en los silbidos armónicos del amolador o “hacedor de estrellas”, como los llama en su Credo

Aquiles Nazoa; en el pregón de los vendedores ambulantes de empanadas, verduras o pescado y, también, en el llanto inconsolable de alguna rockola desde donde Toña La Negra o La Lupe les arrugaban el corazón a los descorazonados, excepto a aquellos que nacieron “sin corazón en el pecho”.

Esa historia se hacía también olfativa y se tejía en el olor del río y el morichal, y en el olor del bahareque y de los techos de palma de moriche bajo la lluvia; en todas las mezclas de todos los olores del mercado con sus aromas de frutas y verduras, y después, en el olor del petróleo cuando los trabajadores con sus trajes de kaki y sus cascos regresaban al hogar.

Y era también una historia visual: la visión de los balancines en su perenne picoteo de la tierra madre; la de las noches iluminadas de mechurrios como múltiples soles que emergían del subsuelo en abanicos de fuego, y la visión de la sabana sin fin, más allá de las casas, más allá de los días, más allá de los soles y más allá de las lluvias que caen sobre la Mesa de Guanipa para fertilizar la tierra ancestral de los primeros kariñas, nuestros antepasados.

San José de Guanipa cumple 100 años. Nos impacta, conmueve y alegra que nuestro pueblo cumpla un siglo. Sus hijos e hijas han elevado su nombre como profesionales de todas las disciplinas, como artistas, deportistas, docentes, militares, dirigentes nacionales, incansables trabajadores y trabajadoras del campo y con su recia y combativa clase

obrero. Sus mujeres y hombres hicieron este pueblo, lo hacen cada día, lo construyen, lo edifican con sus manos y su corazón, ladrillo a ladrillo, con estudio, trabajo, imaginación y talento. El Tigrito, en esta su primera centuria, aprendió de sus sabanas sin fin a conquistar horizontes. El pequeño jaguar está listo para su próximo gran salto.

*Discurso de Orden pronunciado por el Doctor Earle Herrera,
Diputado a la Asamblea Nacional por el estado Anzoátegui,
con motivo de los 100 años de San José de Guanipa*

San José de Guanipa, 14 de noviembre de 2010



NUESTRO LICEO BRICEÑO MÉNDEZ

Hay un liceo propio e individual, ese que cada egresado guarda en su corazón y su memoria. Y un liceo colectivo, aquel que recuerda y marca a cada generación. Más todavía, siendo igual, el liceo no es el mismo para la promoción de este año, la del anterior y la del que viene. En la juventud, el círculo cromático gira demasiado rápido, con frenesí, con vértigo.

El universitario de primer año que regresa a su liceo en vacación se siente un extranjero y es visto, por los liceístas, como un forastero. El bachillerato es la época bonita y el liceo, su espacio y escenario. Todo ello, las sensaciones, el imaginario, las clases, los sueños, los tropiezos, las luchas, las aulas, los condiscípulos, los profesores, el aire, la planta física, lo palpable y lo intangible, conforman el liceo, pero el liceo, todavía, es algo más.

Ese “algo más” indefinible e imprecisable me asalta cuando intento escribir sobre el Liceo Briceño Méndez, donde se quedó mi corazón y donde mi respiración se entrecortó alguna tarde sobre la pista de tierra y sol en un campeonato juvenil, para el que nos preparó la mística deportiva de Juan Facendo, profesor y

amigo merecedor de todos los honores, hoy el Salón de la Fama del deporte venezolano y en el Salón de la Fama del cielo.

Cuenta Miguel Otero Silva, en su novela *Oficina N° 1*, que los chiquillos de aquel caserío de bahareque y palma de moriche se sentían orgullosos de su origen, de haber nacido en el pueblo de El Tigre, “como si hubieran venido al mundo en una gran ciudad”. Es el mismo orgullo que los primeros estudiantes del liceo y los muchachos de la más reciente promoción sienten cuando se proclaman briceñosmendinos.

El primer día que llegué al “Briceño Méndez”, una mañana de sol radiante de cuya fecha no voy acordarme, con 13 flamantes años de edad, un cosquilleo en el pecho y una sorpresa en la cara, me encontré con una huelga o algo así. Desde entonces, las huelgas se convertirían en mi sombra y viceversa.

Aquel día inicial de mi vida liceísta, en lugar de mirarme en un salón de clases para ver cómo era la cosa en el bachillerato, de repente me sorprendí marchando y pegando gritos no recuerdo contra quién, pero haya sido quien fuera el blanco de nuestros gritos, estaba convencido de que el tipo se los merecía.

La consigna de aquel primer día de lucha (que debió ser de estudio) no la olvidé nunca. Esta era: “Liceo sí, cuchitril no”. Entonces no tenía muy claro lo que significaba la palabra cuchitril, pero de todas formas la protesté con vehemencia.

Luego supe que el cuchitril era la vieja y precaria casa donde funcionaba el liceo. Mi confusa rebelión adquirió conocimiento de causa.

En 2009 el Liceo Briceño Méndez, cuyo epónimo es el general edecán de Simón Bolívar, cumplió 60 años. Fue creado en 1949, transcurridos 16 años de la fundación de El Tigre, cuya fecha natal se emparenta con la del pozo Oficina N° 1, allá por 1933. Después vino Miguel Otero Silva y nos metió en la ficción, cuando la magia de la Mesa de Guanipa lo sacó a él de la realidad.

No hablaré de mis profesores y condiscípulos porque apenas somos un pedacito de una historia de seis décadas. Desde los fundadores hasta el “Briceño Méndez” del siglo XXI, dirigido en sus 60 años por una profesora con nombre cósmico y vegetal –Astromelia–, el liceo palpita con El Tigre. Todos sus egresados, ya profesionales, hacen sentir el orgullo de ser briceñomendinos por todo el territorio nacional. El liceo y yo nacimos el mismo año, en 1949, pero nos encontramos trece años después y nos saludamos como dos viejos conocidos:

–¡Qué hubo, liceo!

–¡Bienvenido, pasa adelante, estás en tu casa!

Allí empezó una hermosa aventura. Allí empezó todo.

SE LLEVARON EL RÍO

Mi pueblo, como tantos, se levantó a la orilla de un río: el río Tigre, que se viene del horizonte serpenteando la Mesa de Guanipa. Lo escoltan a todo lo largo de su largo viaje hacia el sur tupidos morichales. Si la infancia del poeta Antonio Machado son los “recuerdos de un patio de Sevilla”, la mía –niñez y adolescencia– son las aguas de aquel río, su fondo arenoso, los meandros y el arco iris que bebía en su cabecera. También sus pececillos transparentes y translúcidos, como la piel de la Maga, aquella musa de Julio Cortázar de la que nos hicimos novios todos los muchachos y cronopios de los años 60 y siguientes, hasta este sol.

Una vez lo quisieron secuestrar, cortar su cauce en dos pedazos, dividirlo en dos ríos. Los gringos de la compañía petrolera bajaron de San Tomé, su lugar de residencia y oficinas, le echaron un vistazo al río, escogieron su parte más ancha y decidieron convertirla en una piscina natural. Encementaron el fondo, luego de dragarlo, y a su orilla levantaron un trampolín desde donde lanzar sus blancas panzas. Esa parte del río quedó prohibida para los nacionales y de que así fuera se encargaba, paradójicamente, la Guardia Nacional.

Pero el río se empeñó en recuperar su espacio. Las aguas detenidas resultaron agradables para los tembladores, que con sus descargas empezaron a ahuyentar a los rollizos nadadores. El fondo arenoso no sostuvo la capa de concreto y terminó por resquebrajarla. Los muchachos con las gomeras hacíamos el resto. Las piedras redonditas como pichas (metras) buscaban su blanco en las cabezas rubicundas. Era una especie de guerra de guerrillas –entonces no sabíamos lo que era eso– de templar las gomeras, pegar en la testa imperialista –tampoco conocíamos esta palabra– y correr entre los matorrales. Nuestra bronca era porque no nos dejaban bañar en nuestro río, eso era todo. Un buen día se acabaron los pícnicos de fin de semana y el río volvió a ser uno solo, el mismo río, aunque acusó el daño del cemento que cubrió su lecho, contaminó el agua y dañó el hábitat.

Mi pueblo no tenía otro atractivo que ese río. Más allá herían la tierra unos enormes farallones, de cañones misteriosos y arena rolliza, siempre peinados por los vientos alisios. La sabana de noche era un incendio, un resplandor eterno, un cielo anaranjado y encandilado por las bocanadas de fuego de los mechurrios; gas natural que se quemaba sin cesar como el rayo incesante de Miguel Hernández. Sin citar a los poetas la nostalgia sería algo intolerable.

La Mesa de Guanipa –y en su corazón mi pueblo y su río– se expandió equidistante entre dos aguas soberbias: las del mar Caribe al norte y las del Orinoco al sur. Ese abrazo

acuático le inventó su propio signo zodiacal e indiferente a lo que dicten los astros, la conjugó para siempre con acuario. No por azar la Mesa es uno de los mayores reservorios de agua dulce del continente; de aguas subterráneas que mojan y enriquecen sus entrañas. Más valiosas que el lago de oro negro que inunda las tierras ancestrales de los indios kariñas. Al fin, el petróleo no es un líquido vital. Y el agua, en el nuevo milenio que está aquí, ya es un recurso estratégico y geopolítico.

Vuelvo a mi río infantil. Hace poco regresé a sus orillas y en mi piel sentí todas sus heridas. No sé si todavía se puede llamar río. Está allí, sobrevive, lucha, puja. En algunas partes es un paso de agua que se puede salvar con un salto. Le han dado duro, con todo. Los morichales resisten estoicos. La fauna se ha alejado. Hablan de cochineras instaladas hacia las cabeceras. Fábricas de bloques y ladrillos le arañan su arcilla y su arena y le devuelven lodo, desechos químicos, porquería. Contra sus aguas otrora transparentes y espejeantes se ensañan desaguederos cloacales. Las lluvias vienen cada año a su rescate, pero los veranos son largos y la indolencia perenne.

Puse por título “Se llevaron el río”. En rigor, nadie se lo robó. Alguna vez lo quisieron secuestrar, partirlo en dos, pero el mismo río se encargó de ahuyentar a los devastadores. Lo que ha ocurrido en los últimos años ha sido un proceso de muerte lenta por contaminación criminal y desidia. El río está herido. Se defiende como puede. Sigue su curso a duras penas, mesa de Guanipa adentro, siempre hacia el sur en busca del

Orinoco; de las aguas mayores, hasta llegar al mar, que es el morir, en el decir del poeta, pero también el vivir, porque se recomienza el ciclo de todas las aguas.

Y las aguas del río Tigre se niegan a sucumbir, a cortar su viaje a mitad de camino, a desaparecer en un charco rodeado de greda y barro endurecido y resquebrajado por el verano. El destino de las aguas no debe ser otro sino las aguas, que son la vida.

LA VUELTA A TANK-FARM CON CHÁVEZ

La Mesa de Guanipa es una región de bicicletas, bicicleteadores y ciclistas, que no es lo mismo. En sus pueblos de largas calles y caseríos de lejanas distancias, este vehículo a tracción de sangre sustituyó al caballo, al noble burro y se anticipó al automóvil. La imagen de un policía pedaleando contra el sol del mediodía, bajo 35 grados parejos, antecedió a los agentes con sombreros ingleses y bicicletas italianas que la ex Miss Universo Irene Sáez introdujo en el municipio Chacao, en sus días de alcaldesa. También se adelantó a los muchachos de la sudorosa policía turística de la cálida isla de Margarita.

En otros tiempos, aquí en El Tigre, tener una bicicleta era un símbolo de status. Un paisano de El Tigrito, con las sienes plateadas por “las nieves del tiempo”, como gime una vieja canción, recordaba con nostalgia que de él se enamoraban todas las muchachas del pueblo porque era el único que tenía una bicicleta. Y agregaba con modestia: “Y además, con esta pinta”. Bueno, eso se llama autoestima con efecto retroactivo. Los tiempos no solo pasan, sino que sobre todo cambian. Perogrullo nunca se equivoca. Los galanes de antes se llevaban a las muchachas, o a las doncellas como se decía entonces, en

el anca de un caballo, un burro o una mula. Con la llegada a esos pueblos de la modernidad, se las empezaron a llevar en el palito de una bicicleta. *¡Se la robó fulano!*, chismorreaba la gente de ventana a ventana, mientras el Don Juan pedaleaba calle abajo, en busca de sabana.

Eran días difíciles y el amor era exigente. Pedalear ocho o diez kilómetros con una muchacha en el palito, que por lo general era rellenita, bien maiceadita, a lo mejor (o para peor) con un viejo atrás disparándote con una escopeta morocha, exigía un esfuerzo atlético casi sobrehumano. A tal punto, que el llegar al lugar de los hechos o nido de amor, el agotado y exhausto galán tenía que posponer sus apremios conyugales para el otro día. A menos que quisiera forzar la máquina y correr el riesgo de un infarto amoroso. Así eran las cosas, diría el viejo cronista Oscar Yáñez.

Pero, ¿qué tiene que ver el Comandante Hugo Chávez con todo esto? Mucho. En primer lugar, porque él también fue un bicicleteador fiebrudo. Incluso, ya de presidente, tomó prestada la bicicleta de un chamo y al pedalearla en el patio de una casa o en un corral, la máquina se partió en dos bajo su peso (no se informó si la pagó). También porque aquí, en el sur de Anzoátegui, recorrió el circuito ciclístico que se conoció como “La vuelta a Tank-Farm”. Esta era una de las carreras de bicicleta que los aficionados esperaban cada año. Allí se confrontaban los mejores pedalistas de la zona, algunos de ellos de talla nacional e internacional. Si la memoria no me

pedalea, recordamos los nombres de Matías Marín, Oscar Tintorero, Alirio Ochoa, Galván El Carite, Antonio Moya, Luis López, Alejo “Curi Curi” Jiménez, Jesús Rafael “El Gato” Mendoza, Argenis Bastardo (El viejo Tilo), y nos ayuda el periodista Calazán Guzmán, en su libro *El Tigre ayer y hoy*, con los nombres de Ramón Muñoz, Israel Herrera, Leslis Mitchell, José Romero, Ramón García, Teresa León, María Centeno, Lourdes Nicola, Delia Milano y Berenice Morales. Gente de pedal y manubrio, aunque no todos hicieran la ruta del viejo patio de tanques petroleros.

El presidente Chávez inició la campaña electoral parlamentaria de 2010 en el sur de Anzoátegui. Llegó antes del mediodía al puente del río Tigre, en San José de Guanipa, para abordar un camión en compañía de los candidatos a diputados; el entonces responsable político del Estado, Aristóbulo Istúriz y el gobernador Tarek William Saab. Abordamos la parte trasera del camión en el que cubriríamos la ruta El Tigrito-El Tigre-Tank-Farm-San Tomé, la misma que pedaleaban a pulmón limpio Matías Marín, Alejo Curi-Curi Jiménez y Oscar Tintorero, entre tantos otros pedalistas, quienes además eran los mecánicos de sus propias máquinas, entrenadores y *managers* de sí mismos.

Al lado del Comandante Bolivariano, este escritor le servía de guía turístico de la tierra guanipense. Me hacía preguntas geográficas, históricas y otras mal intencionadas y con piquete. Cuando me preguntó qué quedaba detrás de los

morchales, le respondí que la sabana. “Ajá –dijo– por ahí naciste tú, ¿no?”. “Sí, comandante”. Luego inquirió sonreído: “¿Y por ahí había burras?” La respuesta fue inmediata: “Sí, pero yo andaba jugando fútbol”. Desde el camión, le mostré el camino culebrero hacia San Tomé, al lado de la carretera, por donde se abre un desfiladero de farallones de tierra rojiza. Sobre el suelo arenoso de esos precipicios, de niño seguía las huellas de mi tío Juan Ramón, quien convertía árboles muertos en sillas, mesas, tinajeros y aguamaniles. De oficio carpintero, colega del esposo de la Virgen María, como solía presentarse, todos los días iba a “El Quemador”, así llamado el basurero o llenadero al aire libre de la Mene Grande Oil Company y los vecinos de San Tomé. Allí, tío Juan Ramón tomaba las cajas de embalaje de maquinarias y artículos de línea blanca, para hacer con esa madera sus artesanías y obras de carpintería, salidas de aquellas manos rudas y sutiles, ásperas y artísticas, golpeadas y creadoras. Manos como las de un mago que hacía su función para mí solo en medio de la nada, bajo la mezquina sombra de un chaparro que fungía de taller solar porque desde allí veíamos ponerse el sol de los venados.

Chávez preguntaba por los fundadores, por las jornadas de los hombres del petróleo y sus condiciones de trabajo. Preguntaba por la división de Campo Norte y Campo Sur de San Tomé y la borrosa figura de los guachimanes. Al pasar cerca de donde estuvo la parada de la compañía, hoy la plazoleta donde se erige la india Guanipa, quiso saber a qué hora sonaba la sirena que taladraba el despuntar de la mañana de todo el

pueblo y apagaba con su ulular mecánico el natural canto de los gallos. El camión ya había arrancado, seguido de un grupo de militantes que no llegaba a multitud, al menos como las que acostumbraban a recibir o a despedir al Comandante Chávez. Los aplausos eran correspondidos con saludos y besos al aire.

Atravesamos la avenida principal de El Tigrito, con gente salpicada a ambos lados de la vía. A la altura de los silos de Aguanca, el presidente me dijo: “Tú que eres profesor, ¿cuántos puntos le pondrías a esta caravana?” Sobre la plataforma del camión estaban el vicepresidente para Oriente del partido, Aristóbulo Istúriz, y el gobernador de Anzoátegui, Tarek William Saab. Pensé, agarrado fuera de base: “Y me lo viene a preguntar a mí precisamente, ¿cuál será el piquete de la preguntica?”. Eché un vistazo a ambos lados de la carretera, miré montoncitos de gente por aquí y por allá, y respondí: “14 puntos, Presidente”. Su reacción fue tajante:

–¡Qué clase de profesor eres tú, chico!

¡Esto no llega a 07!

Lo demás fue silencio hasta que llegamos a la Cruz de los Chóferes y tomamos la Francisco de Miranda. El presidente saludaba a la gente, ahora sí más nutrida, sonreía y, al mismo tiempo, nos lanzaba un discurso sobre organización, compromiso, responsabilidad y disciplina. Sin mayor problema, llevaba como tres discursos paralelos. Uno también saludaba a la gente, sonreía y escuchaba atentamente al Comandante, no

vaya a ser cosa que. Una de sus preguntas me permitió salir del tema de la concentración y la caravana que yo aprobé con 14 y él raspó con 07 y hablarle del liceo donde estudié. El primer día que llegué a clase, como todo un lanudo –así nos decían a los nuevos–, no hubo clase. La fachada del Briceño Méndez, una vieja casona ubicada en la primera carrera norte, estaba cubierta en su parte superior por una enorme pancarta que decía: ¡LICEO SÍ, CUCHITRIL NO!, con signos de admiración y todo. Para empezar, aunque lo suponía, yo no sabía que quería decir “cuchitril”, pese a haber sido un brillante alumno en toda la primaria. Fue después que me descompuse, o como decía una vecina Testigo de Jehová, “se echó a perder ese muchacho”, con el rollo ese de la adolescencia y un amor precoz que me hizo conocer un despecho prematuro combinado con música mexicana, lo cual es una mezcla insufriblemente peligrosa que no se la deseo a nadie.

Aquella pancarta y haber salido a marchar y protestar mi primer día como liceísta definieron mi vida política. Ya no dejaría de marchar más nunca. El Liceo Briceño Méndez me enseñó tantas cosas, desde la jardinería porque nosotros no esperábamos que el Concejo Municipal sembrara y regara nuestras plantas y flores, hasta la elaboración de cocteles molotov, una actividad extra cátedra que obviamente no estaba en el programa autorizado por el Ministerio de Educación, pero para la que sobran profesores que querían enseñar y alumnos que queríamos aprender, en una época en que a la

juventud le cayó la sentencia de: “Disparen primero y averigüen después”.

El Tigre siempre fue vanguardia de las luchas revolucionarias, tanto de su proletariado petrolero y sus combativos sindicatos, como de su juventud liceísta, enrolada desde los años 60 –la llamada década violenta– en una generación que quiso tomar el cielo por asalto. La consigna de “estudiar y luchar” la hicimos praxis cotidiana porque, de verdad, estudiábamos y luchábamos. Me faltaría espacio para hablar de los profesionales de esta tierra que se han regado por todo el país y más allá de las fronteras del país. De los poetas y narradores que han recibido las más altas distinciones con que premia nuestra patria a sus hombres y mujeres de letras. De los insignes exponentes de las artes plásticas, musicales y escénicas. Y no olvidemos el deporte, con atletas que de competir por el terruño, pasaron a defender el tricolor nacional en las pistas y campos allende las fronteras. Aquí me detengo para escribir un nombre y pronunciarlo con admiración: Juan Facendo, hacedor de campeones, profesor y amigo, entrenador excepcional, quien mercedamente tiene un lugar de honor en el Salón de la Fama del deporte venezolano.

El Comandante Chávez me saca del Liceo Briceño Méndez, cuya Seccional N.º 2 me conocía al pelo porque a cada rato me citaban para allá dizque por “mala conducta”, algo que obviamente era puras calumnias, y me pregunta por qué El Luchador se llama El Luchador. Me di cuenta de que ya

doblábamos hacia la avenida España. En El Tigre, a diferencia de Caracas, caso único en el país, las esquinas no tienen nombre, excepción hecha la de El Luchador, nominativo comercial del bar-arepera-fuente de soda que abrieron allí. Para echármelas de sabio cronista del pueblo, le solté el caletre que me enseñó mi colega y amigo Calazán Guzmán, quien fuera corresponsal en la zona de El Nacional y director de “La Voz de El Tigre”. Calazán nos cuenta:

“En el sitio que hoy cruza la Avenida España y comienza la Francisco de Miranda, donde comenzó El Tigre a dar sus pinitos de ciudad, había allí un pequeño expendio de comidas y bebidas que permanecía abierto desde muy tempranas horas mañaneras hasta horas avanzadas de la noche, al cual concurrían parranderos, trasnochadores, curiosos y bohemios de todas las categorías, a iniciar o continuar la farra para darle soltura a las penas del alma o llorar las malquerencias del corazón. En fin, este negocito era lugar de cita obligada para los contados habitantes de ese entonces, como obligado era el ‘palito’ de ron ‘Luchador’, la bebida más popular –y a veces la única–, más barata y asequible a todas las economías y que permitía que con una botella se emborracharan unos cuantos. Para cubrir las exigencias, se reunían allí, igualmente, un grupo de mujeres que ofrecían a los presentes dulces, empanadas, arepas y fritangas, quienes unidas por el criterio de ‘luchar por la locha’, fueron convirtiendo este punto tal vez en el primer centro buhoneril que tuvo la ciudad”.

Los que saben de las viejas historias del pueblo viejo, le acotan al relato de Calazán Guzmán que el palito también se llamaba “Luchador” porque después de echarse tres guamazos, usted era capaz de luchar con el que se le atravesara, excepto con su pareja cuando en la alta madrugada le abría puerta con cara de luchadora.

Cuando concluí mi relato, el presidente Chávez saludaba a la multitud apretujada a ambos lados de la Avenida España, recibía papelitos, lanzaba besos, sonreía y le hacía reclamos a sus compañeros del camión. Como interlocutor, el Comandante es una ametralladora de preguntas. Y no acepta que uno se quede callado, hay que responderle. Es recomendable tener buena memoria o buenos caletres. Yo apelaba a ambos recursos. Cuando me preguntó sobre otras actividades distintas del petróleo en el desarrollo tigrense, recordé los datos del insigne geógrafo Manuel Pérez Vila. Entonces se los suministré atropelladamente, ahora los puedo ordenar en la reconstrucción de la escritura. En su obra Aspectos geográficos del Estado Anzoátegui, apunta el maestro Pérez Vila que para 1950 “en El Tigre funcionaban 366 casas comerciales de diferentes ramas. También funciona en la misma localidad una Cámara de Comercio”. Es decir que, ya para la fecha, o mucho antes, El Tigre había dejado de ser un obligado cruce de camino y descanso entre Ciudad Bolívar y Barcelona, o tomando la referencia acuática, entre el Caribe y el Orinoco.

Nos desplazamos por la Avenida España a la lenta velocidad que permite la gente ansiosa de tocar o saludar a “*mi Presidente*”, dicen unas, o “*mi Comandante*”, pronuncian otros. El ¡*Chávez, te amo!*!, es el grito que brota de las gargantas y sigue con el viento expandiéndose por la Mesa de Guanipa, más allá de los farallones, más allá de los morichales, más allá de las guayabitas sabaneras. El camión alcanza el grito amoroso del pueblo bolivariano y logra salir de la ciudad de El Tigre, rumbo a Tank-Farm, donde los pedalistas pioneros chupaban rueda hasta perderse en el incendiado cielo del atardecer guanipense. El Comandante hace preguntas históricas y recorro a los autores que han contado nuestra historia o a los novelistas y cuentistas que nos hicieron un pueblo de ficción, empezando por el Miguel Otero Silva de *Oficina N° 1*. Recorro a la *Historia del Estado Anzoátegui*, de monseñor Constantino Maradei, tercer Obispo de Barcelona (a partir de 1969), para contarle al Comandante Chávez que las banderas zamoranas de la Guerra Federal fueron izadas en combate en esta Mesa de Guanipa por las tropas y guerrillas del general José Antonio Sotillo. Apresuro los recuerdos en la excelente *Historia gráfica de un pueblo petrolero*, de Juan Raydán. Releo y subrayo el *Breve diccionario de autores de Anzoátegui*, de Zanoni Armas Estrada y Alvaro Armas Bellowín. Sigo presuroso las *Pisadas de historia anzoatiguense*, de Leonardo Rodríguez Castillo. Voy al pasado y regreso en *El Tigre ayer y hoy*, de Calazán Guzmán. Busco los orígenes de las primeras noches y auroras iniciales en el *Costado Indio*, de Gustavo Pereira. Me oriento en el laberinto ancestral de

nuestra tierra y nuestros pueblos originales con el *Diccionario básico del idioma Kariña*, de Jorge C. Mosonyi. Y me sumerjo en el volumen ilustrado por Pedro León Zapata, *Así es Anzoátegui*, de la editora Soledad Mendoza, con bellas fotografías, textos de fina prosa de los escritores anzoatiguenses Alfredo Armas Alfonso, Gustavo Pereira, Milagros Mata Gil, Denzil Romero y prólogo de nuestra autoría.

En el trayecto de la Avenida España, el presidente Chávez saludaba, sonreía y observaba cada local y edificación y preguntaba por su uso y finalidad. Pasamos cerca de la esfera blanca de Stefano Massobrio y no le llamó la atención el monumento redondo sobre el que se hacían chistes monumentales. En algún momento, al tomar carretera y sabana, hicimos trasbordo del camión a unas camionetas. En el Parque Medina de San Tomé el jefe del Estado inauguraría la planta industrial Kariña y, desde allí, con el pueblo de El Tigre, el Tigrito y San tomé como auditorio, transmitiría su programa dominical *Aló Presidente*.

Atrás quedó el cuchitril que nos enseñó a protestar y que las luchas de mi generación convirtieron en el edificio del actual Liceo Briceño Méndez; atrás quedaron los farallones por donde mi tío Juan Ramón, con un niño de la mano que era yo, iba a buscar madera desechada para convertir los árboles muertos en mesas, tinajeros y aguamaniles; atrás los mechurrios que llenaban las noches de resplandores y fantasmas de fuego; atrás las escuelas de palotes y palmetas que nos contara

Alfredo Armas Alfonso y cuyas enseñanzas sentimos en las palmas de las manos; atrás el horóscopo que nos dice que si Anzoátegui es de signo de Acuario por estar bañado por las aguas soberbias y azules del Orinoco y el Caribe, entonces El Tigre es el propio centro de ese signo, el de Acuario, lo digo por si alguien nos quiere hacer un mapa astral y que ya de niño dibujaba el general José Antonio Anzoátegui; y atrás dejamos las guerrillas federales del general Sotillo porque adelante están los mitos sagrados y los cantos y la poesía de los pueblos kariñas, de donde venimos y donde nos encontramos bajo las lunas y soles de esta Mesa de Guanipa.

Paisanas, paisanos: Gracias por acompañarnos a darle esta vuelta a Tank-Farm, por la misma ruta que se la dieron los ciclistas pioneros de este pueblo atlético. Al darle esta vuelta a Tank-Farm, aprovechamos para darle también, en paralelo, una vuelta a pinceladas históricas de nuestra ciudad. Como lo hicimos en compañía de un compañero de viaje de excepción, el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías, hoy a los 84 años de El Tigre, con los versos que Alberto Arvelo Torrealba dedicó al Libertador Simón Bolívar, podemos decir con orgullo:

Por aquí pasó compadre

Hacia aquellos montes lejos.

Por aquí vestido de humo

El huracán que iba ardiendo

Fue silbo de tierra libre

Entre su manto y sus sueños

Por aquí pasó Hugo Chávez y a ustedes y a nosotros nos acompañó a darle la vuelta a la sabana abierta, a este Mesa de Guanipa que es “silbo de tierra libre”, y todavía, desde los 84 años de la fundación de la ciudad de El Tigre, vemos su mano en señal de adiós y hasta luego cuando se difumina, ya en la tardecita, bajo el sol de los venados.

Discurso del diputado Earle Herrera
en el Aniversario 84^o de El Tigre, Estado Anzoátegui
El Tigre, 23 de febrero de 2017

EL TIGRE: CIUDAD ATÓMICA Y CINÉTICA

En el corazón de Anzoátegui, en plena Mesa de Guanipa, ciudad petrolera y manicera, El Tigre contó con el primer museo vial del mundo y de sus suburbios se fueron las ánimas y fantasmas ahuyentados por el peligro de una cápsula atómica extraviada.

El río Tigre serpentea por la Mesa de Guanipa y se pierde más allá, entre bancos de sabanas y morichales, en busca del Orinoco. En un punto cercano al Paso de la Línea y el Cerro del Diablo, en El Tigrito, un grupo de muchachos vagabundos, o mejor, tremebundos, entre cuyas correrías fui creciendo y descubriendo esas tierras sin horizontes, creyó propinarle la primera y única derrota al imperialismo por aquellos chaparales. Ningún libro de historia registra el acontecimiento, pero la memoria me servirá de máquina del tiempo.

En 1933 fue fundado El Tigre (Distrito Simón Rodríguez); a su lado, pocos kilómetros de por medio, nació El Tigrito (San José de Guanipa), y más allá, sobre una suave colina como para robarse los vientos alisios, la Mene Grande Oil Company levantó San Tomé, dividido en Campo Norte

(para los “americanos”) y Campo Sur (empleados y obreros calificados venezolanos). Para los habitantes de El Tigre y El Tigrito, quienes vivían en San Tomé era gente importante.

Pero San Tomé no tenía río y El Tigrito sí. Y aunque los jorungos hicieron su piscina allá en Campo Norte, las piletas no sirven para hacer **picnic**. Un día, previa autorización de las autoridades perezjimenistas, entre El Paso de la Línea y el Cerro del Diablo, llegaron con sus tractores, dragaron el río, encementaron su fondo, levantaron un trampolín a la orilla izquierda y convirtieron ese tramo en algo que no era río ni piscina. Cercaron esa zona y ya uno no podía bañarse allí los sábados y domingos.

Esos días, desde los matorrales cercanos, diez o doce pares de ojos de vaguitos imberbes miraban en silencio a los musiúes tirándose del trampolín, las gringas de piernas rojas y flacas masticaban hamburguesas y bebían cocacola y otros jorungos jugaban baraja mientras le metían al güisqui y hablaban en guasimariyú. Daba tirria no poder entrar adonde siempre uno había entrado, ya no podíamos atravesar el río de punta a punta, había que detenerse allí porque los gringos, al vernos, gritaban “¡fuerra, fuerra!” ¡Estaba declarada la guerra! Como lo oyen: la guerra.

En la bodega de Don Urbano, un adeco clandestino, hicimos las gomeras (chinas). El pulpero nos agitó y nos regaló pichas (metras) que utilizaríamos como proyectiles, aunque nosotros las guardábamos y las sustituíamos por piedras. Fue

Don Urbano quien nos dijo que le cayéramos a pedradas y pichazos “al imperialismo”. No entendimos lo que quiso decir pero nos dio igual. Don Urbano siempre sacaba palabras finas o raras. Durante varias semanas, los jorungos estuvieron llevando piedra desde los matorrales. Intentaron perseguirnos, pero nos les perdíamos por esos montes. La policía iba algunos domingos y no pasaba nada, no tirábamos ni una picha. Cuando dejaba de ir, volvíamos a la carga. Un sábado los musiués no fueron, tampoco el domingo. La semana siguiente pasó lo mismo y entonces nos miramos entre todos y, sin mediar palabras, nos lanzamos a la carrera al río, que en ese pedazo ya le habían cambiado el nombre y lo llamaban La Piscina.

Al atardecer fuimos a la bodega de don Urbano, rojos del sol y felices de habernos lanzado del trampolín. Cuando se enteró de que los gringos se habían marchado, dio un golpe en el mostrador y gritó, como si eso que él decía fuese su peor enemigo: *¡hemos derrotado al imperialismo!* A las pocas semanas lo volvimos a ver gritando por las calles como un loco. Era el 23 de enero de 1958. Pérez Jiménez había caído. Nunca más el río Tigre volvió a ser piscina, pileta o algo parecido; nada ni nadie distraía su curso, morichal abajo.

Donde el átomo cayó

Así son las cosas en El Tigre y El Tigrito; lo grandioso y lo cotidiano se mezclan, las correrías de unos mozalbetes y el imperialismo, la riqueza petrolera y el quiminduñe, la superstición y las cápsulas atómicas extraviadas por ahí, el rancho destartalado frente a los terrenos que compró el BTV y la casa del arrabal desde donde se puede ver una obra cinética de Cruz Diez, en plena sabana, bajo todas las intemperies.

La población tigrense estuvo bajo alarma atómica durante varios meses. Esto es un lujo para una ciudad pequeña de un país pequeño y subdesarrollado. El miedo nuclear era hasta entonces exclusivo de los países industrializados y la cienciaficción. Pero de pronto una empresa petrolera extravió una cápsula atómica de las empleadas en sus actividades y cundió la alarma: *quien entre en contacto con ella, quedará en el sitio*, alertaban el periódico del pueblo y la emisora local. Radio Bemba hacía el resto.

Los átomos perdidos trastocaron la tradición y la rutina. Durante muchos años, el monopolio del miedo por la apacible región lo ejercieron los fantasmas, casi sin competencia. Sabana adentro, se podía morir por la mordedura de alguna serpiente, nunca bajo la radioactividad de un extraño aparato poco más grande que un lapicero. Sin embargo, era así, aunque la gente le siguiera teniendo más miedo al alacrán que al átomo.

La cápsula nunca apareció. A los técnicos de aquí, se sumaron expertos extranjeros duchos en olfatear, como sabuesos biónicos, coróticos nucleares extraviados por ahí. Nada, El Tigre se engulló la cápsula y no estaba dispuesto a vomitarla pues, gracias a ella, alcanzó la mayor publicidad de su historia. Se convirtió un tigre atómico.

El rancho cinético

Viajar por tierra de El Tigre a Ciudad Bolívar era correr el riesgo cierto de morir de fastidio. En esta carretera los accidentes ocurrían por aburrimiento. Una larga recta de paisaje invariable, flanqueada por chaparros de silbido monótono, exigía sufrir de insomnio para no dormirse en más de 100 kilómetros martirizados por un sol obstinado, siempre perpendicular a la interminable línea de asfalto espejeante. Las cosas cambiaron. Al pintor Rafael Bogarin se le ocurrió hacer un museo artístico a lo largo de la carretera. El Gobierno apoyó la idea. Convocó a pintores de varios países de América y Europa, y un buen día, aquella recta quedó convertida en el primer museo vial del mundo. El paisaje cambió totalmente. La recta se acortó. Y los viajeros van de sorpresa en asombro y de goce en goce descubriendo obras y artistas.

Pero un día desapareció una de las vallas, luego otra. Se tejieron muchas hipótesis, algunas dignas de James Bond y otras de Jorge Luis Borges. Finalmente, se aceptó que quien se llevó las pinturas lo hizo para construirse un rancho. Si aceptamos esta conjetura, en las afueras de El Tigre, en algún barrio marginal,

hay un rancho cinético y tal vez otro figurativo. Algo único en el planeta y los teóricos del arte se encargarán de determinar si eso es impresionismo, surrealismo, barroquismo, suprarrealismo o lo real-maravilloso americano.

Lo cierto es que el turista puede correr la aventura de internarse en la marginalidad. En alguna parte encontrará un rancho de cartón y lata y al entrar, verá una cocina de kerosén recostada de una pared cinética. La otra pared le mostrará algo tridimensional. Y abajo, el colchón viejo y remendado, el piso de tierra, un vaso de cama, una lámpara de gasolina y un niño de ojos lagañosos, mirada limpia y barriga abombada y vacía. No son necesarios el paraguas, la máquina de coser y la mesa de disección, porque difícilmente la imaginación surrealista podría superar este capricho o imposición de la realidad.

El museo vial de Bogarín terminó ilustrando los ranchos de cartón a los que cantara Alí Primera. Pero aquí no sirven de ornamento, sino de pared y techo contra tantas y tan largas intemperies.

LOS LOCOS NO CAEN DEL CIELO

SECRETARIO: El ciudadano Presidente de la Cámara tiene la palabra.

PRESIDENTE: El asunto que aquí nos tiene se ha convertido en un problema jurisdiccional. No es la primera vez que las calles de este Municipio amanecen llenas de orates, menesterosos, andrajosos, lázaros, mendigos. Y no caídos del cielo precisamente. Ustedes mejor que nadie saben cómo este Cabildo, con la ayuda de la prefectura, ha luchado a brazo partido para que por nuestras calles no pululen los antes citados, desvirtuando la imagen de la ciudad y poniendo en tela de juicio la labor del Ayuntamiento. La semana pasada fue insoportable, amanecieron cinco locos más frente a la iglesia, luego asaltaron el mercado y la plaza y por allí deambulan sin familia y sin memoria dando un triste cuan bochornoso espectáculo. Los recogimos a todos y los devolvimos a su lugar de origen, pero volvieron a aparecer. Y nadie va a creer que los desvariados retornan por sus propios pies, no señores. Pero yo les aseguro, colegas concejales, que agotaremos todos los recursos a nuestro alcance hasta limpiar la ciudad de orates. Por favor, no aplaudan, que esto es serio.

Decía que no desmayaremos en esta lucha. No vamos a distraer los dineros municipales construyendo asilos para locos, ancianos y otros paupérrimos que no son nuestros (aplausos). Señores, por favor, los aplausos. Decía lo anterior y lo reitero: No vamos a distraer, etc. Que no se crean los que quieren desprestigiar nuestro municipio que se van a salir con la suya, comoníe. La prensa local nos ha venido fustigando injustamente. Los periodistas dicen que este es un pueblo de locos, perturbados, trastornados, dementes, alienados, desequilibrados, orates, vesánicos, furiosos, chiflados, chalados, barrenados, guillados, mochales, tocados, neurasténicos, histéricos, alucinados, tronados, maniáticos, enajenados, venáticos, lunáticos, chavetas, jaretas, decrépitos, zarrapastrosos, desastrados, rotos, desaliñados, harapientos, andrajosos, indigentes, pelados y no sé qué otros lacayos adjetivos que nadie entiende ni conoce, pero no se preocupan por establecer la verdad verdadera, cual es la de que los locos no son nuestros, no son autóctonos, no se han vuelto locos, ni lunáticos ni lázaros aquí, no señores. Esa mancha que carcome la ciudad viene de otros lares, o mejor dicho, pongamos las cosas en claro de una vez; no viene, la traen. Sí, esa es la real realidad.

Incluso, trajeron un lote de seres de todo tipo y figura el mismo día que nos preparábamos para celebrar las fiestas en honor a nuestra excelsa virgencita del Valle. Los dementes y descamisados estuvieron empañando las festividades, ya en la procesión, ya en las misas, ya en la carrera de bicicletas, ya en los toros coleados, ya en la coronación de Su Majestad Anita Primera, ya. ¡Ya estamos hartos, señores! (*aplausos de pie*).

–Señor Presidente, ¿de dónde vienen los locos? (risas).

–No me interrumpa concejal Cabeza, que usted y todos aquí saben muy bien de dónde vienen los locos. Y es para allá para donde los vamos a mandar de nuevo. Pero esta es una solución a medias, que no resuelve el problema del todo, no corta el mal de raíz, no extirpa el maligno tumor para siempre y es ello lo que nos ha obligado a realizar esta sesión extraordinaria porque no podemos, ilustres colegas, estar distrayendo los dineros públicos contratando camiones todas las semanas para devolver los menesterosos a su lugar de origen. Nosotros que llevamos los orates para allá y los orates que están aquí a la semana siguiente. Los traen, colegas, bajo las sombras, amparados cual delincuentes en las tinieblas de las madrugadas y los días más inesperados: cuando inauguramos algo, cuando nos visita el Señor Gobernador, cuando viene el Obispo a confirmar a la muchachería o el Día del Policía que, como es obvio, bajamos la guardia y subimos el codo. Ellos están enterados de todos nuestros actos y se aprovechan de esa circunstancia para enloquecer a la ciudad. Y si un sinfamilia se enferma o se muere, las pocas medicinas de nuestro centro de salud hay que dárselas o hay que gastar en la urna y en el entierro y sin poder cobrarle a nadie el terreno del camposanto, lo que también significa pérdida para el municipio. Nos quieren, atentos colegas, llevar a la quiebra municipal por la vía insolente de la exportación de locura y mendicidad. Pero, repito, no se saldrán con la suya. Desde hoy habrá guardia permanente en las entradas de la ciudad. Tendremos mucho cuidado con el que

sale y con el que entra. El único loco nuestro que reconocemos es Lambido, quien además es un loco pacífico y respetuoso, un caminante impenitente de la carretera y, después de Lambido, ni un solo loco más aceptaremos en nuestra jurisdicción, ni un cascado más, ni un alienado más, esa es nuestra bandera y nuestra consigna (dejen los aplausos); a menos que el desequilibrado, el carcamal o el mísero se haya vuelto tal aquí. Pero loco importado, NO.

Sepan que en el otro municipio, en este mismo momento, se celebra otra sesión extraordinaria, por estas mismas razones. Es probable que ellos tomen medidas similares, pero estaremos alertas. No aceptaremos cinismo, desfachatez, desvergüenza. Así como en la historia hubo Guerras Santas y Guerras Médicas, estamos dispuestos a declarar una Guerra Loca, si nos provocan y agotan nuestra infinita paciencia. Y loco que la prefectura, la alcaldía y el concejo de allá nos metan de contrabando en la ciudad, loco que les devolveremos. En este preciso momento –es un punto de información- está saliendo un camión del Aseo Urbano con el último lote. Se lo vamos a soltar, para que vean que sabemos de dónde vienen los infelices, en la misma Plaza Bolívar y a pleno mediodía. Y les pondremos una pancarta allí que diga: “*Aquí están sus locos*”. He dicho, enajenados concejales, demenciales periodistas y alienados invitados (*aplausos prolongados*).

MI COMPINCHE ANA DEL ROSARIO

Tener a tu propia mamá de compañera de estudios resulta embarazoso. Si la maestra te pregunta algo y no lo sabes, aunque no la veas, intuyes que ella, la autora de tus días, te está mirando, ignoras si con severidad, comprensión o pena. Eso te hace sentir culpable, por el solo hecho de someterla a semejante situación. Y lo peor es si la maestra te dice: “¿No te da pena con tu mamá?” O: “Aprende de tu mamá”. Como sea, es un rollo. También lo es si la interrogada es tu madre. Si no sabe la pregunta, te da lástima y, si los demás se ríen, te da rabia o coraje. Observar a tu mamá buscando en el aire una respuesta que nunca va a llegar, te hace pensar: “Qué brutita eres, mamita”. O: “Ahora sé a quién salí”.

La situación no era exactamente así, puesto que la maestra de mi mamá no era mi maestra, aunque estudiamos juntos toda la primaria. Me explico: yo estudié dos veces la primaria. En la mañana cursaba regularmente con los niños de mi edad y, por la noche, mi mamá me llevaba de acompañante suyo porque ella se inscribió en la escuela para adultos. Mi madre venía de Mereycito, entonces un recóndito poblado de campesinos del estado Bolívar, donde aprendió a leer y a

escribir y nada más. Ya en El Tigrito, decidió sacar su primaria completa y se inscribió por la noche en el Grupo Escolar José Manuel Cova Maza. Después haría lo mismo, también por la noche, para sacar su bachillerato en el Liceo Briceño Méndez de El Tigre, mientras trabajaba como enfermera auxiliar en el Hospital General “Luis Felipe Guevara Rojas”, en Pueblo Nuevo.

Por esas circunstancias –y no por bruto, ¿okey?– estudié dos veces todos los grados de la primaria, sin repetir ninguno, no sé si me explico. Lo bueno es que en los cursos de la noche, como yo no era alumno regular sino acompañante, no me ponían ninguna tarea, ni me preguntaban nada de sorpresa, ni yo estaba obligado a prestarle atención a nada ni a nadie. Era un vacilón, de verdad. Así deberían ser todas las escuelas. Mientras la maestra o el maestro hablaba, yo dibujaba o leía algún libro de cuentos o comiquitas, o mejor todavía, no hacía nada. A la mañana siguiente, todo cambiaba, frente al maestro Policarpo, las maestras Osuna, Fita, Josefina Torrealba o Santina Salazar. Mi vida escolar daba un giro de 180 grados. La cariñosa compañera de estudios de la noche, se convertía en la estricta mamá que me revisaba los dientes, me miraba el pelo, me acomodaba el uniforme y me advertía lo que debía hacer o no hacer. “Sí, señora” o “Sí, mamá”, respondía yo porque, si no lo hacía, me tomaba de los hombros, me miraba fijamente y me decía: “Te estoy hablando”. Después venía el beso, la mirada dulce y la bendición. ¡Ah!, olvidaba la advertencia más difícil de cumplir: “Si peleas, no vayas a ensuciar el guardapolvo”.

Promovidos ambos al bachillerato, los senderos de nuestras vidas escolares se bifurcaron, como jardines borgeanos. Me tocaba clases en la mañana y la tarde, por lo que me quedaba la noche para hacer las tareas. Así que mi excompañera de estudios tendría que ocuparse de lo suyo y yo de lo mío, aunque a decir verdad, ella siempre se ocuparía de todo y de todos. Ya había pagado con creces sus suplencias en el hospital y le dieron un cargo fijo. No sé de dónde le salió lo de fundar un sindicato. Venía de la resistencia contra la dictadura de Pérez Jiménez, pero no era precisamente una política. Cuando se proponía algo, no desistía hasta lograrlo: fundó el Sindicato.

Afiliado a la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud (Fetrasalud), controlado por Acción Democrática (AD) y, en menor proporción, por sus aliados en el Pacto de Puntofijo, Copei y Unión Republicana Democrática (URD), nació bajo su égida el Sindicato de Trabajadores de la Salud del Distrito Simón Rodríguez, el primero de la zona Sur de Anzoátegui, del que su fundadora fue, no faltaba más, su primera secretaria general. A la par, continuaba sus estudios de bachillerato y los cursos de mejoramiento que el entonces Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS) dictaba a su personal de enfermería. También se inscribía en los ofrecidos por la Cruz Roja Venezolana y en cuanto seminario sobre sindicalismo y la clase obrera promovieran las centrales de trabajadores del país. Quería alcanzar el tiempo que su origen campesino y humilde le negó. Y para mí y mis hermanos, lo alcanzó y sobrepasó.

Ese sindicato que fundó me volvería a encompinchar con mi mamá. Mis juntillas con las juventudes del PCV y el MIR me volvieron un diestro hacedor de pancartas y afiches, habilidades que a petición suya –¿qué podía decirle?– colocaría al servicio de un sindicato adeco. En el periódico “Adelante”, de la Juventud Católica, el padre Pan descubrió mis dotes innatas para redactar artículos, versos y coplas, algo que luego desarrollé escribiendo los decretos reales de las reinas de las fiestas patronales y pergeñando los testamentos de Judas cada Domingo de Resurrección, cuando la justicia popular le pega candela, en la figura de un monigote, a los Iscariotes que no le cumplen al pueblo. En verdad, debo acotarlo, la habilidad para escribir versos no era tan innata: la aprendí de mi abuelo Isidro Torcuato Silva, viejo coplero de cuatro y pelo de guama que me enseñó los trucos –o “técnicas”– de la rima, la improvisación y el contrapunteo. A la orilla del río San Miguel, una Semana Santa, me gané un premio -100 bolívares y una caja de cerveza- declamando versos de “*Florentino y el Diablo*” que mi tío Juan Ramón me enseñó bajo el sol de los caminos.

En secreto que solo ahora revelo, me convertí en el autor de todos los discursos de orden que cada 1.º de mayo, Día Internacional de los Trabajadores, pronunciaba la secretaria general del sindicato de la salud, o sea, mi mamá. Este inesperado oficio me llevó a convertirme en un experto en la historia del movimiento sindical, desde los mártires de Chicago de 1886, hasta la ejecución en la silla eléctrica de Sacco y Vanzetti, por su ideología anarquista y sus luchas por la clase obrera.

No imaginaba Ana del Rosario –menos yo– que al pedirme escribir sobre la clase obrera para la jefa de un sindicato adeco, me pondría en contacto con las ideas socialistas, mismas que me acompañarían por el resto de mi vida y me convertirían en un militante de las causas justas de los pueblos del mundo, o también, para otros, de sueños y utopías.

Concluido el bachillerato, mi madre me mandó a estudiar Medicina –allí pasé uno tres semestres– y me terminé inscribiendo en periodismo (también intenté hacerlo en Letras), convencido de que le haría menos daño a la humanidad con una pluma que con un bisturí. Muchos años después, como diría el Gabo, el Comandante Hugo Chávez me incluyó como candidato a la Asamblea Nacional Constituyente de 1999. Por amor maternal, por agradecimiento y en correspondencia a que yo la apoyé cuando ella fue candidata a cualquier cosa o a lo que sea –sin importarme que fuera adeca– se incorporó con entusiasmo a mi campaña, se la tomó en serio, y se puso a pegar afiches de su hijo –socialista, bolivariano y chavista– por toda la Mesa de Guanipa. El partido, su partido, AD, no aguantó esto y la tildó de traidora. Solo se limitó a decir:

–¡Guá! ¡Dizque “traidora” porque apoyo a mi hijo, se habrá visto! ¿Y cuando él me apoyaba a mí siendo adeca, qué? ¿Y si no apoyo a mi hijo, a quien voy a apoyar?”

Yo callaba y sonreía ante tan irrefutables argumentos. El añejo partido no podía entender que además de madre e hijo, éramos compinches, viejos compinches, desde aquellos

lejanos días cuando estudiábamos juntos la primaria, hasta la madrugada que sin avisarme, se me quedó dormidita para siempre con el afiche mío doblado sobre el pecho, mi rostro descansando en su regazo.

MI SESENTÓN Y JOVEN LICEO

Tierra sin fin me vio nacer, llanura ni por el cielo limitada:
mesa de horizontes circuidos de horizontes, enorme círculo.

Mis ojos aprendieron a mirar lejos, más allá de la vista,
como el águila impetuosa de la sierra. Pero nunca vi por aquí
un águila, reino de gavilanes.

Esta tierra me enseñó a leer en ella, mas, en su escritura,
no existe la palabra frontera, los caminos perennemente se
alargan, no concluyen, no conocemos fin...

-Carece de dueño el horizonte, nos inculcaron nuestros
padre remotos.Me separé de mi gente y me fui solo, con un
morral de frutas y quimeras, solamente. ¿Qué destino puede
esperar al hombre sin rumbo?: todos los destinos.

Los pájaros de los caminos me llamaban.

Nuestra gente anda, anda. Yo, del alba hasta la noche, vago
mundo.

*Ahora solo quiero llegar al final de esta historia, es decir,
a ustedes, que es una forma de no quedarme aquí. De seguir...*

Así escribía el autor de estas líneas, en esa etapa de la vida que va de los 20 a los 30 años, con la universidad ya como presente y el liceo como savia, impulso y llama. Todavía la nostalgia no franqueaba nuestras puertas espirituales. Las nostalgias, bien nos lo decía en una charla vespertina el novelista y amigo Salvador Garmendia, es una agrídulce enfermedad que no afecta a los jóvenes. En un poemario que titulamos *Los caminos borrados* le cantamos a la Mesa de Guanipa, tierra de horizontes circuidos de horizontes. El título nos lo apropiamos del poema de Roberto Juarroz, donde nos advierte: “*Y solo reconozco mi canción y mi sombra/ en el arte secreto de los caminos borrados*”.

Allí, en la Mesa de Guanipa, vimos levantarse el edificio del Liceo Briceño Méndez; en su momento, una mole para la ciudad de El Tigre, pero sobre todo, una conquista del pueblo que luchó, al lado de estudiantes, profesores, trabajadores y empleados, para que esa infraestructura fuese una realidad.

La ciudad ha ido abrazando su liceo, rodeándolo, metiéndolo en su seno. Antes, era el final de una avenida. O de dos. Era la referencia de la salida de El Tigre; la última imagen del viajero que partía rumbo al norte, a ciudades y pueblos de salitre y mar. Lo construyeron allí para que todo aquel que se graduara, al irse para la universidad, le echara una última mirada. O para no darle ningún chance al olvido. O para que, lejos del centro de la ciudad, las protestas estudiantiles quedaran en la periferia. O si lo vemos sin segundas intenciones,

para que al regreso de la universidad, si venías por tierra desde el norte, fuera el primer amigo que te recibiera con los brazos abiertos, a campo abierto, con sus puertas abiertas.

Las escuelas, los liceos, terminan por carecer de geografía, como carecen de límites espaciales los conocimientos y el saber, la ciencia y la creación. Por supuesto, para el recuerdo, incluso para la nostalgia cuando los años pasan, está el terruño y ese sentimiento de terredad que nos aprieta; también está la casa o el edificio, sus paredes, sus piedras, sus pasillos, sus colores, sus olores, sus ruidos, sus murmullos, sus jardines, sus luces, sus claroscurios, sus sombras y, también, por qué no, sus fantasmas, tan reales como sus columnas.

El Liceo Briceño Méndez, por ejemplo, ese edificio grandote cuando éramos sus alumnos de 14 o 15 años, se vería pequeñito si pudiéramos mirarlo desde el espacio, en la cintura del estado Anzoátegui, con el mar Caribe al norte y al sur el soberbio Orinoco; protegido arriba y abajo en la geografía por las aguas del mar y del gran río, como un hijo de acuario. También cambia la imagen del liceo en la medida en que sus estudiantes cambian con los años. El liceo que nos recibe en primer año no es el mismo que nos despide en 5.º año. También cambia la percepción que tenemos del liceo, más o menos agria, más o menos dulce, con los cambios de las novias o los novios. Una sola mirada, un lunes o un viernes, puede alegrar todo el liceo. O entristecerlo. Un martes podemos sentirnos dueños del mundo. Y un miércoles sorprendernos

devastados. Y ya el jueves, no nos sentimos dueños de nada ni devastados, sino perdidos en un examen de matemáticas o en un verso que no atinamos a precisar si es de Santa Teresa de Jesús o de Sor de Juana Inés de la Cruz. O de ninguna de las dos.

Pero además de ese liceo que cambia de un día para otro –nunca un lunes es igual a un jueves, mucho menos a un viernes–, de ese liceo que se transforma de un año a otro, también se van dando mutaciones y metamorfosis que desbordan al liceo mismo, su espacio físico y su ubicación geográfica. Cuando tomo un libro del poeta Ramón Ordaz, mi compañero de 4.º año junto con esa sana maldad juvenil que era Simón Farcheg, y leo en su contratapa: “El autor estudió en el liceo Briceño Méndez de El Tigre”, por Dios que el liceo se me agiganta. Igual cuando oigo la voz de Gualberto Ibarreto, lo recuerdo con su violín por los pasillos del liceo. Siento también la fuerza política y transformadora del Briceño Méndez cuando uno de sus hijos, de sus egresados, conduce como gobernador los destinos del estado Anzoátegui. Hace poco me decía un alto oficial de nuestra Fuerza Armada, henchido de orgullo: “La enseñanza en el Briceño Méndez era de primera; en los años 60, quienes presentamos el examen de admisión para ingresar a la Academia Militar, todos los del liceo fuimos admitidos”.

El Liceo Briceño Méndez, pues, desborda sus límites físicos, sus muros y alambradas. Se hace sentir en sus egresados en todas las universidades del país; en las escuelas militares;

en los estudios de postgrado en Venezuela y el exterior; en los institutos de investigación; en todas las ramas, todos los saberes y todas las profesiones.

El Liceo Briceño Méndez ha sido y es cantera de atletas y deportistas, reconocidos nacional e internacionalmente; y tienen igual reconocimiento sus entrenadores, profesores de educación física y técnicos, con Juan Facendo como nombre emblemático, hoy miembro del Salón de la Fama del deporte venezolano.

En un libro dedicado al estado Anzoátegui, el aspecto literario le tocó escribirlo al cuentista y novelista Denzil Romero. Luego de reseñar los grandes nombres de las letras anzoatiguenses, el destacado narrador de *La tragedia del Generalísimo*, premio Casa de Las Américas, de Cuba, nos escribe mirando al Sur:

“La evolución literaria, intensa y plurisecular, del estado no se detiene. Ahí trabajando siguen los más jóvenes: Santos López, Earle Herrera, Ramón Ordaz, Benito Yradi, Tarek Williams Saab, José Canache La Rosa, y algunos otros”. Jóvenes creadores, por supuesto, para el momento en que Denzil Romero escribió su ensayo. De los seis nombrados, cinco son egresados del Liceo Briceño Méndez. Tampoco con ellos se detuvo la evolución literaria que ha tenido, en los estudiantes del liceo, el camino que se hace al andar, en el decir y cantar de Antonio Machado.

Poetas, dramaturgos, novelistas, cuentistas, ensayistas, hombres y mujeres que hicieron sus primeras letras en las aulas del Liceo Briceño Méndez. Autores que en sus libros, en sus distintas creaciones literarias, en sus fichas de presentación, sienten el orgullo de identificarse como briceñosmendinos. Y más allá o más acá de las letras, también el campo de la creación artística, pintores, escultores, compositores, intérpretes, cantautores, balletistas, cineastas, enaltecen con sus obras el nombre del liceo que más allá del contenido curricular, del programa de estudio, nos enriqueció espiritualmente, nos templó el alma para la lucha revolucionaria, nos sembró conciencia de amor patria y nos sensibilizó para el arte, para la creación y para la poesía.

1933 es el año fundacional de la ciudad de El Tigre. 16 años después, en 1949, verá la luz el Liceo Briceño Méndez. La luz es un haz que se abre en una década oscurantista, la de los años 50, signada por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En 1958 se instaura el régimen de la democracia representativa. El siguiente decenio, sin embargo, no será de paz. No por casualidad la historia la bautiza como la década violenta la de los años 60 en América Latina. El Liceo Briceño Méndez formó vanguardia en las luchas contra la dictadura como en las libradas contra la represión y los campos de concentración de los violentos años 60.

El siguiente decenio, el de 1970, unos lo ven como la derrota de la lucha armada, otros como el del repliegue táctico y un tercer

sector como la consolidación de la política de pacificación. Sería la antesala de las políticas neoliberales que las grandes potencias, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial impondrían a sangre y fuego a los países del tercer mundo. No por casualidad los subsiguientes años 80 fueron bautizados como la “década perdida” para América Latina. En Venezuela, cerró el decenio con el sacudón de 1989, con miles de heridos y cientos de muertos y desaparecidos.

La década de 1990 sería escenario de dos rebeliones militares y, en 1998, del colapso definitivo del llamado Pacto de Puntofijo. El triunfo de la Revolución Bolivariana trae consigo la aprobación, en referéndum popular, de una nueva Carta Magna, con el fin de refundar la República. El siglo XXI, transcurrido su primer año, estalla en 2002 con un golpe de Estado; la caída y la restitución del Presidente constitucional, Hugo Chávez Frías, en apenas 48 horas y, luego, transcurridos unos meses, el lanzamiento de una huelga y sabotaje petrolero que se proyecta hasta 2003.

A grandes zancos, ese ha sido el devenir histórico en que han transcurrido las seis décadas que cumple en 2009 el Liceo Briceño Méndez. En medio de los altibajos políticos, de las luchas de sus estudiantes, de los movimientos que han conmocionado la vida del país, el liceo ha mantenido su labor pedagógica de formación de las nuevas generaciones; nada ha detenido su trabajo de extensión que lo vincula en forma permanente con el pueblo y sigue siendo faro en el desarrollo cultural de El Tigre, del estado Anzoátegui y del país.

En esta hermosa tierra, reino de gavilanes, de horizontes circuidos de horizontes, de caminos que perennemente se alargan, nuestros ojos aprendieron a mirar lejos, más allá de la vista. Así nos enseñó el Liceo Briceño Méndez. Pero no solo a mirar; también a encontrar los caminos borrados y sobre todo, en estas vastedades donde no hay caminos, como bien lo cantara Antonio Machado, el Liceo Briceño Méndez nos enseñó, y enseña a los jóvenes de hoy, a hacer camino al andar.

Estar hoy aquí, cuando nuestro liceo cumple 60 años, es un privilegio. Tener la oportunidad de recordar a nuestro director, el profesor Arias Reyes, y a un distinguido profesor y amigo como Baldomero León, es una oportunidad de gratitud que nos da la vida. Por todo eso, por la primera clase, la primera ecuación y el primer poema, Dios bendiga al Liceo Briceño Méndez. Dios bendiga a la Mesa de Guanipa.

Discurso de Orden

Orador: Earle Herrera

23 de junio de 2009

LA PISTOLA Y LA REINA

A las 5 de la tarde el liceo adquiere un aire de despedida y hasta mañana. En el espacio central que funge de auditorio, se me acerca el presidente del Centro de Estudiantes, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), un desprendimiento izquierdista del partido de gobierno, Acción Democrática.

–Quiero que me guardes algo –me dice, con una seriedad demasiado solemne para nuestra edad, cercana a los 16 años.

Sin mirar el sobre manila que me entrega, al palparlo sé que tiene un arma en su interior. El MIR, al igual que el Partido Comunista de Venezuela (PCV), había tomado la vía de la lucha armada y El Tigre, con su aguerrido sindicato petrolero, y su no menos combativo Liceo Briceño Méndez, tejía ya fama de pueblo subversivo.

–Es una 22 –disparó tajante.

No me preguntó si se la podía guardar ni nada parecido. Sencillamente me la entregó, me dio una palmadita y caminó hacia un grupo de muchachas, con su uniforme de kaki, media camisa por fuera, algo reprendido por la severidad profesoral. Las chicas lo recibieron entre risas y bromas –era el dirigente–, a las que se sumó con una naturalidad que me hizo murmurar:

–Es un tipo es fresco.

Con mi explosiva encomienda bajo el brazo, tampoco yo podía salir del liceo con esa arma. Tenía que pasar por el sindicato petrolero a llevar un mensaje y su local permanecía vigilado por los cuerpos policiales, después de la última balacera entre adecos, comunistas y miristas. Miré a mí alrededor y sentada en las escaleras que suben a la dirección vi a Migda, estudiante de 4.º año, revisando su bello rostro en el espejo de una polvera. Me le acerqué y me senté a su lado. El año anterior había resultado reina de las fiestas patronales de San José de Guanipa por elección popular. Yo me convertí en su caballero de honor no por mi cara de príncipe, sino por haber sido su promotor, jefe de campaña y recolector de las finanzas que costearían su reinado de tres días en El Tigrito, cuyo excelso patrono es San José. Y además, yo soy José. Earle José, aunque Migda no era María, ni hija de esa cofradía.

Bella e ingenua, hizo su primaria en un colegio de monjas, el Divino Maestro. Yo era miembro de la Juventud Católica, lo que no me impedía que me reuniera con la

juventud marxista leninista del MIR, por convocatoria de nuestro entonces joven dirigente, Carlos Urrieta, un simpático y persuasivo ateo militante a quien Dios debe tener en su gloria. No sé si él era una ficha del MIR, pero sí que era el cuadro de confianza en El Tigre y El Tigrito del máximo dirigente de esa organización, Domingo Alberto Rangel, a cuyo lado nos llevó años después –militamos juntos en la política y el periodismo con “El Viejo”– y a quien acompañó hasta su último hálito vital. Sabía que Migda aceptaría guardarme el sobre sin preguntarme por su contenido, pero consideré mi responsabilidad revelárselo.

–Es una 22.

Su reacción fue igual a si le hubiera dicho: “Es un mango, una guayaba o un merey”. Cerró su cartera y siguió auscultando su rostro en el pequeño círculo de su espejo, como si nadie estuviera a su lado. Y en efecto, yo estaba lejos ya, rumbo a la pista de atletismo donde el profesor de Educación Física, Juan Facendo, chequeaba a quienes estábamos seleccionados para los juegos juveniles nacionales de ese año. En la curva final de los 800 metros planos el jadeo te borraba el pensamiento de la pistola y la reina de belleza.

La mañana siguiente fue incierta. No sabíamos si la ausencia del presidente del Centro de Estudiantes se debía a un exceso de preocupación de sus padres o a un allanamiento de su casa en la madrugada. No apareció en todo el día y la reina armada se regresó con su encomienda. Le dije que la dejara

en su cuarto, junto al cetro y la corona y demás cosas de su realeza, hasta que el camarada apareciera. Pero no apareció en lo que restaba de año. Ni el otro.

Migda se casó y tuvo bellos niños, me contaron los caminos. Años después me encontré con el expresidente del Centro de Estudiantes, con algunas canas “plateando su sien”, y entre tantos recuerdos refrescados, no se acordaba de la 22. El trato policial de aquel mismo día en que la pistola pasó de sus manos a las mías y de las mías a la de la bella soberana de San José de Guanipa, fue eficazmente amnésico. El olvido protege al prisionero.

-La reina se quedó con la 22.

Pareció no entender cuando le informé el destino de aquella pistolita. Ahora me asaltan las dudas. Migda no era precisamente una *femme fatale* armada, sino la joven reina de un pueblo de paz. Algunos excompañeros me aseguran que ella, con gran naturalidad, me devolvió una tarde la 22 en el laboratorio de mineralogía

-Si fue así -respondí-, debe estar todavía allí, no Migda, la 22.

EL LICEO SE LLAMA BRICEÑO MÉNDEZ

El liceo es la adolescencia y, cuando esta se aleja, es una nostalgia y un refugio, el lugar al que siempre se retorna. Es el amor platónico entre tubos de ensayo y el corazón desprendiéndose en una mirada como el hidrógeno del agua. Es el timbre puntual que te rescataba de la complejidad de una ecuación cuando ya estabas al borde del abismo de un interrogatorio relámpago. Es la primera vez de la vida, el amanecer oscurito y la noche bajo un faro de la plaza cuando la madrugada y la calle eran buenas para estudiar. Es, para mí, la cancha de atletismo y la voz de Rosita y Juan Facendo insuflando sueños de laureles y medallas, allá, entre el cielo y la tierra de horizonte anillado de horizontes de la Mesa de Guanipa.

Es también una ficción, en un poema de Ramón Ordaz o Néstor Rojas, en los relatos más allá de las cabrias de Benito Irady o, quizás, en un cuento que escribí, aquel sábado que nunca llegó, cuando detrás de cada puerta escuché el silencio. Es igual un sentimiento de impagable deuda y gratitud hacia todos aquellos profesores que de ellos nos dieron tanto y mucho. Es el guijarro y el cristal, el grito y la protesta, el pupitre y

la mirada, el Mio Cid y sor Juana Inés de la Cruz, el miedo y la pregunta, la colecta y la fiesta, la chuleta y la oración al santo que la oculta, la lluvia y el abrazo, la mano entre la mano. La calzada y su silencio y el árbol amigo y cómplice que jamás te delató y todavía, cuando ya puede hablar, no se sabe por qué sigue guardando tus secretos.

Es un pedazo de la vida y sin duda, no el más grande, pero sí el más feliz, desinteresado y bello. Mi liceo lleva el nombre de un general de la Independencia, Pedro Briceño Méndez, edecán del Libertador Simón Bolívar. Así nos lo enseñaron y para hacerle una estatua al héroe epónimo, hicimos batidas, rifas y torneos que alcanzaban para el busto del prócer y la fiesta semanal. Bien lo sabían los profesores Arias Reyes, Benigno Guilarte, Edgar Sánchez, en fin, todos. El Tigre entonces empezaba a sembrar su petróleo en los surcos del maní. La mejor siembra, sin embargo, la hacía el liceo Briceño Méndez. Y legiones de profesionales, civiles y militares, regados por toda Venezuela, dicen que lo hizo bien el labrador y eran buenas la mano y la semilla.

Una tardecita me llama Alexis Moya, médico- pediatra y presidente de la fundación de Amigos y ex Alumnos, para recordarme que en mayo próximo Liceo Briceño Méndez cumple 50 años y quiere que todos los que pasamos por sus aulas estemos presentes. No es fácil ubicar a tanta gente pero si usted, compañero *briceñomendino*, lee esta crónica, sepa que lo andamos buscando y no se dé por invitado porque usted es

anfitrión. Tráigase a un general de División como Velásquez Rojas, Rojita, y a un filósofo y economista como Emeterio Gómez. Llegue con un compositor como Enrique Hidalgo y un cantor como Gualberto Ibarreto. Acompáñese de la novelista Milagro Mata Gil y del exgrande liga Enzo Hernández. Y ponga usted el “etcétera”, tan infinito como los horizontes de Anzoátegui, de la Mesa de Guanipa, de El Tigre, esta ciudad que una vez apenas fue la *Oficina N° 1* que inspiró al paisano barcelonés Miguel Otero Silva.

El Liceo Briceño Méndez, entonces cincuentenario y cincuentón, es patente ejemplo, desde la provincia olvidada, de lo que fue y puede y debe volver a ser la educación pública en Venezuela. No solo forjador de profesionales, sino cantera de atletas y deportistas de nivel internacional. Y casa de intelectuales y artistas prestigiosos. No han dejado de afectarlo los avatares de las crisis, pero siempre sale adelante. Esta crónica, con el perdón de mis lectores, la he escrito con el corazón, como si lo hiciera en un antiguo pupitre de mi adolescencia briceñomendina. Qué más da, cuando nos han dado todo.

EL BURRO SUBVERSIVO

Alguien o algo que va todos los días al liceo no debería ser llamado burro, pero así denominaban al largo tracto-camión que nos llevaba todos los días al “Briceño Méndez”. Se trataba de un chuto que en vez de una plataforma de gandola, remolcaba una especie de autobús. Ignoro por qué le pusieron ese nombre asnal al transporte de liceístas, pues por esta, les juro que entre sus jóvenes pasajeros había muchas lumbreras, “cráneos” y “cerebritos”. No serían un Consejo de Sabios Griegos, vamos, pero tampoco un atajo de limitados, bien lejos. Si había uno que otro u otra taparita, valga el lugar común, era la excepción que confirma la regla. ¡Tremenda frase!

El transporte fue una conquista que los trabajadores petroleros de la Mene Grande Oil Company de San Tomé lograron para sus hijos. Una vez que estos concluían la primaria, debían proseguir la secundaria en el Liceo Briceño Méndez de El Tigre, separado por unos 15 kilómetros. Entre ambos pueblos estaba El Tigrito, de modo que para pasar por allí sin problema, El Burro debía recoger a los muchachos que estudiaban en el mismo liceo, pues no existía otro por allí. El chuto con su valioso cargamento, disculpen la modestia con

mi generación y las siguientes, hacía cuatro veces esa ruta y ya formaba parte del paisaje guanipense y de unos pueblos con incipientes sueños de pequeñas ciudades. Al fin y al cabo, tenían algo: petróleo. Y, sobre todo, soñadores.

Los burros eran dos, uno amarillo y el otro verde. Por el sistema de chuto y remolque, los pasajeros no tenían ningún contacto con los chóferes. Los estudiantes imponían en el trayecto la disciplina o el desorden. Las épocas del año determinaban el ambiente camión o bus adentro. En los días decembrinos, estallaban los cuatros, furrucos y maracas, entre gaitas, villancicos y aguinaldos. Un alumno de excepción que no viajaba allí porque vivía en El Tigre, Gualberto Ibarreto, nos recomendaba algo “que no debe de faltar” y no faltaba. La Mesa de Guanipa, era una fiesta rodante.

En carnaval, cambiaban los instrumentos y aparecían los *still bands*, bajo la batuta de Paúl Tineo y otros virtuosos del acero y el sonido. Gaitas y aguinaldos cedían paso al calipso. Volaban las bombas con agua y sobre aquella plataforma rodante, los uniformes mojados y los cuerpos húmedos desafiaban el calor del mediodía o el atardecer al ritmo del “Callao To Night” y “Guasipati tomorrow night”. El Liceo Briceño Méndez, que me perdonen Hemingway y París, era una fiesta.

Cercanos los días julio, mes de exámenes finales y jurados cejjuntos, el ambiente daba un brusco giro “Burros” adentro. El silencio adolescente era impresionante. Los saludos, rápidos y cortos. “Hola”. “Qué tal”. Se hablaba en voz

baja, para no interrumpir ni perturbar al vecino. Cada quien, en su asiento, viajaba con la cabeza metida en el cuaderno de apuntes, en la *Tierra y sus recursos* o el *Algebra* de Baldor y su trampajaula de las cien palomas y el gavián. Así debió ser el ambiente en la Biblioteca de Alejandría, pero rodando por la sabana con su carga de sueños, miradas furtivas, chuletas en las piernas y fórmulas químicas en las manos. Eran noches de amanecer bajo los postes de la plaza o el alumbrado público, aprendiendo a beber café, a fumar sin toser y, algunas veces, a amar sin adjetivo ni predicado, en una oración sencilla y misteriosa.

El chuto va a la guerra. Un mediodía de 1961, inicios de una década violenta, uno de los “Burros” no llegó a recoger a los liceístas. Se corrió la voz de que había sido secuestrado por una célula guerrillera. El asunto era emocionante y rompía la rutina de aquellos veranos calcinantes de los campos y pueblos que brotaron al bombeo –sístoles y diástoles de la Mesa de Guanipa– del pozo Oficina N° 1. El Sindicato Petrolero de El Tigre se forjó en duras luchas laborales y políticas. El partido de gobierno, Acción Democrática, buscaba rescatarlo de las manos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Comunista de Venezuela. Esto se dimiría a sangre y fuego. Imaginábamos al Burro convertido en un colador de balas de fusilerías y pistolas. Pero nada de eso ocurrió. Por la tarde lo consiguieron estacionado en una de las calles de Campo Oficina. Al siguiente día, sin heridas de guerra, estaba haciendo su bulliciosa ruta San Tomé-El Tigrito-El Tigre.

Puedo contarlo ahora, lejos de la década violenta, de aquellos años 60 paradójicamente de guerra de guerrillas y de “Paz y Amor”, días aurorales de la democracia representativa y del “*disparen primero y averigüen después*”, de la guerra de Vietnam y de los Beatles. En casa, para preocupación de mamá, supimos que el chuto-bus se lo llevaron dos estudiantes de segundo año de bachillerato: mi hermano Antonio Herrera Silva y Amado Morales, con la idea de dar vueltas por ahí como en efecto lo hicieron, pasar por frente a las casas de las que ellos llamaban sus “novias”, echar pinta, sacar cuadros y luego, abandonarlos en algún lugar. Los cuerpos de seguridad hicieron las pesquisas pertinentes, pero nunca supieron quiénes llevaron los burros hasta Campo Oficina. Hasta entonces, los dos implicados en la aventura no tenían cédula de identidad y sus huellas no estaban registradas en ningún lado. Sospeché que debió haber algún tercero en el asunto que supiera manejar tamaño chuto-bus, pero nunca lo dijeron ni delataron. Cada vez que contaban su osadía, los miraba y escuchaba con envidia.

Después supe que el MIR les había dado la orden de la “operación”, pero una vez al volante de aquel mastodonte rodante, se emocionaron y decidieron sacarles cuadros a sus “novias”. La incipiente revolución que pretendía “tomar el cielo por asalto”, para algunos era un juego más de adolescentes cuando todo era fiesta, 15 años y primavera.

EL BALANCÍN O EL BUITRE

Su semblanza ferrosa ilustró portadas de libros y revistas. Era la imagen de la Venezuela que brotó del reventón del Zumaque I, por el año 14 del siglo XX. Se hizo paisaje de los pueblos petroleros de Oriente y Occidente del país. Para los niños de aquellos campos de largos inviernos y prolongadas sequías era un pajarraco asmático que tenía que beber de día y de noche porque su sed era insaciable. Cuando se secaba el pozo, el animal prehistórico quedaba muerto de pie para siempre, como un dinosaurio de acero al que le faltaban todavía milenios para ser sepultado y convertido por el dios Tiempo en restos de interés arqueológico.

De un balancín que martirizaba la Mesa de Guanipa se colgó un joven gringo abrumado por la distancia, la soledad y el sol del llano que incendió sus tormentos. Lo hallaron al amanecer, meciéndose como un niño en un columpio, con una sonrisa estúpida, lengua amoratada y ojos de asombro y encantadora sorpresa infantil. En el bolsillo de la braga llevaba una carta que nunca le llegó a Ava Gardner y una flor de la sabana. Cuando se regó por el pueblo que se había ahorcado un hombre en el balancín del camino viejo, estuve entre los cinco o nueve niños que atravesaron a la carrera el chaparral

hasta estar frente al cadáver matutino que empezaba a ser acariciado por el sol de Guanipa. No sé si a los demás, pero a mí me miró con burla y echonería, mientras subía y bajaba en un compás perfecto y desesperante, como si al ascender se fuera a encontrar con la mujer de su carta y, en el mismo acto, lo bajaban y lo alejaban de su imposible objetivo. Pero él parecía conforme, a diferencia de los demás trabajadores que mientras lo observaban con fastidiada curiosidad, hablaban de la próxima huelga, a la que ya se había adelantado, de brazos caídos, el ahorcado.

Hasta 1958 el balancín, que se podía divisar en la leju-ra desde el techo de moriche de mi casa, era independiente, apolítico y no sé si neutral. Pero una mañana, después del 23 de Enero de ese año, un grito se estampó en su costillar izquierdo, visto desde la acequia: ¡Viva *Jóvito, carajo!* Las letras eran amarillas y escuché el leco dos años después de verlas, cuando aprendí a deletrear en las planas de la escuela: ¡V-i Vi, v-a va, viva, J-o Jo, v-i vi, t-o to: *JOVITO!* Pero por el otro lado, porque estaba naciendo el oportunismo, en letras blancas se leía: ¡*Arriba, Rómulo!* Después la cosa se relajó y al pajarraco de acero le pintaron en la testa la cachucha del marino Larrazábal, la boina de los cabezas calientes y ya no se sabía a quién apoyaba ni con quién estaba el politizado balancín. Dicen que a todos les regurgitaba en la boca un poco del aceite que bebía noche y día.

¿Qué clase o especie de ave es el pajarraco insaciable de la sabana? ¿Por qué no lo encandila el resplandor de los mechurrios?

¿Es un ciego como los de Sábato o un invidente como los de Saramago? ¿Se marchará un día sin dejar rastros o ya se quedó para siempre entre nosotros, así se vaya? ¿Cuál es su biología, cuál su metabolismo? ¿Qué zoológico de chatarras lo adoptará, qué museo antediluviano?

Buscando entender al pájaro ciego que siempre me miró fijamente con su ojo ciego, hurgué en las venas de Eduardo Galeano y al abrirlas, encontré la descripción de Salvador Garmendia, manando sabiduría y amor de Patria Grande desde las entrañas de América Latina:

“Salvador Garmendia –escribe Galeano–, el novelista que reinventó el infierno prefabricado de toda esta cultura de conquista, la cultura del petróleo, me escribía en una carta a mediados de 1969: ¿Has visto un balancín, el aparato que extrae el petróleo crudo? Tiene la forma de un gran pájaro negro cuya cabeza puntiaguda sube y baja pesadamente, día y noche, sin detenerse un segundo: es el único buitres que no come mierda. ¿Qué pasará cuando oigamos el ruido característico del sorbedor al acabarse el líquido? La obertura grotesca ya empieza a escucharse en el lago de Maracaibo, donde de la noche a la mañana brotaron pueblos fabulosos con cinematógrafos, supermercados, dancings, hervideros de putas y garitos, donde el dinero no tenía valor. Hace poco hice un recorrido por ahí y sentí una garra en el estómago. El olor a muerto y a chatarra es más fuerte que el del aceite”.

Prosigue Salvador, en su carta a Eduardo Galeano, describiendo con sus incómodas y eficaces imágenes la cultura

del petróleo, con sus derroches, estridencias y mal gusto. Quizás es demasiado literal cuando estampa que el balancín “*es el único buitre que no come mierda*”. La come y la defeca en oropeles y en una aceitosa conciencia social, de guachimán, de portones, de campamento y campos lonas. El experto petrolero y fundador de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, llamado el padre de la OPEP, Juan Pablo Pérez Alfonzo, tituló unos de sus libros: *Hundiéndonos en el excremento del diablo*. Es lo que siempre ha comido y come el pajarraco ferroso que atenazó como una garra el estómago de nuestro gran novelista, Salvador Garmendia.

No sé cuándo vi el primer balancín. Recuerdo el que estaba más allá, sabana adentro, del patio de la casa. Luego fueron apareciendo por todas partes, escoltando lo que llamábamos la carretera de la Flint, otra empresa petrolera, por el este de El Tigre; los que succionaban las venas abiertas entre este pueblo y El Tigrito; aquellos que vigilaban mientras sorbían en su complicidad nuestras escapadas al río Tigre o el Caris, o más allá, por los farallones de Chimire; o subiendo hacia San Tomé y siguiendo hacia Campo Guico o La Leona. Aparecían pajarracos por todos lados, cada vez más activos y agresivos en su conquista de la tierra. Años después sentí un pánico pretérito, un remoto miedo retroactivo, cuando vi la película “*Los Pájaros*”, de Alfred Hitchcock. Los avechuchos que acosaron mi infancia eran también pájaros lúgubres, pero de tamaño prehistórico, como los Pterodáctilos del jurásico u

otras eras perdidas. Y estaban allí, día y noche, a tu alrededor, con su sorda respiración y sus silentes y aceitosos bufidos de Oil Company.

Pasaron los años para que otra pobre criatura descorazonada se colgara de un balancín. Desde entonces relaciono a estos pajarracos con el suicidio y la tristeza. Este era un obrero criollo de la lista negra y la máquina de la que se guindó estaba muerta, detenida, estática, como una incertidumbre. Me acerqué a curiosearlo camino del liceo. Ya había visto la película “*Los Pájaros*” y me pareció que desde alguna parte, quizás debajo del vientre de la avechucha de hierro, el rostro relampagueante de candela por los resplandores de los mechurrios, nos miraba fijamente Alfred Hitchcock.

NOSOTROS, GENTE DE OFICINA N° 1

Miguel Otero Silva nació más al norte, a unos 160 kilómetros de nosotros, de cara al mar, en la ciudad donde Eulalia Buroz inmortalizó su nombre. Con sus grandes zancos de Gulliver atravesó la mesa de Guanipa y siguiendo la línea de la insaciable culebra de hierro –“esos tubos vienen desde los pozos e irán a parar a la orilla del mar”– se llegó a El Tigre y metió sus ojos de poeta y periodista hasta las entrañas de la tierra, a 6.184 pies de profundidad. De allí salían más de mil barriles de petróleo por día y de allí sacó la historia para una novela o la novela para una historia: *Oficina N° 1*

De no haber sido por el novelista, el pozo *Oficina N° 1*, el primero perforado por aquellos contornos de los llanos orientales, ya hubiera pasado al olvido general, como el millón y pico de barriles que produjo. Por ello esta obra de Miguel Otero es la novela de la fundación y de la memoria de un pueblo, de dos pueblos, de tres pueblos: El Tigre, El Tigrito y San Tomé. Levantados allí, en medio del viento, bajo el sol y las lunas de los indios kariñas, sobre las sabanas sin fin de Guanipa, hoy los tres pueblos divisaron la mano levantada, allá en el horizonte, de su re-creador y vieron al pájaro de

sombra que cruzó sus cielos anunciando el adiós de Miguel Otero Silva.

En El Tigre muy poco se toman en cuenta las sesudas críticas a la novela de MOS. “La novela somos nosotros”, se suele decir. Hace poco murió el último personaje de *Oficina N° 1*, sí, porque los personajes andaban por allí, entre la gente, por el mercado y las calles, con el orgullo de formar parte de la novela del famoso escritor y ser, al mismo tiempo, de carne y hueso. Y los más jóvenes los mirábamos con admiración y asombro porque no es común toparse con gente que pertenezca a dos mundos: el de la vida y el de la novela, el de la realidad y el de la ficción. Solo los creadores tienen el don de hacer tal milagro y eso fue lo que hizo Miguel Otero Silva.

Ahora a Campo Oficina, en El Tigre, usted puede llegar por dos caminos. Por el que siguió Miguel Otero Silva, el hombre, para arribar al primer pozo petrolero de la zona, o por el que inventó y trazó Miguel Otero Silva, el novelista, para perpetuar en la palabra y la memoria la fundación de un pueblo. Quienes por aquí nacimos, pudimos crecer con los pies sobre la realidad y la ficción, gracias al novelista que como los magos y alquimistas, fundió en una sola las dos dimensiones. Los personajes de **Oficina N° 1** se fueron muriendo en la vida real, pero ¿quién dijo que los personajes de una novela morían? Y como nadie muere dos veces, hay un Miguel Otero Silva que bajo el sol y las lunas de los indios Kariñas, por el medio del viento, siempre estará por las calles de El Tigre, con sus grandes zancos de Gulliver, fabulador y poeta.

OBREROS DEL ÚLTIMO POZO

A falta de patios sevillanos, mi infancia son recuerdos de un pozo petrolero, un morichal, un río. Me criaron y crecí entre balancines, mechurrios, taladros y el ulular de la sirena de la Mene Grande Oil Company. De mi padre guardo la imagen de su casco, botas de seguridad con punta de acero y aquel olor a crudo y gasoil con que regresaba cada tarde. Los mechurrios encandilaron mi adolescencia en las explanadas heridas de la Mesa de Guanipa. Supe del estallido de oleoductos, del obrero incinerado al lado del tanque, de las listas negras de la Oil Company.

Años después, conocí el caso de los petroespías. Los altos gerentes entonces no vistieron de negro ni marcharon contra la alta traición a la patria. Eran meritócratas aquellos tipos. Tenía 23 años y trabajaba como reportero de economía en un importante diario, cuando se desató una feroz campaña mediática contra la Ley de Nacionalización. Muchos “nómina mayor” estaban detrás y los obreros, como mi padre, con los pulmones vueltos mierda de tanto sacar barro negro de los tanques. Luego, decisión gerencial, les quitaron su tarjeta de

comisariato. Reducción de costos, como siempre, por lo más delgado.

Tú, que formas parte de la nómina media hacia abajo, o sea, hasta el guachimán del portón de campo norte o sur, cuando marchas con la nómina mayor, lo haces por los egoístas intereses de él, no por los tuyos. Los adláteres del hombre de la Shell y de Bush apuntan hacia la privatización. Ellos seguirán en la empresa, pero tú, no estés muy seguro. Te espetarán dos frases: “sinceración de costos” y “reducción de personal”. Después, a llorar al pozo.

Acuérdate de Viasa. Recuerda la bandera gigante con que peregrinaban de despacho en despacho pilotos, aeromozas, sobrecargas y administrativos. Todavía andan por allí, clamando justicia. La empresa que compró Viasa la desapareció y se quedó con las rutas. ¿Meritocracia? No, política empresarial antinacional, sinceración de costos, eliminación de personal. Y cuando le recuerdes a tu jefe de la vieja PDVSA que marchaste con él, con la carta de despido extendida te dirá: *“Los tiempos han cambiado”*.

Siempre cambian, viejo. Juran que las protestas no son políticas, pero entonan las consignas de Plaza Francia, visten su color funerario y el jefe “sindical” cumple el libreto ya grabado y conocido que le dictó el Norte. En la última marcha, una pancarta decía “Lameda Presidente”, lo que pareció un desaire y una injusticia con otros aspirantes

formados o deformados en la industria. Si eso no es política, el petróleo no es una mezcla de hidrocarburos.

Estas reflexiones las hace quien creció correteando por *Oficina N° 1* y vio el rostro pálido, “de traslúcida piel”, de los que venían de Ortiz, en palúdica huida de las *Casas Muertas*. Por eso hablo al guachimán, al hombre de los taladros bajo todos los soles, a los profesionales y empleados. No a las altas fichas de Giusti, Calderón o Sosa porque sus intereses no son los nuestros ni los de la industria venezolana. A esos nunca los ha conmovido el resplandor de un mechurrio. Y no te acompañarán porque estarán declarando y sacrificándose en algún hotel cinco estrellas, cuanto te envíen a llorar al pozo, el último, si tú lo permites.

LOS DIABLOS DANZANTES DESDE ANZOÁTEGUI

No se alarmen, no voy a decirles que en algún poblado de Anzoátegui hay una cofradía de los diablos danzantes de Corpus Christi. Otras y muchas son las expresiones de nuestras riquezas ancestrales, desde las orinoqueñas hasta las caribeñas, pasando por las de las mesas y llanos, con todo su bagaje de estado multiétnico y pluricultural, con pueblos indígenas, gente de la costa y de los ríos, de las sabanas y los montes. Y también, pueblos y ciudades marcados por lo que Rodolfo Quintero llamó “la cultura del petróleo”.

Ocurre, sin embargo, que los diablos danzantes no son de un lugar o una región, sino de toda Venezuela. Y desde el jueves 6 de diciembre de 2012, Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, por decisión de la Organización de las Naciones Unidas para las Ciencias y la Cultura (Unesco). Detrás de este reconocimiento está el trabajo silencioso y tenaz de un hijo de Anzoátegui, Benito Irady, para entonces Viceministro del Poder Popular para la Diversidad Cultural. Hay un largo viaje desde El Tigre hasta París que marca el itinerario que ha recorrido nuestro paisano en la investigación, estudio y promoción de lo que Aquiles Nazoa poetizó en su “*Credo*”

como los poderes creadores del pueblo. En el *Preámbulo* de la Constitución Nacional de 1999, otro creador nuestro, Gustavo Pereira, en su condición de constituyente por el estado Anzoátegui, redacta los principios que nos caracterizan y definen como una sociedad multiétnica y pluricultural. Hubo burla, sorna y hasta reacción histérica de los que se creen y dicen descendientes de “los amos del valle”. Hijo de este estado, me tocó ser vicepresidente de la Comisión de Educación, Cultura y Deportes de la Asamblea Nacional Constituyente. Integré también la Sub-Comisión De Cultura, presidida por Gustavo Pereira.

La sensibilidad y conocimientos de Gustavo se respiran en el articulado sobre cultura de nuestra Carta Magna. Es todo un capítulo, el VI, consagrado a los derechos culturales y educativos. Allí se le fijan las responsabilidades y obligaciones al Estado en esta materia. Se subraya el carácter libre de la creación cultural. Se establece que *“los valores de la cultura constituyen un bien irrenunciable del pueblo venezolano y un derecho fundamental que el Estado fomentará y garantizará”*. Se precisa que *“las culturas populares constitutivas de la venezolanidad gozan de atención especial, reconociéndose y respetándose la interculturalidad bajo el principio de igualdad de las culturas”*.

Los Diablos Danzantes de Corpus Christi preceden con mucho a la Revolución Bolivariana, pero la Revolución Bolivariana puso todo su empeño para que los Diablos

tuvieran derechos constitucionales y trascendieran nuestras fronteras. Tuve el honor de colocar mi pluma al lado de la de Gustavo Pereira en la redacción de los artículos sobre cultura y educación que sitúan a nuestra Carta Magna entre las más avanzadas y progresistas del mundo. Y me enorgullece, por supuesto, que un amigo, compatriota y paisano de El Tigre, Benito Irady, haya hecho buena y viva la letra de la Constitución Nacional para que esta expresión de la cultura popular, Los Diablos Danzantes de Copus Christi, haya logrado todo el apoyo del Estado en su trabajo y sueño de ser, como lo es desde diciembre de 2012, Patrimonio Cultural de la Humanidad.

LA PRIMERA JUGADA DE ENZO HERNÁNDEZ

Octubre llegó con olor a pelota y lluvia. Corría 1961. Los pueblos del sur de Anzoátegui no tenían estadio, pero la mesa de Guanipa era el estadio más grande del mundo. Los niños de El Tigre, San José de Guanipa y San Tomé ignorábamos que mientras jugábamos en el diamante imaginario de un peladero (terreno baldío, según la echonería municipal), éramos escritos por un señor llamado Miguel Otero Silva. Éramos los hijos del petróleo, olvidados del petróleo. Éramos esos niños de *Oficina No 1*, casi reales, casi ficticios.

El primer día de clase en el liceo es inolvidable. También el primer día de una materia llamada Educación Física. El Liceo Briceño Méndez era una vieja casona que se tambaleaba en la segunda carrera norte de El Tigre. Su entrada la coronaba una pancarta colocada allí por la Juventud Comunista. Decía “¡Liceo sí, cuchitril no!”. Tres chicos de 12 años y pantalones cortos entramos al patio de tierra que hacía de pista y campo. Un profesor de porte atlético metido en un mono nos pasó la lista: “Hernández, Enzo; Laucho, Jesús; Herrera, Earle”.

Aquel profesor de Educación Física nos marcaría como los buenos maestros que nunca se olvidan. Hoy su nombre engalana el Salón de la Fama del Deporte venezolano: Juan Facendo. Todo tenía esa atmósfera de primera vez y revelación. Los amigos que se hacen en esa etapa mágica y primaveral se quedan para siempre. Hicimos flexiones, trotamos, saltamos, sudamos. Al final, los tres nos sentamos con las piernas cruzadas en el suelo de tierra, cerca de nuestros uniformes color kaki de liceístas. También nuestros padres, obreros petroleros, vestían de kaki cuando marchaban a los taladros y mechurrios insomnes que incendiaban las noches de la sabana.

Mientras se ponía su pantalón largo, mi nuevo amigo, Hernández Enzo, sacó un papelito doblado y me lo entregó. “*Léelo*”. Era un recorte de periódico. Lo desdoblé y leí con asombro y admiración. En la foto aparecía el mismo tipo que yo tenía enfrente. Nunca había visto a nadie conocido en un diario. La memoria rescata que allí decía que *en el campeonato nacional de beisbol infantil, el niño Enzo Hernández había sido la gran revelación en el shortstop*. Seguí leyendo elogios y entre las novedades que conté a mis padres sobre mi primer día de Educación Física, les dije con orgullo que estudiaba con un muchacho que aparecía en los periódicos.

Enzo y Jesús Laucho vivían en San Tomé (allí sí había un estadio de grama que hicieron los gringos, pero nos estaba vedado); yo vivía en El Tigrito. El segundo y tercer año lo estudiamos en el Liceo Guanipa, pero al pasar al 4.º año,

debimos volver al “Briceño Méndez”. La amistad en el aula se acrecentaba en la pista y el campo, bajo el ojo experto del profesor Juan Facendo. Él me formó para las carreras de 800 y 1.500 mts, mientras Enzo se crecía como beisbolista y era bueno en lo que se metiera: fútbol, voleibol, atletismo, un deportista nato, como se dice. Un día de 1963 o 64, en una ciudad inmensa, me vi en la pista del Estadio Brígido Iriarte, con un testigo en la mano, en el relevo 4x400. Eran los juegos nacionales juveniles. Juan Facendo me había llevado hasta allí en la selección de atletismo de Anzoátegui. Enzo seguía saliendo en los periódicos.

Ahora recuerdo que aquella mañana cuando le devolví su papelito doblado, al tomarlo y guardarlo en la cartera, me miró a los ojos y me dijo:

-Yo seré un grandeliga.

Su seguridad me desconcertó y, fuera de base, por responder algo, no sé por qué le dije:

-Entonces yo seré escritor.

Ayer la vida le bateó un *rolling* que le hizo “un extraño” al guante mágico de Enzo Hernández. De súbito, se marchó a otros diamantes. Fue uno de los mejores torpederos en este país que es la tierra del *shortstop*. Me vienen los rostros de sus amores vitales: Ellys, su esposa; Ellys María y Janet Virginia, sus hijas.

Retorno al viejo liceo y a la vieja pista y el profesor Juan Facendo allí, frente a nosotros. Le devuelvo a Enzo el recorte doblado del viejo diario de provincia. Lo oigo decirme: “*Yo seré grandeliga*”. Y mi respuesta defensiva y sin sustento de ser “escritor”. En el dolor de este final de juego sonríe y, con la duda de un corri-corri entre primera y segunda, no sé si me hice escritor, pero registro con orgullo que mi amigo de la adolescencia y el liceo cumplió su promesa y se hizo grandeliga.

Ayer vi su rostro en todos los grandes diarios, pero yo preferí refugiarme en aquel viejo recorte de un diario de provincia. En aquel papelito de tu primera jugada y tu primer sueño, donde todo comenzó, Enzo.

Y brilló con luz propia en el campo corto de los Tiburones de La Guaira y, allá en la Gran Carpa, con Los Padres de San Diego. Su número mágico fue el 20, por ser el vigésimo pelotero venezolano que llegó a las Grandes Ligas. Ayer, querido Enzo, con tu súbita partida a otros diamantes, la vida nos dio un pelotazo en el centro del diamante, como decir, en el mero corazón, viejo.

YO JUGUÉ CON ENZO HERNÁNDEZ

No crea que alguna vez le quité el guante a Remigio Hermoso, me acomodé en la segunda base de los Tiburones de La Guaira, para formar con Enzo Hernández la más eficaz máquina de hacer *doubleplays* de la década los 70. Pero sí jugué con Enzo en un equipo llamado “Los Latinos” que, para nuestra gloria adolescente, quedó campeón de voleibol en el naciente Liceo Guanipa de El Tigrito.

Un año antes, habíamos ingresado a la secundaria en el Liceo Briceño Méndez. Teníamos la misma edad, 12 años, y nos dio la bienvenida una protesta cuya consigna era: ¡Liceo sí, cuchitril no! Todo porque la sede del viejo instituto era una casona descascarada que se fatigaba en la segunda carrera norte de El Tigre. Corría 1961 y se iniciaba en Venezuela la que se conocería como la década violenta, marcada por la guerra de guerrillas y la represión indiscriminada bajo la consigna de “disparen primero y averigüen después”.

En el patio de tierra del liceo nos recibió para darnos clase de Educación Física el entonces joven profesor Juan Facendo, futuro hacedor de campeones anzoatiguenses, quien

en 2002 sería exaltado al Salón de la Fama del deporte venezolano. Por 1963 Enzo causaba furor en el béisbol infantil y Facendo me convirtió en un atleta juvenil de la selección de Anzoátegui. De su mano fuimos a los juegos nacionales de Caracas, como integrantes del relevo de 4x400. Claro que nos envuelve una dulce y orgullosa nostalgia de pista y campo haber hecho equipo con amigos y compañeros de generación como Víctor Patines, Luis Planchart, José Carreño, Pedro Yeguez y Luis Córdova, entre otros que seguirían en el atletismo y colocarían su nombre y el de Venezuela en los escenarios internacionales.

Siempre hablo de un papelito y una premonición. El primer día de Educación Física en el Liceo Briceño Méndez, Enzo sacó de la cartera un recorte de periódico y me lo extendió con retador orgullo preadolescente. Mientras leía, él disfrutaba mis gestos de sorpresa y admiración. Allí se reseñaba el campeonato nacional infantil de beisbol y se destacaba que el niño Enzo Hernández, en el *shortstop*, fue la sensación del torneo. Mi nuevo compañero de estudio me dijo, con naturalidad: “*voy a ser grandeliga*”.

Recordé aquel recorte de periódico doblado en el bolsillo de Enzo, cuando unos años después, recién egresados del “Briceño Méndez”, volví a ver su foto en un periódico, como *shortstop* de Los Padres de San Diego. Se había hecho lo que prometió: un flamante grandeliga, el venezolano número 20 que llegaba a esa constelación de estrellas. También recordé

ese papelito liceísta antier, cuando mi amigo se fue a jugar a otros diamantes y nos lanzó de un golpe a los salones de los liceos Guanipa y Briceño Méndez, a las pistas de tierra, a los amistosos de voleibol y fútbol, y a los pasillos donde se escuchaba un violín registrado por un muchacho llamado Gualberto Ibarreto.

La vida nos inventa malas jugadas, un bache, un traicionero roletazo que hace “un extraño” en el terreno del campo-corto y nos corta el alma. Abrazo a Enzo, a Ellys, su esposa y nuestra amiga, a sus hijas, Ellys María y Janet Virginia. Jóvenes estudiantes de una década violenta, al encontrarnos también hablábamos de política, pero eso es otra crónica. Ahora dejo correr esta lágrima rumbo a un *shortstop* donde íngrimo, solitario, como un saludo, como un adiós, solo veo el guante mágico de Enzo Hernández.

RUBÉN TORRES TAN CERCA

Me prestara Mario Benedetti su prosa para tejerle una historia bonita a un futbolista de mi pueblo, que además fue mi amigo. Me cediera por tres líneas su magia narrativa el Julio Cortázar que le dedicó un cuento a su paisano Carlos Monzón, aquella noche en París cuando enfrentó una leyenda del boxeo llamada Mantequilla Nápoles. Un dolor de ausencia por la repentina ausencia de Rubén debilita mis letras y aflige mi escritura.

Como quien se muda de un santo a otro, la familia de Rubén Torres llegó a San José de Guanipa desde San Juan de las Galdonas. Aquí estudiamos, aquí jugamos, aquí crecimos juntos, con Elinor y Chuito y Yumar y Yuraima y la señora Nazaria, la madre y guerrera de todas las batallas. Aprendió a jugar al fútbol en un campo sin césped que con presunción llamábamos estadio. Atlético era el deportista nato que descollaba en cualquier disciplina. Prejuvenil, en la mañana dominical se ponía el uniforme de béisbol para lanzar juego completo y en la tarde el de fútbol. Al día siguiente estaba en su marca y listo para el atletismo.

Conocimos las madrugadas de la adolescencia y los atardeceres del río Tigre, casi de nochecita. El liceo nos vistió de kaki y el Sans Souci de calipso y carnavales. Del Deportivo Guanipa saltó a la primera división del Anzoátegui y la selección Vinotinto lo convocó. De pronto me llega una noticia que me sacudió como cuando te pitan una falta en el área chica. Rubén Torres cambió de paisaje, como diría Alí Primera, o en su caso, de césped; él, que aprendió a jugar sobre la tierra desnuda de la Mesa de Guanipa.

Lateral izquierdo, ojos vivaces, melena rubia, era la elegancia y la magia con un balón en los pies. Sencillo, humilde, solidario, amigo. Uno de esos deportistas que, Venezuela adentro y provincia profunda, se hacen solos, por puro empeño, tesón, sed y hambre de competir y triunfar. De pronto dejó la cancha y se fue a los campos celestes y sus amigos sentimos como si de pronto, desde arriba, nos cantaran un penalti que no cometimos. En el pueblo, todos callábamos cuando Rubén Torres iba a chutar. Hoy no hacemos silencio, aplaudimos en tu honor y tu gloria, amigo eterno.

CARLOS URRIETA O LA REVOLUCIÓN

Aunque T. S. Eliot creía que siempre abril es a veces cruel, como este 19 lluvioso y huracanado, cuando Francini Jiménez la víspera y Roberto Malaver en la mañanita, me informan de la muerte de Carlos Rafael Urrieta. La última vez que lo vi estaba yo en una clínica. Me exigió que me levantara de allí. Le hice caso. Carlos, en cambio, tomó la decisión inconsulta de emprender un viaje extraño y dejarnos con esta tristura en la estación.

“No lo escuché, pero agradezco que el Presidente haya recordado mi participación en esos días históricos”. Esto me dijo cuando le comenté que Nicolás Maduro, hablando del día en que el comandante Chávez salió de prisión, relató: *“Ese día lo esperamos en Los Próceres tres personas: Cilia, Carlos Urrieta y yo”.* Así es, acompañó al Comandante desde la fundación del MBR-200, hasta que la línea abstencionista bifurcó sus caminos, no sus sueños.

Nació en El Tigrito y allí crecimos juntos. Por 1967 me convocó a paralizar toda Cumaná. *“Ordenes de las fuerzas insurgentes”*, dijo. Desde la UDO, anduvimos de liceo en liceo

agitando al estudiantado. Al mediodía, en la Plaza Bolívar, gritó: “¡Misión cumplida!”. Después fue la UCV, la política del voto nulo y la abstención militante, detrás de otro Quijote: Domingo Alberto Rangel. Con el viejo líder del MIR, fundamos “La Chispa”, “La Quincena”, “El Nuevo Venezolano” y los Grupos de Acción Revolucionaria (GAR).

Por años fungí de su secretario oficioso o de oficio por su empeño de escribir largos documentos a mano. Luego me los dictaba y yo los transcribía en una vieja maquina de escribir que cabía en una caja de zapato. Sin exhibicionismo, la revolución venezolana tuvo en él un cuadro cabal, un dirigente íntegro y un luchador empedernido. Lo seguimos. Lo admiramos. Lo queremos.

Hasta el último hálito de Domingo Alberto Rangel, estuvo a su lado, junto a nuestro amigo común, Manuel Vadell. Antier, Asalia y yo estuvimos con Olguita, su esposa y compañera de vida; Uni y Leonardo, sus hijos entrañables. Ayer lo volví a oír en la plaza del pueblo, todos sus amigos de infancia escuchando su verbo y preguntándonos, bajo la luna de Guanipa: *¿Dónde aprendió a hablar este?* Ayer también llovía.

EL TIGRE PERIODISTA

La ciudad de El Tigre es también de tinta y papel, pero de ninguna manera es un tigre de papel. En la letra impresa la inmortalizó Miguel Otero Silva en su novela *Oficina N° 1*. En el papel de imprenta, el diario *Antorcha*, bajo la guía de Edmundo Barrios y Juan Meza Vergara, plasmó el día a día de lo que fue un pueblo de trabajadores petroleros hasta la pujante ciudad que es hoy. Voz y oídos de aquellos hombres y mujeres fue “*La Voz de El Tigre*”, con el recordado colega Calazán Guzmán frente al timón. Los pioneros no araron en el mar. Nuevas generaciones de periodistas tomaron el relevo y hoy narran y escriben la historia de las pequeñas y grandes cosas de nuestro devenir.

Por aquí dimos nuestros primeros pasos periodísticos. Edmundo Barrios nos abrió las puertas, o mejor dicho, las páginas del periódico que fundara. Páginas y puertas donde recibimos los consejos y enseñanzas de ese gran maestro de periodistas que fue don Juan Meza Vergara. Veníamos de rasguñar en esténcil nuestros primeros e ingenuos escritos en un periodiquito de la Juventud Católica, en San José de Guanipa. Bajo la guía del padre Pan y el diseño de mi hermano Ángel

Herrera, tirábamos en multígrafo aquella publicación con ínfulas de periódico. La adolescencia fue también de periódicos murales en los pasillos de los liceos Briceño Méndez, Guanipa y otra vez Briceño Méndez. Escribir era un impulso, una necesidad de expresión, una fuerza desconocida que luego llamaríamos vocación. Orlando Araujo la poetizó como “destino literario”.

Por esa predestinación abandonamos la carrera de Medicina y nos inscribimos en la Escuela de Comunicación Social de la UCV. La única explicación que dimos a nuestra madre fue la convicción a la que llegamos un día, de que le haríamos menos daños a la humanidad con una pluma que con un bisturí. Nuestras manos y espíritu estaban más hechos para la escritura que para la cirugía, más para el verso que para el diagnóstico, más para el sueño que para la cura. Ignoramos cuántas vidas se salvaron con aquella decisión de juventud.

Tampoco imaginábamos que una buena tarde, el mismísimo autor de *Oficina N° 1* nos llamaría a una reunión en el Ateneo de Caracas y nos propondría que escribiéramos una columna en el periódico de su propiedad, el diario *El Nacional*. En un espacio con el nombre genérico de “Siete en uno”, pues cada día de la semana le tocaría a un autor, compartimos aquella experiencia ideada por Miguel Otero Silva, con verdaderos maestros del periodismo de opinión. Cómo no recordarlos. En la foto que inauguró la columna aparecían el filósofo Juan Nuño, el sicólogo y erotólogo Rubén Monasterio, el historiador

Manuel Caballero, el novelista y ensayista Luis Britto García, el dramaturgo José Ignacio Cabrujas y el también hombre de teatro Ibsen Martínez. En ese roster de cuartos bates, como quien rescata a un personaje de *Oficina N° 1*, a un hijo de la Mesa de Guanipa, nos incluyó el *manager* Miguel Otero Silva.

Desde entonces y desde antes, todo ha sido escribir y escribir. Uno persigue las letras y las letras lo persiguen a uno. La renovación académica de finales de los 60 y principio de los 70, un movimiento estudiantil que estremeció las viejas estructuras de la Universidad Central de Venezuela, nos recibió con centenares de periodiquitos subterráneos, clandestinos, murales y efímeros. La poesía reinaba en los pasillos y estaba en las calles, como querían los surrealistas del temprano siglo XX. Eran tiempos de confrontación, de debates ideológicos, de deslinde y cuestionamientos.

El siglo XX fue una centuria de persecución de la palabra, el arte y el periodismo. El humor se hizo arma de combate y se inventó todas las fórmulas para burlar la censura, no siempre con fortuna. Job Pim, Leoncio Martínez y Kotepa Delgado, entre tantos otros maestros del periodismo, conocieron y padecieron la represión de la dictadura de Gómez. Al gran Leo lo apalearon una noche varios jóvenes falangistas que luego fundarían el partido socialcristiano Copei. Algunas publicaciones, en su nombre y en su lema, ya sospechaban y anunciaban su destino. Al periódico *El Fósforo* le pusieron ese nombre porque, como decía su lema, “en cualquier momento lo raspan”.

Más acá en el tiempo, al novelista Salvador Garmendia le montaron un juicio por publicar un cuento titulado “El inquieto anacobero”. Los guardianes de la moral y las buenas costumbres consideraron pornográfico su relato. Igual proceso judicial se siguió contra el entonces director del Suplemento Cultural de *Ultimas Noticias*, don José Ratto Ciarlo, por publicar un relato del escritor Argenis Rodríguez e ilustrarlo con unos dibujos que, según los censores, atentaban contra la moral y las buenas costumbres. Los dibujos eran de un pornógrafo llamado Pablo Picasso.

Nos tocó trabajar con el luchador revolucionario Pedro Duno en el semanario *Punto Negro*. En una de sus ediciones se denunció un caso de espionaje en las Fuerzas Armadas. Según el doctor Jesús Angel Paz Galarraga, en el periodismo venezolano de entonces había tres temas intocables, tabúes, sobre los que no se debía escribir ni declarar. Estos eran la iglesia, las Fuerzas Armadas y PDVSA. El diario *El Mundo* reprodujo el texto de la denuncia aparecido en *Punto Negro*. La edición de ese día fue incautada por fuerzas militares del primer gobierno de Rafael Caldera. Su editor y dueño, Miguel Angel Capriles, tuvo que irse al exilio antes de ser detenido. Como su cadena de publicaciones había apoyado a Caldera para su elección, Capriles escribió un editorial que tituló: “Así paga el diablo”. El director de *Punto Negro*, Pedro Duno, tuvo que asilarse en Chile. Entonces no existía el “autoexilio”. Era exilio de verdad, con todas sus consecuencias y dolores.

Por cosas de la vida y la revolución, nos tocó sacar un semanario sin personal o con un personal que escribía desde la cárcel. La revista *Reventón* fue perseguida desde su misma aparición. Al segundo número, por escribir sobre los militares, fue dictado auto de detención contra el redactor Richard Izarra, entonces de 19 años. Fue a parar a la cárcel, bajo la protesta callejera de quienes para la época éramos estudiantes de periodismo. Luego, la orden de detención fue dictada contra toda la redacción, por un reportaje titulado “Los olvidados del ejército”, en el que se cuestionaba la recluta y lo que en dinero recibían los soldados, algo que no variaba desde los tiempos del general en jefe, Eleazar López Contreras. Todos los redactores salieron al exilio, excepto el director y dueño la revista, Carlos Ramírez Farías, quien fue a dar con sus huesos al cuartel San Carlos y se le siguió juicio militar. En realidad, los juicios militares contra periodistas eran moneda corriente durante la democracia puntofijista. Que lo digan si no, Eleazar Díaz Rangel y, si estuvieran vivos, Federico Alvarez y Orlando Araujo, entre tantos otros.

El novelista y periodista Carlos Ramírez Farías, por intermedio de nuestro común amigo, el doctor Domingo Alberto Rangel, nos llamó desde el cuartel San Carlos y nos propuso, siendo entonces estudiantes de comunicación social, que asumiéramos la jefatura de redacción de *Reventón*. A los 20 años, nadie renuncia a una aventura, mucho menos si esta es periodística, política y literaria. Así continuó saliendo aquella publicación irreverente que marcó un hito en el periodismo

venezolano, con su director haciendo y marcando la pauta desde la cárcel, el hoy rescatado para la cultura popular Cuartel San Carlos.

Por aquellos años hubo un triple crimen que conmovió al país. Tres jóvenes fueron asesinados por un policía metropolitano, el distinguido Ledezma. El cineasta Luis Correa realizó y dirigió una película sobre ese caso. Por esa obra cinematográfica obtuvo el Premio Municipal de Cine del viejo Distrito Federal. Pero de repente, la censura bipartidista se activó, prohibió la exhibición de la cinta, los concejales le quitaron el premio al cineasta y se le siguió juicio por “instigación a delinquir” y “apología del delito”. Luis fue un guerrillero de acción y pensamiento, poeta y cineasta, credenciales todos peligrosos para la democracia representativa.

1989 fue un año de estallidos. Los cerros bajaron y se dio la explosión popular bautizada como “El Caracazo”. Se decretó el toque de queda y la suspensión de las garantías constitucionales. La censura se instaló en la propia sede de cada uno de los medios de comunicación. Los funcionarios decidían qué podía o no salir publicado. Algunas emisoras, como fue el caso de Radio Rumbos, fueron tomadas por asalto por los cuerpos armados. Los venezolanos recibían los diarios con espacios en blanco y un sello que decía: “Censurado”. La censura volvería aparecer en el siglo XXI, pero en forma de apagón informativo impuesto por los dueños de los medios radioeléctricos. Esto es historia reciente y todos recuerdan aquellos días de abril de 2002.

Se trata de relatos a saltos, sobre todo para que nadie olvide. Sabemos que el poeta Caupolicán Ovalles, en tiempos de Rómulo Betancourt, tuvo que salir del país por escribir su poema titulado: “¿*Duerme usted señor Presidente?*” Ni la poesía se salvaba. Sabemos que el ministro de Trabajo del primer gobierno de Caldera, el doctor Alfredo Tarre Murzi, convocó a una rueda de prensa para hacer una denuncia insólita: la transnacional General Motor tenía unos calabozos en su planta de Antímano, donde castigaban a los obreros de mala conducta (mala conducta significaba querer sindicalizarse). Todos los medios asistieron a la rueda de prensa en la sede de Pro Venezuela, pero ninguno publicó la denuncia del ministro venezolano contra la transnacional. La excepción fueron un diario de Maracay y el periódico *Antorcha*, de El Tigre. Nuestro viejo amigo, luchador de toda la vida y periodista revolucionario, Pedro Manuel Vásquez, calzó la denuncia con su nombre. Bien que conocía de sus letras y columnas la Mesa de Guanipa. Sabemos también que la primera dama de la República en tiempo lusinchista, doña Gladys de Lusinchi, dio una rueda de prensa y ningún medio publicó sus palabras. La primera dama fue censurada desde Miraflores. Los medios obedecieron, excepto *El Nacional*. El columnista Abelardo Raidi, al comentar el hecho, ironizó: “Primera vez que se da un tubazo con una rueda de prensa”.

Todos estos casos y tantos otros que harían interminable este discurso, hay que tenerlos en cuenta a la hora de escribir y debatir sobre la libertad de expresión. Venezuela es

hoy blanco de la más brutal campaña mediática internacional que haya enfrentado país alguno. En lo interno, los medios asumieron un rol que no les corresponde: el papel de los viejos partidos políticos. Esta realidad incontestable no beneficia ni a los partidos políticos desplazados por los amos de los medios, ni al periodismo como profesión. Me honra escribirlo y decirlo aquí, en la ciudad de El Tigre, donde vi publicado mi primer texto periodístico en letra de imprenta.

*Discurso de Orden pronunciado
por el Doctor Earle Herrera ante el Concejo Municipal del
Municipio Simón Rodríguez, con motivo
del Día del Periodista
El Tigre, 28 de junio de 2010*

VUELTA CANELA EN ANZOÁTEGUI

Después del terremoto electoral del 16-D, me provocó comerme un posicle en la calle Orinoco de El Tigrito, sentado allí, en el puentecito que daba al fundo de Echeverría, las aguas cristalinas de la acequia y el caminito de tierra que nos llevaba directo a El Basquero, cuando todo aquello era sol, gavilanes y guayabitas sabaneras. Después me dejaría caer por el Paso de la Línea, sacaría tembladores de la vieja piscina natural y le robaría el primer beso a la primera nube bajo la complicidad de un moriche mudo, donde grabé dos corazones y un puñal exangüe. Por la nochecita, me iría al Ritz a bailar calipso y a mirar la cintura y los ojos de una morena que jugaba voleibol como si bailara *ballet*.

Nostalgias apartes, el panorama político de Anzoátegui dio una verdadera vuelta canela. Como diría nuestro filósofo favorito, el incomparable Yogi Berra: “El futuro (allí) ya no es lo que era antes”. En las elecciones parlamentarias de 2010, los socialistas sacamos un solo diputado, gracias a la lista. Me tocó ser ese sobreviviente. En la Asamblea Nacional aguanté de los adversarios y de mis propios camaradas todo tipo de broma. Me bautizaron “el naufrago”, “el sobreviviente”,

Robinson Crusoe, el Llanero Solitario sin Toro y otras lavativas por el estilo. Nada indicaba que las cosas fueran a cambiar en el corto plazo.

Pero cambiaron. Y lo que ayer era, ya no es. Luego de la debacle electoral bolivariana de 2010, la Mesa de la Unidad escogió su candidato a la gobernación y eligió o consensó sus postulados a las 21 alcaldías de Anzoátegui. El horizonte les sonreía. Los números parlamentarios de septiembre también. Y las encuestas, ni se diga. Pero se atravesó el 7 de octubre de 2012, con Hugo Chávez enfermo pero agigantado en campaña. Recién salía de insufribles sesiones de quimioterapia y los publicistas de Henrique Capriles explotaron el slogan de que, mientras Radosnki andaba de pueblo en pueblo, “el otro candidato” se la pasaba de cama en cama. En esas condiciones, con un cierre de campaña épico que desbordó siete avenidas de Caracas bajo un torrencial aguacero, superó por 12 puntos a su adversario.

La onda expansiva de la victoria llegó hasta el Neverí, cruzó la Mesa de Guanipa y acarició la ribera norte del Orinoco. Nos enchapaban dos hándicap: un Hugo Chávez operado que no vendría a levantarle la mano a nadie y un candidato al que calificaron de inmigrante, forastero, jurungo, musiú y otras perlas del chovinismo endógeno. No confrontaron su programa, ni su discurso, su trayectoria de constituyente, legislador, educador y luchador social. Por ahí se les coló y se les sobró. Cuando se dieron cuenta y despertaron,

ya “al negro” lo estaban proclamando en la Junta Electoral de Barcelona. Como el fenomenal Manny Pacquiao cuando salió del bestial nocaut que le propinaron, el rival de Aristóbulo Istúriz solo alcanzó a balbucear: *¿Qué pasó?*

Yogi Berra tenía razón: *“El futuro ya no es lo que era antes”*. Pablo Neruda lo dice de otra forma y más poético (obvio): *“Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”*. Solo que no se esperaba que las cosas cambiaran tan rápido y de manera tan drástica y dramática. Sobrevinieron saltos de talanquera. Reacomodos. Arrimes. Los puntuales invitadores de almuerzos y parrillas, empezaron rápidamente cambiando de huéspedes. Las derrotas traen consecuencias. Las victorias, efectos. En Oriente no solemos utilizar la refinada expresión: *“vuelta de carnero”*. Mucho camión lingüístico para Petra. Menos lo hicimos entonces, cuando la política en el estado Anzoátegui dio una espectacular vuelta canela.

Tranquilo, detuve al vendedor de bola de nieve –raspado, lo llaman por allá– y para celebrar me disparé uno de cola con leche condensada.

MORIR EN SAN TOMÉ

El chiquillo corretea sus tres o cuatro años entre los pasajeros que dormitan su espera en la sala de abordaje del aeropuerto “Don Edmundo Barrios”. A través de los cristales, desde los asientos, se puede ver el cajón metálico que contiene un enorme compresor de aire acondicionado. Se trata de una crueldad tecnológica, una torpeza política y un sadismo climático porque el mastodonte tiene tiempo que no funciona. Ignoro cuántos votos costó en la última elección ese monumento a la desidia y lo inservible. El niño que corre su travesura no sabe por qué sus fuerzas empiezan a desfallecer. La sala cerrada de grandes ventanales de vidrio y sin aire acondicionado es un horno bajo el sol meridiano de la mesa de Guanipa. Se suda, se sufre, se espera.

Escribir de estas sabanas peinadas por la brisa y atormentadas por el sol de los kariñas es un viaje que conozco. Andaba por mis 20 años cuando la Universidad de los Andes me envió un telegrama informándome haber ganado su concurso de narrativa. Fue mi primer premio literario. El cuento se titulaba “Caregato”. Y relataba, desde el asombro de un niño, la demolición del campamento de La Leona, más allá de San

Tomé, como era habitual en las compañías gringas del petróleo cuando se iban. Todo después fue soledad, sol y sabana, como se puede ver desde este aeropuerto santomesino cuando se espera un avión que no llega.

Tampoco llegaban los sábados en mi infancia. El cuento premiado por la ULA formó parte de mi primer libro. Se titula *Sábado que nunca llega* porque narra la historia de otro niño, no del Caregato de La Leona, que acompañaba a su tío carpintero al quemador (así llamado el vertedero a cielo abierto) de San Tomé, en busca de un carro de juguete que nunca encontró y cada sábado salía en su búsqueda. Lo mismo hacían, aunque el chiquillo lo ignorara, el Daniel Santos que iba todos los domingos a buscar a Linda y también el viejo Coronel de García Márquez que no tenía quien le escribiera.

Yo sí hallé donde escribir gracias al epónimo del aeropuerto de San Tomé, don Edmundo Barrios, quien me abrió las páginas de su diario y la amistad y enseñanzas del maestro Juan Meza Vergara. El clima de Guanipa es cálido, como los espacios del poeta de Canoabo, Vicente Gerbasi, pero la brisa permanente lo hace amable. Otra cosa es si te encierras en un salón de amplios ventanales de vidrios que funcionan como lupas con el sol. Así es el aeropuerto de San Tomé, desde donde pergeño esta crónica de la desolación.

Estoy en el municipio Freites, pero su alcaldesa ignora este rescoldo de su jurisdicción, más cercano a mi San José de Guanipa que a Cantaura. Desde aquí veo las oficinas de

PDVSA y me pregunto si allí tendrán aire acondicionado y si funciona. Es mediodía. Mis compañeros de viaje sudan y dormitan. Los empleados ahogan sus bostezos. Como en un espejismo del desierto, las facciones de todos se van amelcochando. El niño travieso ya no corre, está rendido en el regazo de su madre. Oigo el ruido del avión, abro los ojos y solo veo, ahí afuera, la enorme máquina del aire acondicionado, inservible, como un monstruo antediluviano, muerto y tosco.

JOSÉ ANTONIO ANZOÁTEGUI ENTRE HURACANES

Un libro de portada azul celeste, en una edición modesta si se quiere, me llegó desde Mapire, allá en el sur profundo de mi estado natal. Traía en sus páginas y atmósfera la arena fina de la sabana y las brisas con la humedad del Orinoco. Su autor, Leonardo Rodríguez Castillo, a quien conocí cuando ambos éramos jóvenes profesores de la Universidad Central de Venezuela, y militábamos en los mismos sueños de redención social, con Domingo Alberto Rangel (padre) y otros buscadores de utopías. La dedicatoria de Leonardo es sencilla como su persona toda, como el papel de imprenta por donde discurre, en lucha con el amarillo del tiempo, una vida huracanada: la vida fulgurante del joven general José Antonio Anzoátegui.

Si digo “huracán” debo detenerme a explicar la metáfora y el verbo. Por estos días de octubre y noviembre de 2015, un movimiento sísmico estremeció al estado Mérida. Temblores sucesivos se ensañaron por varios días con sus páramos y valles. Se trataba de réplicas, como las llaman los científicos. Pero la ciencia, cuando su lenguaje especializado no puede explicar los fenómenos, recurre a la poesía. Esa necesidad de expresión llevó

a los sismólogos a hablar de “enjambre de terremotos”, como si se tratara de nubes de abejas. La palabra enjambre es poética. La palabra terremoto es todo lo contrario. La unión de ambas provoca una imagen literaria, pero que todo el mundo entiende. Vuelvo a pisar tierra para decir que en el siglo XIX un enjambre de huracanes se formó sobre los cielos de Venezuela. Más que de tempestades o fenómenos atmosféricos, se trató de legiones hombres y mujeres de vida huracanada.

Si los científicos recurren a la poesía cuando su lenguaje críptico no puede explicar los fenómenos que estudian, también los historiadores recurren a las metáforas cuando su decir especializado no es suficiente para nombrar o contar las acciones humanas. Es el caso de Eduardo Blanco en su *Venezuela Heroica*, cuando nos habla de la “legión infernal” o del “Centaurio de los llanos”, una forma de decir “José Tomás Boves” o de exaltar al legendario héroe de Mucuritas y las Queseras del Medio.

El gran poeta barinés Alberto Arvelo Torrealba, tan citado y recitado por el Comandante Hugo Chávez Frías, en su poema dedicado al Libertador, “Por aquí pasó”, recurre a la imagen del “huracán” en el intento, de suyo difícil, de darnos la dimensión histórica y humana de Simón Bolívar. Escribe o canta el autor de “Florentino y el Diablo”:

Por aquí pasó compadre

Hacia aquellos montes lejos

Por aquí vestido de humo

El huracán que iba ardiendo

Fue silbo de tierra libre

Entre su manta y su sueño

Para el poeta de los llanos profundos eso fue el Libertador: un huracán, pero no solo eso: el huracán, además, iba ardiendo. Era viento desatado y fuego creador sobre la Venezuela decimonónica y colonial que estaba decidida a ser libre. Empero, el gigante Simón Bolívar no estaba solo: lo acompañaron y se le unieron otros huracanes alimentados por un fuego sagrado y profundo: aquellos hombres y mujeres que unidos hicieron posible la Independencia. Si digo Independencia, nombro el primer gran objetivo histórico que nos legara el Comandante Hugo Chávez Frías, en su *Plan de la Patria* y en su *Libro Azul*.

Aquella pléyade de hombres y mujeres –Libertadoras del Libertador como Manuelita Sáenz, Josefa Camejo, Luisa Cáceres de Arismendi, Juana Ramírez La Avanzadora, nuestra Eulalia Buroz- conformaron, y aquí quería llegar, un ENJAMBRE DE HURACANES que terminó por derrumbar las fortalezas amuralladas del Imperio Español. Y en ese enjambre de héroes y heroínas, un huracán que se empezó a formar a orillas del Neverí, que llevaba en sus ímpetus juveniles la tempestad, de familia acomodada, a quien

sus padres bautizaron: *José Antonio Cayetano de la Trinidad Anzoátegui-Hernández.*

Nos relata Leonardo Rodríguez:

“Nacido en Barcelona el 14 de noviembre de 1789, tercer hijo del matrimonio, lo bautizaron a los siete días de haber nacido, en su hogar y no en la iglesia como era la tradición entre los de su rango social, con una ceremonia particular como lo refiere el acta de bautismo: ‘En 21 día del mes de noviembre de 1789, y el Br. Ramón José Nadal, Presbítero Teniente de Cura de la Santa Iglesia de esta ciudad de San Cristóbal de Nueva Barcelona, certifico: que con mi licencia y asistencia el Rdo. Don Sebastián Alfaro y Hernández, Sacristán Mayor de dicha Iglesia Parroquial, puso óleo y chrisma solemnemente, por haberlo yo, dicho Teniente Cura, bautizado en su casa, en caso de necesidad, a José Antonio Cayetano de la Trinidad, de siete días de nacido, hijo legítimo de don José Anzoátegui y de doña Juana Petronila Hernández, y fueron padrinos don Juan Manuel Istulde, Alguacil Mayor y Regidor perpetuo por Su Majestad, de dicha ciudad, y doña Inés Hernández, a quienes advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, y para que conste, lo firmo. Pro. Br. Ramón José Nadal”.

Los cronistas han abundado en describir cómo era la Barcelona de entonces. En ese ámbito transcurre la infancia y adolescencia de José Antonio, entre los avatares de solidez económica o de malos tiempos de la familia. No sé si los que nacen para ser héroes son niños difíciles de manejar y jóvenes

“mala conducta”, como se dice ahora. Ciertamente, son distintos a sus contemporáneos, como son diferentes los artistas y poetas y por eso los llaman “desadaptados”. Del infante barcelonés, escribe su biógrafo Rodríguez Castillo:

“El niño, que era insoportable y voluntarioso, hasta el punto de que su progenitora, cansada de sus constante travesuras, decide ponerlo en manos de su inflexible padrino, don Juan Istulde, va a experimentar cambios. No sin antes advertirlo de viva voz: ‘Ahí se lo dejo, mi compadre, para que me lo enderece, así tenga que ponerlo a recibir clases de sol a sol’ (p. 32).

De joven, sería jefe de la pandilla de muchachos de su barrio que se enfrentaba a las de otros sectores. Era un joven temible. Hoy se diría: terrible. *“Después de 1803, por influencia de las alteraciones que se produjeron, se generaron reformas militares. Fue entonces cuando el joven biografiado inició su formación castrense impulsado por su padre quien sintiéndose impotente ante su insoportable conducta, muy a disgusto de doña Juana, tomó la decisión de convertirlo en cadete, en el Batallón de Milicias Regaladas de Blancos de Barcelona que dirigía don Sebastián Blesa (...) Integrada por unidades de carácter estamental (Blancos, Pardos y Morenos), con instrucción militar semipermanente, por un período de unos dos años, recibió formación básica sobre Táctica, Reglamentación Militar, Ceremonial y Administración de Unidades Militares, para hacerse oficial de las Fuerzas Armadas Españolas. Además se entrenó en equitación, natación y esgrima, hasta convertirse*

en experto jinete, hábil nadador y ser considerado ‘el esgrimista del ejército’, (p. 38-39).

Sumergirnos en la historia colonial de nuestra ciudad, hurgar en nuestros orígenes, es repasar unas páginas que nos llenan de admiración, nos hacen fruncir el ceño algunas veces, y otras, nos arrancan la complicidad de la sonrisa. Leyenda y realidad van de la mano, lo mágico religioso marca los relatos, las supersticiones pueblan los caminos, la penuria someten a duras pruebas a las madres y padres fundadores, y los actos heroicos cruzan la epopeya. No solo el joven José Antonio Cayetano de la Trinidad Anzoátegui-Hernández se sale de las normas. Los adultos tienen sus historias que sería largo y delicioso relatarles, si no fuera porque nos apartaríamos del tema que nos convoca y del héroe que honramos. Baste contarles por ahora que si el alma del Tirano Aguirre andaba penando por ahí y provocando terremotos, los pobladores *“se distraían en las ‘cuerdas de gallos’ que los aristócratas y religiosos realizaban. Una disposición de 1799, emanada del Vicario de la Provincia de Caracas, Fray Juan Antonio Ravelo, ordenaba terminantemente a los superiores que quitaran los naipes a los frailes y que de ningún modo les permitieran tener gallos atados, dentro ni fuera de la clausura. Pero Fray Marcelo Laguna, acompañado de su socio Catalán, seguidos de los negros que les llevaban sus gallineros, se presentó en Cumaná, procedente de Barcelona, a mediados de diciembre de 1805, dispuesto a responder el reto que les habían dirigido los galleros*

cumaneses. Todos esos factores hicieron del hogar barcelonés una célula social de alteraciones” (p. 22).

En ese contexto, juzgar la conducta del joven José Antonio Anzoátegui levantaba por lo menos suspicacias. Para guiarlo por el camino recto –enderezarlo, según su madre–, primero se encomendó su formación a un padrino riguroso. Luego, se le convirtió en cadete hasta hacerlo oficial de las Fuerzas Armadas Españolas. Obvio que esta gente, sus parientes y padrinos, defensores de la Corona y el rey, al darle una formación militar para apartarlo del “mal camino”, no imaginaban el camino que le estaban abriendo ni el guerrero que estaban forjando. Por distintas vías le llegaron al irreverente joven las ideas independentistas, abrazó la causa patriótica y llegó a ser, a su corta edad, uno de los más brillantes generales del Ejército Libertador.

Reseñar la Hoja de Servicios del General de División José Antonio Anzoátegui, el cuadro de sus campañas, las acciones de guerra en las que participó, los cargos militares que desempeñó, las condecoraciones que le fueron acordadas y los honores tributados a su memoria, nos exigiría más espacio y papel. Su vida fue fulgurante y su muerte repentina, inesperada, para algunas misteriosa o inexplicable, a la edad de 30 años. Como el Libertador del poema de Alberto Arvelo Torrealba, fue un huracán y, como Simón Bolívar, también iba ardiendo.

Luchó bajo las órdenes o en unión del Coronel Campo Elías y de los Generales Urdaneta, Mariño, Bolívar, Mac

Gregor, Soubllette, Páez y Manuel Piar. Con este último prócer de nuestra Independencia, la vida le fue irónica. Luego de combatir bajo sus órdenes, le tocó formar parte del Consejo de Guerra que lo condenó a muerte. Así era, así fue la guerra de Independencia: sangrienta, implacable, cruel, épica y heroica. Así fueron los hombres y mujeres que en ella se enrolaron. Así fue la vida del General de División José Antonio Anzoátegui, nuestro héroe epónimo: breve, intensa, brillante, huracanada, admirable.

Su pueblo lo quiso, su ciudad lo eligió legislador, cargo que apreció con emoción y humildad, pero al que declinó por sus compromisos militares. Barcelona lo ascendió a Coronel por aclamación. Aquel niño de incontables travesuras, aquel joven jefe de pandillas locales de “insoportable conducta”, era recibido por su ciudad con orgullo y admiración, convertido en héroe de la Independencia de la patria.

La letra de un corrido mexicano podría decirle que se fue “*pronto como los elegidos, en plena gloria y en plena juventud*”. Hace poco escribí un libro titulado *La Espada sobre el Fuego*, donde analizo y sufro y disfruto a los poetas y poetisas que le escribieron al Libertador Simón Bolívar. Allí me detengo en el reto que significa escribir sobre los héroes: siempre su vida, sus hazañas, la epopeya de sus actos y azares superará a las palabras, sean estas dichas en prosa o en verso. ¿Cómo pudiéramos encontrar la imagen exacta que profile la dimensión grandiosa del joven General, gallardo y valiente,

José Antonio Anzoátegui? ¿Qué símil lo dibujará en sus tribulaciones, qué verbo relatará los torbellinos que lo azotan en la derrota? ¿Cómo encontrar la metáfora que plasme la épica de su gloria?

Yo hablo de escrituras porque mi palabra está en deuda con el Héroe que nos dio nombre, gloria y libertad. Pero pudiera hablar también de otras deudas: ¿Hemos sido dignos del prócer que nació en esta ciudad, a las orillas del Neverí? El dio su vida por nosotros, ¿qué hemos dado nosotros por su legado y ejemplo? Nació de una familia acomodada de esta ciudad y, al morir, el joven General dejó a una familia en la pobreza: todo lo entregó a la Independencia. ¿Somos nosotros dignos de ese ejemplo de honradez, de rectitud, de elevado y ético ejercicio de la política? Hoy lo honramos en un acto solemne y merecido. Debemos también honrarlo en la conducta ética que marque nuestra vida cotidiana. Debemos ser como José Antonio Anzoátegui.

Su estado natal, nuestro estado Anzoátegui, está bendecido por las aguas. Al norte, el mar Caribe lo baña de historia y horizontes; al sur, el soberbio Orinoco, para decirlo con Julio Verne, lo une con la Guayana profunda donde buscó Alejo Carpentier los pasos perdidos de mitos y leyendas de nuestros antepasados; por abajo, unos de los más grandes reservorios de agua dulce llena de vida subterránea a la Mesa de Guanipa. Si este estado no es del signo Acuario, la astrología es una estafa.

En la escuela, desde Mapire y Soledad, pasando por la Mesa de Guanipa, hasta Guanta y Boca de Uchire, y todos los pueblos y ciudades de su geografía multiétnica y pluricultural, nos enseñaron que el nombre de nuestro estado viene de un joven General de la Independencia llamado José Antonio Anzoátegui. Un General que pasó por aquí como “*el huracán que iba ardiendo*”, un General que con su vida hizo un camino y dejó un ejemplo. Ya sabemos cómo debemos ser y qué camino debemos seguir, así los enemigos de las revoluciones y los revolucionarios nos acusen de “conducta insoportable”, como la de aquel joven General de División que se llamó José Antonio Anzoátegui.

*Discurso de Orden pronunciado
por el Doctor Earle Herrera con motivo del 226^a
Aniversario del natalicio
del general José Antonio Anzoátegui
Barcelona, 14 de noviembre de 2015*

CANTAURA DE LOS CHANGURRIALES

He seguido de cerca a la virgen de la Candelaria. La patrona de estos sabanales y misiones indígenas ha guiado mis pasos por carreteras interminables, habitaciones estudiantiles y hasta más allá de la mar océano, como decir, a su lugar de origen. De estudiante de la Universidad Central de Venezuela viví en una habitación, mejor sería llamarla pieza, que me alquiló una canaria en la parroquia La Candelaria, a dos cuadras de la plaza del mismo nombre y de la iglesia y casa parroquial. Pasados los años y, a la vez, los años pasando por mí con sus huellas indelebles, luego de vivir en avenida San Martín de la parroquia San Juan, de Caracas, me mudé con mi esposa e hijos a la parroquia donde había empezado mi carrera universitaria: La Candelaria.

Tiempos aquellos de final de una década –los años 60–, quizás tan loca como los años 20, pero más violenta que los días del esplendor de un imperio naciente que pronto conocería la resaca de la gran depresión. Década de los *Beatles*, de los magnicidios mass-mediáticos como el de John Fitzgerald Kennedy, del sueño truncado de Martin

Luther King y el suicidio nunca bien llorado y jamás aceptado de Marilyn Monroe. Década de la guerra de guerrillas en América Latina, cuando toda una generación intentó tomar el cielo por asalto, tras los pasos de un médico asmático que juró sentir bajo sus talones el costillar de Rocinante. Y en Venezuela, tiempos de luchas y sueños y de lo que Domingo Alberto Rangel llamó la Revolución de las fantasías.

Muchos años después, como diría Gabriel García Márquez, la universidad me envió a estudiar a España un doctorado en ciencias de la información. Recalé por las islas Canarias, específicamente en la de Tenerife, lugar donde apareció por primera vez la virgen de La Candelaria. Yo quería estudiar en Madrid o Barcelona, pero la santa patrona decidió otra cosa. Allá, entre las brumas volcánicas del Teide, me explicaron por qué a Venezuela la bautizaron la octava isla. En verdad, en nuestro país había tantos canarios como los que habitan en la mayor de las islas del archipiélago. El destino quiso que me trasladara, en el espacio y el tiempo, de la plaza La Candelaria de Caracas a la ínsula donde la virgen inauguró su luz y su aura, más allá del Atlántico y más acá de los sueños.

Todos esos avatares me trajeron hasta aquí, desde que mi madre guayanesa cruzó el Orinoco para asentarse en la Mesa de Guanipa, empujada por las carencias y atraída por los mechurrios del oro negro que un día brotó del pozo bautizado “Oficina G1” y después se expandió por toda esta sabana, donde siglos antes los cielos solo eran iluminados por los soles

y lunas de los indios Kariñas. Leí el Costado Indio, del poeta Gustavo Pereira, y supe de la poesía de los caribes. También supe de su cosmogonía, de la primera noche y la primera lluvia y de palabras como “Carib”, “Caribe”, “Kari’ña”, “Caribana”, “Caris”. Este último nombre corrió por mi cuerpo en forma de río cuando la adolescencia era un salto mortal desde un moriche hasta la arena del fondo, donde desovaban peces transparentes.

El “costado indio” estudiado y cantado por Gustavo Pereira me indujo a meterme en la Comisión de Pueblos Indígenas de la Asamblea Nacional Constituyente. La convocatoria la hizo un comandante de paracaidista al que los pueblos ancestrales llaman Hermano. Recién electo presidente en 1998, Hugo Chávez Frías se propuso visibilizar a los pueblos originarios y romper con cinco siglos de silencio y exclusión. Para ejemplo del mundo entero y paradigma del Derecho Constitucional, la Carta Magna de la República Bolivariana de Venezuela consagró todo un capítulo a los derechos de los pueblos indígenas. No se puede hablar de Cantaura, Chamariapa y su santa patrona, la virgen de La Candelaria, sin hablar de sus pueblos ancestrales y su largo tránsito hasta el sol de hoy. El artículo 119 de nuestro texto fundamental lo establece:

El Estado reconocerá la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que

ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para desarrollar y garantizar sus formas de vida. Corresponderá al Ejecutivo Nacional, con la participación de los pueblos indígenas, demarcar y garantizar el derecho a la propiedad colectiva de sus tierras, las cuales serán inalienables, imprescriptibles, inembargables e intransferible de acuerdo con lo establecido en esta Constitución y en la ley.

Venimos de aquellas noches y aquellos días primigenios. Nuestro costado indio se expande por todo Anzoátegui hasta el Orinoco y más allá. Sus mitos, sus ritos, sus magias y su cosmogonía nos marcaron. Después vino el sincretismo propio de un país multiétnico y pluricultural, como nos define nuestra Carta Magna desde su *Preámbulo*, otra pieza jurídica y poética salida de la pluma esplendente de Gustavo Pereira, hermano y compañero de aquellas hermosas jornadas constituyentes de refundación de la República.

Pero hay otras historias que hacen la historia de Cantaura. Una madrugada cayeron lluvias de bombas sobre la humanidad de 23 combatientes, unos guerrilleros, otros estudiantes y, algunos, ambas cosas. Desde aquel año, 1982, se habla de la “Masacre de Cantaura”. Para los caídos no hubo Comisión ni Corte Interamericana de Derechos Humanos, ni Unión Europea, ni ONG alguna que prendiera una vela. Los mismos medios que hoy piden amnistía, lanzaron sobre los masacrados por la represión puntofijista una lápida de silencio. Y sobre los victimarios, el elogio periodístico y palangrista del “deber cumplido”.

Entre los jóvenes caídos, mis contemporáneos, mi amiga del alma Sorfanny Alfonzo, bella física y espiritualmente. Una vez caminamos por las orillas del Orinoco, cuando ella estudiaba sociología y andaba pregonando sueños, persiguiendo estrellas y retando utopías. Su risa franca se hacía bocanada de luz en las dificultades. Después nos vimos por la Tierra de Nadie de la UCV, siempre ligera de equipaje, como pedía Antonio Machado que anduvieran los viajeros, tanto más, las guerrilleras de la luz.

También por Sorfanny y sus 22 compañeros ajusticiados con tiros de gracia invoco a la virgen de La Candelaria. También pido y elevo una oración para aquella juventud rebelde que con su sangre utópica enrojeció la madrugada y los matorrales indómitos de Cantaura. También de aquellos barros del sacrificio está tejida la historia de los pueblos kariñas y los que vinimos después. También a los muchachos y muchachas de Los Changurriales de Cantaura los bendice en este día la virgen de La Candelaria. Amén.

Discurso pronunciado por el diputado Earle Herrera ante el Consejo Legislativo del estado Anzoátegui, en la ciudad de Cantaura, el 2 de febrero de 2016, Día de La Candelaria.

PRÓLOGO PARA NÓRGIDA

A lo largo de mi carrera literaria he sido solicitado para escribir el prólogo de no pocos libros. Esta invitación es siempre un compromiso con el autor y, sobre todo, con los futuros lectores de la obra. Con esas palabras iniciales le corresponde a uno la responsabilidad de abrir las puertas de un texto y presentar, a las personas interesadas en su lectura, una primera visión del espacio de palabras, ideas y conceptos en que se van a internar. El prologuista es el personaje que nos abre las puertas y nos invita a pasar adelante, nos presenta al autor y muestra el camino a recorrer. Luego se aparta y nos deja solos, en la enriquecedora soledad de la lectura.

En esa puerta de los libros ajenos, ya lo dije, me he encontrado en varias oportunidades literarias y vitales. De esa experiencia he aprendido que cada obra impone una forma de invitar al visitante –al lector o lectora– a pasar adelante. Los textos de creación –cuento, novela, poesía– nos llevan a una invitación espiritual para mostrar una casa ficticia o metafórica. Las obras conceptuales nos devuelven al mundo racional y metódico. Si se trata de libros pedagógicos, el presentador corre el riesgo, que yo quiero evitar, de volverse didáctico.

En el caso de este libro de Nórgida Herrera, a la hora de escribir el prólogo, se me mezcla lo afectivo y lo académico. En el primer aspecto, porque Nórgida es mi hermana y crecimos juntos bajo un mismo techo y un mismo calor de hogar, juegos y sueños. En el segundo, porque 28 años investigando y dando clases en las aulas de la Universidad Central de Venezuela le dejan a uno un cierto tono académico del que trato de zafarme, a veces en vano.

Admiro en Nórgida su tenacidad para todo aquello que se propone. Trabajó, estudió y levantó a sus hijos al mismo tiempo, siempre con una sonrisa serena a flor de labios, incluso en esos momentos de adversidad que la vida suele depararnos. Obtuvo su título de Licenciada en Educación, se dedicó a la enseñanza de niños con dificultades de aprendizajes y, a la vez, cursó estudios de postgrado a nivel de maestría. Nunca conforme intelectualmente, siempre mirando más allá, se inscribió en la carrera de Derecho y alcanzó el título de abogado de la República.

La labor docente es de suyo un apostolado, cuando se asume con mística, amor y responsabilidad. En este campo difícil y de no muy abundante bibliografía en el país, Nórgida no se conformó con su labor de enseñar. Su experiencia en las aulas quiso dejarla plasmada mucho más allá del salón de clases. Fue creando así un método de enseñanza en el campo en que se desempeña. De esta manera nació el libro *Método inicial de lecto-escritura estructurada para niños con dificultades*

de aprendizajes. Escribir un libro es un acto intelectual, pero también (o mejor, sin pero), un profundo acto de amor. Todo libro es una entrega.

La autora, en este caso, no solo pensó en sus alumnos, en los niños de sus aulas, sino también en sus colegas, aquellos y aquellas profesionales que han abrazado la carrera de la docencia en una de las áreas más delicadas y exigentes: la de enseñar a leer y escribir a los niños con dificultades de aprendizajes. En este sentido, Nórgida entendió que además de la formación académica y la propia experiencia, un manual sería de gran utilidad en esta ardua tarea. Le puso cerebro, trabajo y corazón a esa loable empresa.

El fruto de su inquietud es un libro que orienta a maestros, padres y representantes en la tarea de enseñar a los niños con dificultades de aprendizaje. Escrito en un lenguaje didáctico, sencillo y directo, cada página es un paso y cada paso es un peldaño que se asciende en la hermosa faena de enseñar y aprender. Los estudios que a nivel de maestría cursó la autora sobre orientación de la conducta le son de mucha utilidad en su profesión, como le fueron en la elaboración del manual de lecto-escritura.

El aprendizaje por ensayo y error nos recuerda la máxima que nos legara Don Simón Rodríguez, el insigne maestro del Libertador: “*O inventamos o erramos*”. La asociación de las letras y palabras con imágenes e ilustraciones es también una herencia robinsoniana. Simón Rodríguez enseñaba

mostrando, dándole forma a las ideas, relacionando gráficamente las palabras con su significado. En esa línea del maestro está concebido este manual de lecto-escritura, con el agregado de los últimos avances que en materia de lectura y escritura ha alcanzado la moderna pedagogía.

Las explicaciones teóricas van acompañadas del ejercicio práctico. Lo uno y lo otro son inseparables en el proceso de enseñanza-aprendizaje. La elaboración de cada ejercicio evidencia una gran paciencia, digamos, una amorosa paciencia por parte de la autora. Esa misma paciencia la han de tener maestros, padres y representantes con sus pequeños a la hora y en las horas de aplicar las técnicas de enseñanza aquí contenidas y explicadas. No es pura casualidad que Nórdida cierre la introducción de su Método con la frase, a la vez sencilla y profunda de: *“La paciencia es la ciencia de la paz de Dios, a todos nos fue dada por igual”*.

Me honra y, por supuesto, me enorgullece decir y escribir estas primeras palabras sobre el libro de Nórdida Herrera. La satisfacción será completa cuando este método llegue a los maestros, padres y representantes y, de sus manos y sapiencia, llegue a los niños, a todos los niños con dificultades de aprendizajes, quienes a fin de cuenta son sus destinatarios. Fue precisamente por ellos y pensando en ellos que la autora lo concibió, lo escribió, lo ilustró y lo dio a la luz. A la luz de la enseñanza que es la luz que la patria necesita.

Nórgida Herrera ha logrado muchos títulos académicos, pero el más honroso que un educador puede aspirar es el de maestro o maestra. Este se obtiene en una institución, pero su contenido profundo se lo dan los alumnos y las aulas de clases. Porque como decía Don Simón Rodríguez: “Maestro es el que enseña a aprender y ayuda a comprender”. Con este Manual de Lecto-escritura Nórgida busca cumplir con el pensamiento del Robinson de América: enseñar a los niños a aprender y enseñarlos a comprender.

TAREK O LA POESÍA

Allá en Anzoátegui, tierra de mi luz y mis querencias, lanzaron una curiosa cuña contra la poesía. Atacar este arte, piensan los obtusos “creativos” de la pieza, es disparar al corazón de Tarek William Saab, candidato a la gobernación de esa entidad federal. El asunto resulta más cómico que trágico, aunque entraña en el fondo un doble desprecio: hacia las creaciones del espíritu y hacia el mismo pueblo anzoatiguense.

En la cuña de marras aparece una vejuca que se pretende voz del pueblo, exclamando frente a otro vejestorio, palabras más, palabras menos: “¡Imagínate tú, un poeta para la gobernación; esto es fin de mundo!” Soltaría uno la risa de no ser por el prejuicio de pueblo inculto que de la gente de Anzoátegui encierra ese mensaje.

Tarek William Saab, ciertamente, es poeta. Y lo es en el más alto sentido de la palabra, como lo reconociera con letras de admiración y elogio un escritor de la talla de Juan Liscano, no solo poeta él mismo, sino agudo estudioso de la literatura universal y de la venezolana en particular.

Anzoátegui, por lo demás, es tierra de artistas y creadores, de cuyas obras nos sentimos orgullosos y en las que nos identificamos plenamente. Desde Miguel Otero Silva hasta Alfredo Armas Alfonzo y desde Arreaza-Calatrava hasta Gustavo Pereira, para no mencionar a legiones de jóvenes poetas, enaltecen con sus letras y su arte el gentilicio de esa tierra que se extiende desde el Orinoco hasta el mar Caribe, en un prodigioso abrazo de las aguas.

Nuestro estado ha sido pasto de politiqueros de oficio y corruptos de toda laya que han asaltado la conducción de su destino, desde la gobernación hasta el último municipio. La huella de su gestión es deplorable. Con todo el oro negro que ha salido de sus entrañas geológicas, poco se ha revertido en beneficio de Anzoátegui y su gente. Por eso, quienes se han lucrado desde siempre de ese saqueo continuado, hoy enarbolan la consigna de ¡Corrupción sí, poesía no!

Porque la poesía es la nobleza, la elevación del espíritu, el humanismo en su más alta y sublime expresión. Los corruptos, para poder actuar a sus anchas, quieren un pueblo inculto, clientelar y chabacano al que puedan seducir con la migaja del poder y la demagogia. Ese pueblo que imaginan no es Anzoátegui, cuyos poderes creadores le hacen honor al bello Credo de Aquiles Nazoa, nuestro fino poeta de las cosas más sencillas.

En esa línea de conducta y compromiso se inscribe la poesía y la vida de Tarek William Saab, quien no hace división

ni establece fronteras entre la ética y la estética. Desde sus tiempos de estudiante, allá en el Liceo Briceño Méndez de El Tigre, la suya ha sido una lucha por los derechos humanos y por la elevación cultural de su pueblo. Anzoátegui, antes que corrupción y migajas embrutecedoras, lo que necesita es eso, poesía, cultura, educación, elevación espiritual y solución a sus problemas más apremiantes. Todas estas metas están escritas e inscritas en la agenda de Tarek. Y bien bueno que al lado de la anotación de un problema concreto aparezca algún poema que se le vino en el momento, frente al mar de Puerto La Cruz o bajo el cielo matinal de la mesa de Guanipa, más acá de los mechurrios y más allá del silbido de los chaparrales.

La cuña contra la condición de poeta y escritor del próximo gobernador de Anzoátegui ha ofendido al pueblo que, desde Barcelona hasta Soledad, es puro coraje y creación y, por lo mismo, ha beneficiado a Tarek William Saab. Verso a verso, escribió otro poeta, se hace camino al andar. Y en ese camino, para Tarek, la gobernación es apenas una estación desde donde, una vez conquistada por voluntad popular, impulsará la marcha de su pueblo hacia su propia y más profunda realización, en lo material y, sobre todo, en lo espiritual.

POEMA IMPOSIBLE DE EL TIGRITO

Muchas páginas he escrito, borrado y emborronado sobre mi pueblo, pero nunca he pergeñado (ni perpetrado) un poema en su nombre ni con su nombre de título. Sin embargo, en un suplemento del norte de Anzoátegui apareció una “oda” (las comillas son justas) calzada con mi nombre titulada, precisamente, “El Tigrito”. Era un texto intencionalmente cursi, de “versos” ásperos y ridículos, bufos y bufones. Luego supe que el autor de semejante esperpento era mi amigo Chevige Guayke, quien llenaba todo ese suplemento literario con textos suyos y le colocaba el nombre del autor que se le ocurriera.

Chevige es un cuentista y poeta de primera línea. Un crítico implacable de nuestra literatura (“basuratura”, llegó a llamarla) pero, así mismo, como suele suceder, hipersensible a la crítica que toque a su persona o sus escritos. En nombre de una acendrada amistad que aprecio y valoro no le di importancia a la “oda”, o mejor, a la joda de la que me hizo blanco con SU “poema” a El Tigrito. Sin embargo, otro amigo de excepción, vecino de mi loco barrio en San José de Guanipa, él vivía en la calle El Carmen, cerca del alambique y yo en la Orinoco, Santos López, conversando un día en la Universidad

Central de Venezuela, me dijo que yo tenía una obra escrita, que mañana me iban a sumar el esperpento de Chevige a mi trabajo y que debía aclarar eso y pedirle más respeto. Le hice caso a Santos, comí casquillo, como se dice. Una tarde me encontré con Chevige, le reclamé que estuviera escribiendo “odas” en mi nombre y a mi amigo margariteño le brotó el mal humor y pasó un montón de años sin hablarme, como si yo tuviera que pedirle perdón por no permitirle usar y usurpar mi identidad con sus mal intencionados y “traviesos” escritos.

El tiempo se encargó del resto y un día, Chevige y yo, nos encontramos hablando como en los viejos y buenos tiempos de nuestra literaria juventud, cuando habitábamos entre la realidad y la ficción, más en esta última dimensión que en la primera. Chevige es así. Yo sigo en deuda lírica con El Tigrito, pero su “poema” no la salda, la dilata y dimensiona.

CON CHÁVEZ EN GUANIPA

De niño, el puente sobre el río Tigre que une los municipios Freites y Guanipa, o como diría la nostalgia que viene de norte a sur, San Tomé y El Tigrito, nos servía de trampolín para saltar al agua y salpicar de arco iris los atardeceres, entre alaridos de araguatos y algarabía de loros. Nunca imaginamos que sería, muchos años después como diría el Gabo, el lugar de encuentro con el Comandante Bolivariano que cambió el curso de la historia patria desde dos palabras: “*Por Ahora*”. Aquella mañana de 2010 nos colocaría a su lado en la plataforma de un camión. Haríamos un círculo en el periplo El Tigrito-El Tigre-San Tomé, ruta de más de 20 kilómetros que en tiempos juveniles devorábamos al trote con el gran atleta “Pipiolo”, Jesús Salazar, en aquellos recios maratones de fiestas patronales o de puras ganas de correr de tarde en tarde.

Mientras saludaba a la multitud apilada a ambos lados de la carretera, el presidente Chávez preguntaba, daba órdenes o consejos. Iniciábamos en la Mesa de Guanipa la campaña para elegir a los diputados a la Asamblea Nacional por Anzoátegui. Por su decisión y la del Gran Polo Patriótico me tocó encabezar la lista de mi estado natal. Nos esperaba

una emboscada y fui el único aspirante electo por las fuerzas revolucionarias.

Náufrago, se comentaba que sería apabullado en el parlamento por los representantes de la derecha. En el bloque de Anzoátegui serían siete contra uno, varios de ellos con experiencia como alcaldes reelectos y dirigentes crónicos de los añejos partidos puntofijistas. De mi lado tenía la mala costumbre de estudiar antes de hablar de cualquier tema. Más que un curtido profesor, soy un eterno y curioso discípulo de la vida, amén de lector impenitente de cuanto texto se me cruza, trate del tema que trate. En el campo político, venía de una izquierda ajena al parlamento, abstencionista y cultora del voto nulo, pero me ejercité en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, en la que fungí de Vicepresidente de la Comisión Permanente de Educación, Cultura y Deportes. Además, los auditorios de todas las escuelas de la Universidad Central de Venezuela y su Aula Magna me habían enseñado a torcerle el pescuezo al miedo escénico en tiempos de Renovación Académica aquí, Mayo Francés allá y periodismo subterráneo en todas partes.

No solo di el debate en todos los escenarios que me exigió la Asamblea Nacional, sino que tuve más asistencia que todos los diputados anzoatiguenses opositores juntos. Alguna vez la salud me apartó de la curul, pero del resto estuve allí, puntual en la polémica. Cada año, a diferencia de los opositores de mi estado, presenté el informe de mi gestión

parlamentaria. Tanta disciplina me sorprendía a mí mismo. “Estoy envejeciendo”, me decía. En ese lapso, sin meter columnas periodísticas, publiqué cinco libros. Ayer me entrevistaba otra vez recorriendo la Mesa de Guanipa al lado del presidente Chávez y me escuchaba decirle: ¡Misión cumplida, Comandante! Atrás dejábamos el viejo y renovado puente del río Tigre, desde donde ya nadie se lanza ni la tarde es salpicada de arcoíris y peces de colores.

¿Atrás? Mejor decir adelante, la imagen del Comandante Bolivariano en la plataforma acerada del camión, su mano en alto, su índice señalando el horizonte circuido de horizontes de la Mesa de Guanipa, como quien dirige a su pueblo, como quien dibuja en la llanura los tiempos por venir, como quien emerge de un sueño y se dirige a otro sueño que es la realidad posible: esta sabana donde al lado de los pueblos ancestrales nacieron otros pueblos, parteados desde el fondo de la tierra por el oro negro, entre taladros y balancines que en ese 2010 saludaban el paso de Hugo Chávez seguido de nubes bajas, llovizna y arcoíris.

***OTRAS LETRAS, OTRAS CRÓNICAS,
OTROS CUENTOS***

EL DOBLE DESTINO DE UNA MUCHACHA MUERTA

En su breve existencia la muchacha nunca imaginó su doble destino. Porque tuvo dos destinos: una trágica muerte que canceló su vida en flor y otro destino después de muerta. El primero, un vulgar y absurdo accidente de tránsito, necrológicamente común en este país. Y el segundo, ya abajo en su tumba, arrancado por la realidad de las páginas más necrofílicas de la ficción.

El primer día de este año de gracia y de otras cosas menos sagradas, regresaba con su familia de Cantaura, capital del distrito Freites del estado Anzoátegui. Cantaura, por cierto, es un pueblo de tumbas y cruces, tradiciones y leyendas. Retornaba de las fiestas de año nuevo. No pudo jamás llegar a El Tigrito, donde vivía, porque ocurrió lo absurdo, lo estúpido, lo exasperantemente común: un accidente de tránsito.

A los dos días –no sé por qué dos– fue sepultada y al tercero sus familiares fueron al campo santo a visitarla, a llevarle flores, velas y rezos. Recibieron un doloroso impacto del Más Allá pero que estaba allí, ante sus ojos, real, definitivamente real: uno, dos –ni la policía lo sabe todavía– perturbados de

la noche habían profanado la sepultura, abierto el ataúd y penetrado en él, sin molestarse en sacarlo a la superficie. Allí estaba el cadáver con su vestido roto, despedazado y allí ella, en una como espeluznante inocencia inerte, en su otro destino, negro como el primero pero no común como aquel, víctima –porque los muertos también pueden ser víctimas– de las aberraciones sexuales de quién sabe quién. El o los necrófilos se habían saciado, ensañado. Una inscripción lúgubre que quería ser desgarradora, dejaron grabada:

“No seguiré siendo esclavo de tu amor...”.

De los familiares no hablo, no los nombro, me sobra respeto y me falta capacidad para describir ese dolor. Pero el pueblo entero, como era natural, se volcó al cementerio. Todavía no sale de su asombro, todavía habla del “caso”. Todavía no puede callar, menos olvidar.

El Tigrito es un pueblo enclavado en la Mesa de Guanipa, entre San Tomé y El Tigre, que creció lo que ha podido crecer bajo el impulso aceitoso del petróleo, con el martilleo de los taladros en los oídos y el horrendo ojo ciego de los balancines fijo en sus ojos.

Un pueblo tranquilo, sano y trabajador, donde el asombro es poco común porque todo sucede sin asombro, en una suave rutina. Aquel caso, acontecimiento, suceso, qué sé yo, era naturalmente superior a la capacidad de asombro del

pueblo. Hoy está asombrado, sigue sin comprender, no puede comprender.

La violación del cadáver fue médicamente confirmada. Se habló de marihuaneros, drogadictos, locos, alucinados, menos de necrofilia porque allá esa es una palabra extraña. En las casas del pueblo, por las noches, se deslizan algunos nombres pero nadie sabe. Ni la policía sabe, porque la policía también fue desconcertada. Dicen los detectives de la petejota de El Tigre que están sobre la pista, que los tienen identificados, que fueron dos, que fueron tres, que... ¿Qué?

Un periodista de la región por andar asomando hipótesis y persiguiendo primicias se metió en problemas con la seccional del Colegio Médico. Los muertos cuando entran en descomposición –y aquel cadáver ya lo estaba– producen una grave infección en quien, por supuesto, tengan relaciones con el mismo. El periodista informó que dos jóvenes con dicha enfermedad fueron atendidos en el Hospital General de El Tigre. Los médicos reaccionaron. Armaron una querrela contra el informado periodista.

El caso ha involucrado a todos los estratos y sectores de la comunidad. La realidad y la ficción andan abrazadas por las calles. La muerte se metió en la vida y los tiene confundidos.

Ciudadanos de otras épocas pero con más luces que El Tigrito, hoy todo asombro, tampoco soportaron la necrofilia –“coito con un cadáver. // Deseo anormal hacia los cuerpos

muertos”, dice con asco el viejo Larousse–, ni siquiera en libros. Se prohibieron obras del marqués de Sade, Baudelaire y del gran cantor del amor a y con cadáveres: el atormentado Isidore Ducasse, mejor conocido como Conde de Lautréamont, autor de ese libro genial y maldito que son los Cantos de Maldoror. Posteriormente, también los poetas surrealistas fueron execrados porque hicieron suyas las tempestades infernales de Lautréamont, sobre todo aquel pasaje donde canta y elogia a los “adolescentes que hallan placer en violar los cadáveres de hermosas mujeres recién fallecidas”.

Luego sus obras fueron reconocidas, reivindicadas y elevadas al altar de las letras como geniales. ¡Pero cuidado!, porque ese reconocimiento a la necrofilia fue solo en la ficción, como materia literaria, jamás en la realidad, en eso que llaman la vida real. Aquí en Venezuela, por los años 60, un grupo de artistas irreverentes y contestatarios montó una exposición en homenaje a la necrofilia, con huesos de res y pedazos de vísceras y carne que día a día se iban descomponiendo. La sociedad se tapó las narices, cundió el asco, pero ellos –los propugnadores de la necrofilia– no se atrevieron a llegar al coito con los pedazos de carne fétida y descompuesta. Montaron la exposición para que la sociedad aburguesada se mirara en su propio espejo.

Y he aquí que en 1982, anteayer nomás, en un tranquilo pueblo que tiene dos nombres –El Tigrito y San José de Guanipa–, la realidad salta de una tumba y le tuerce el

pescuezo a la ficción, la trasciende y la anula. Toma su lugar, se hace ficción. Y El Tigrito queda allí, real y ficticio. Pero, sobre todo, asombrado porque había conocido la necrofilia, el amor con los cadáveres.

El Nacional, Suplemento Mujer, 30-1-82, p. 4.

CAREGATO

¡Cómo no iba a impresionarse! ¡Cómo no iban a impresionarlo los trece hipopótamos de acero que comenzaban a moverse parsimoniosos y hambrientos, llenos de horribles ruidos los vientres estrambóticos! Caregato los miraba con los ojos de este tamaño desde el chaparro en que estaba encaramado, el corazón en la garganta y sin saber qué se le habían hecho los granos. En ese momento recordaba que su padrino le había dicho más de una vez: “*Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato*”, y las piernas increíblemente flacas con su temblor hacían que las hojas del chaparro emitieran un ruido de cepillo de hierro que daba escalofríos. Cuando los tres bichos empezaron sus tronidos creyó que era fin del mundo y todos sus doce años se arrepintieron de haberse quedado allí. No había querido perderse ese espectáculo y ahora sentía unas ganas enormes de estar lejísimos. “*Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato*”. Y Caregato sentía que una bola gelatinosa le subía desde algún oscuro rincón de las tripas hasta la misma garganta. ¿No será esa bola lo que está pensando Caregato? ¿No serán los granos que desde hace un rato no se los siente por ninguna parte? ¿No...?

En medio de su miedo se resistía a aceptar que al atardecer de La Leona no quedaría sino un montón de escombros tristes polvorosos y Caregato no vería su casa por ningún lado. Las casas vueltas tierra, las ventanas quebradas, la vieja nevera retorcida, la mitad de un plato de peltre aquí y allá un pedazo de loza seguramente de la poceta, todo vuelto triza-pocilga-ruina en medio de la ancha solitaria sabana serían una apocalíptica visión que nunca jamás se le borraría de la mente a Caregato, un tatuaje indeleble en su memoria que se le avivaría aquella tarde que se puso a leer la Biblia y tropezó con la parábola de que “*no quedará piedra sobre piedra*”.

A decir verdad, Caregato no recordaba el día exactamente que lo llevaron a La Leona y si sabía que tenía 12 años era porque se lo habían dicho. Pese a que la maestra lo llamaba taparita, había aprendido más o menos a leer, aunque no entendía los suplementos que botaban los musiús en el quemador porque estaban en inglés y decía cuando los hojeaba: “*Ahora es que me falta, no juegue*”, y se esforzaba Caregato por entender una sola palabra y deletreaba y nada y con un raro sentimiento que no sabía qué era regresaba a su casa cabizbajo con pena y tristura y se acostaba a dormir hasta las cinco y media de la mañana cuando sonaba la sirena de la Mene Grande Oil Company cortando de un tajo su sueño y la mañana.

Los primeros días que fueron tan difíciles eran unos vagos recuerdos. Tendría cinco años Caregato cuando su mamá lo entregó a sus padrinos porque su padre había muerto,

mordido por un cascabel, y ella no tendría para educar a ese muchacho. “*Aquí se lo dejo, compadre* –según sus recuerdos había dicho su madre antes de irse–, *para que lo haga un hombre de bien jecho y derecho*”. ¿Caregato derecho con esas patas cambadas, ese pelo enmarañado y duro, esa barriga que le crecía para adentro, esas costillas que ya se le salían del cuerpo, esas manos huesudas que le terminaban en esas uñas mugrientas, esos cerotes en el pescuezo y esos ojazos grandotes y verdes que parecían encajados a juro en esa su carita de negrito faramallero y por los que todo el mundo lo llama Caregato? ¿Caregato jecho, allí recostado contra la puerta de la casa de su padrino, llorando a llanto partido al ver la figura enclenque de su madre perderse, al final de la única calle de La Leona, tragada como una tarde reacia del verano por la ancha sabana de la Mesa de Guanipa que no tiene fin?

–*¡Cómo no, mi comai, yo le haré de Caregato un hombre jecho y derecho, sí señora!*– habría dicho su padrino y nunca unas palabras le parecieron tan odiosas.

Primero no se movía para ningún sitio. Si su padrino al partir para el trabajo lo dejaba en la sala, allí lo encontraba a su regreso; si lo dejaba en la cocina, en la cocina; si en el patio, en el patio. Pero después empezó a andar detrás de “Como-tú”, el perrito que se cagaba por todas partes para darle trabajo a Caregato, y un día caminó toda la calle detrás de “Como-tú” y su padrino sonrió al verlo de regreso. El mismo Caregato no se dio cuenta cuando se acostumbró a todo y perdió la

pena a la nevera, a los muebles, al radio, a todas las cosas y entonces se pasaba horas y horas acariciándolas suavemente con sus manos tímidas por temor a romperlas y a echarlas a perder. Y a la cinco y media de la mañana, cuando la sirena de la Mene Grande interrumpía el canto de los gallos, se paraba de un salto, corría hasta la ventana de su cuarto y se quedaba mirando a los obreros sucios de petróleo, con cascos y botas de puntas durísimas, hasta que el último se metía en el camión que arrancaba para los taladros, un lugar del que había oído hablar mucho a su padrino y que quedaría muy lejos. Pensaba que cuando fuera grande también iría a los taladros con su ropa sucia y manchada de kaki sanforizado, su casco y sus botas, luego de tomar el café negro y amargo y encender un cigarro como los del padrino. Pero qué iba a saber Caregato, tan siquiera imaginar lo que era la vida en los taladros, en medio del sol inclemente de la Mesa de Guanipa y la sed como una garrapata pegada de la garganta todo el día. Abajo: el barro de petróleo y tierra caliente, el mene. Y arriba, en la torre, los hombres empequeñecidos, como de juguete, pendiendo de un hilo, de un pelo y del coraje –de los güevos, decía siempre el padrino-. Mediodía en los taladros: sol, sabana, taladro y brega... ¡Ah, y gringo! El gringo que rompe el silencio con su vozarrón y mira todo como si todo fuera suyo y es tan extraño como el taladro mismo. El mismo gringo que Caregato ve todos los viernes en el Comísare. ¡Pero qué iba a saber Caregato de taladros y de sudor y de gringos!

Al principio no lo creyó, dicho mejor, no lo quería creer; la primera vez que oyó a su padrino decir: “Un día de estos nos iremos de aquí”, no lo quería creer y le dio fiebre de no quererlo creer. Caregato no imaginaba a Caregato en otra parte sino en La Leona. Te jodes, Caregato, pensaba cuando iba pateando un perolito camino al quemador, si nos vamos de aquí, si padrino se va de aquí, te jodes. ¿Dónde más vas a estar mejor? Esto de ir al desperdicio es requetebueno. ¿Te acuerdas la primera vez que te la hiciste frente a aquel muchacho grande llamado Eleuto que te enseñó? Ahora todas las tardes te vas al quemador a hacerte nada más que puro la paja, Caregato, y más que aprendiste a montar las burras que ponen mansitas y te esperan en el quemador, a la sombra del mismo chaparro. ¿Te acuerdas la tarde que peleaste con Eleuto porque te dijo Garabato-Caregato-Culoetrapo y cuando ya casi te jode le metiste el vidrio? Después te fuiste a leer los suplementos de los americanos, bueno, a leerlos no, pero si a hojearlos. Y pasabas largos ratos sobre las matas dándote y dándote en esas espinillas que te han comenzado a salir por toda la cara de gato que te gastas. ¿Irte de La Leona? ¿Irme? ¡Qué vaina, Caregato!, es como para no creerlo. Tú que pensabas ir algún día a buscar a tú mamá y traerla del conuco a vivir en La Leona y también al vecino para que no sigan viviendo en esas casuchas de penca de moriche donde se esconde la ratonera que aunque no muerde es una culebra que da miedo. Tú que pensabas eso muy callado, que te lo tenías bien de guardado y ahora viene padrino y que nos vamos, que te dice

que está por acabarse el trabajo en los taladros y se tendrán que mudar para El Tigre. ¿Cómo será El Tigre, tendrá una sola calle como La Leona? ¿Y qué irán hacer con La Leona, con ese montón de casas grandes y de bloques? Nunca vas a entender nada, Caregato, como nunca pudiste leer ni una línea de los suplementos de los musiús: Taparita, Caregato, nada más que sirves para vagabundear por todas partes y ni siquiera sabes por qué te dicen Caregato. ¿Ya seré un hombre jecho y derecho? ¿Podré trabajar en los taladros? ¿Me podré quedar en La Leona? ¿Este, este...?

Ni La Leona, ni el viento que sopla hace años sobre el campamento, ni la sabana sin fin de la Mesa de Guanipa, ni el sol que hace crepitar la paja y ronronear a los cigarrones azules y brillantes, ni la intensa soledad que se le mete por los poros a Caregato, responden a alguna de sus preguntas. La Leona, es un campo de la compañía de petróleo, con una sola calle como de ciento y pico de metros, un pueblo prefabricado que enclavaron un día cualquiera en la Mesa de Guanipa, donde la vida pasa con una cronométrica rutina que solo no aburre a Caregato. Caregato ha enterrado sus raíces en La Leona como un palo de yuca y capaz es de secarse si lo arrancan de allí.

Ahora está allí verde de miedo, encaramado sobre el chaparro que silba con el viento y cruje de cuando en cuando amenazando delatarlo. Dentro de poco el sol calentará inclemente como siempre la sabana sin fin, se escucharán ruidos lejanos de carros, zumbidos de mosquitos, timbres de grillos

y darán unas ganas enormes de dormir, el mismo sueño que daba cuando iba para el quemador pateando perolitos. A estas horas ya se habrán dado cuenta de que no está en casa, la casa nueva que compró el padrino en la Quinta Carrera Norte de El Tigre con el bojote de reales que le dieron. Y que importa eso, nada le importa que noten su ausencia y guarda miedoso la gomera con la que pensaba impedir que destruyeran La Leona y jura que si fuera un hombre jecho y derecho no dejaría tumbar las casas. En ese instante termina de jurar y un espectáculo extraño son para sus ojos los lentos movimientos con que los operadores van subiendo a las máquinas, animales enormes que parecen mansitos así como están. “Vaina jodía una fiera con hambre, Caregato”. La Leona está allí, indiferente de manera inexplicable para él, como si no supiera que dentro de un rato van a demoler todas sus casas. Decenas de ideas desesperadas se agolpan en su cerebro como luces intermitentes: si esos bichos no prendieran. Si los hombres esos murieran toditos de repente. Si padrino llegara ahorita, concho, y les dijera que no tumben las casas. Si empezara a llover con truenos y relámpagos y no acabara nunca. Si yo fuera ya un hombre jecho y derecho. Si... Si...¿Este, este...?

Caregato se muerde los labios, aprieta los puños y una gran desesperanza le recorre todo el cuerpo, le tiembla en la barbilla y le causa unas ganas enormes de llorar que reprime para demostrarse que es un hombre hecho y derecho. Así, apretando los dientes, logra un asombroso dominio de sí mismo que se le deshace apenas los tractores empiezan a

tronar ensordecedores, con un ruido que se le antoja infernal a Caregato cuando los índices taponeándole los oídos, lo sigue escuchando con otros tímpanos más hondos.

Caregato baja del chaparro y sonámbulo camina hacia el montón de tierra, palos, lozas, puertas, ladrillos, ¿casas? Todo vuelto trizas-pocilga-ruina. Siente que La Leona fue un pueblo en el que vivió hace tantísimo tiempo. Siente lo mismo que sintió aquella vez que vio a su madre perderse como un puntito oscuro en la inmensidad de la sabana, que la vio desaparecer por la única calle de La Leona, cada vez más pequeña, un puntico en lontananza y de golpe, así, zuás, se perdió para siempre de su vista. Como sonámbulo va recogiendo y botando pedazos de destrozos de aquí y de allá. Lejos están los tractores del silencio que guarda la sabana ante el dolor de Caregato que no aguanta más y estalla en llanto y de cuando en vez se interrumpe y rezonga: ¡Coño, los musiús, los musiús, no jó!

Y Caregato, quien algún día será un hombre jecho y derecho, sentado como sea sobre las ruinas de lo que fue La Leona, lleno de llanto y soledad y de sueños, forma un cuadro extraño en medio del atardecer de la Mesa de Guanipa que le bebe su sombra alargada y grotesca, como un maltrecho signo de interrogación encogido en la íngrima sabana.

DETRÁS DE CADA PUERTA EL SILENCIO

Aproveché que era domingo para colarme al interior del liceo, brincando la alambrada. Me sentía triste y nervioso, sabía que iba a descubrir unas cuantas cosas, que el liceo me revelaría muchos secretos, sabía que me iba a contar de su soledad. Un liceo, un domingo, en tiempo de vacaciones, tiene que ser algo sobrecogedor. Todo el mundo se debe preguntar dónde se mete la bulla al irse los estudiantes y se debe preguntar por qué el silencio no puede profanar al liceo vacío. Era una mañana de agosto, húmeda, violácea, silenciosa, que todavía guardaba el olor a examen final, ese olor impreciso que hace que los miembros del jurado examinador parezcan seres lejanos, de ojos fijos, voz grave, seres casi mágicos y terríficos. Olía a prueba oral y a miedo, a pregunta rara y mal intencionada que uno nunca ha leído en ninguna parte y cuya respuesta se encuentra en un solo sitio: en lo más profundo, en lo más recóndito del cerebro del jurado. Olía así y yo sentía lo agrio en la garganta. Olía a julio.

Salté y los guachicones sobre la grama produjeron un ruido fofo, como cuando una gelatina cae al suelo, pero a mí me pareció el estallido del tumbarrancho metido por

Maradei en la oficina del Director. Aquella vez expulsaron a todo el cuarto año por un mes y a Gustavo, a Morrocoyloco, a Pelagajo y a Maradei les cancharon dos semanas más. Yo me salvé porque la profesora de Castellano y Literatura, que estaba enamorada de mí en un hermético e innecesario silencio, me defendió a capa y espada en el Consejo de Profesores. “¿Silva? –argumentó ella con esa su vocecita que descomponía a profesores y alumnos y traía de cabeza a todo el personal masculino del ‘Inteligencia’ – pero si ese es mi mejor alumno (piadosa mentira) y escribe unos versos que ya les digo”. El frío Consejo se destempló con sus líricos argumentos en mi pro. Cuando los muchachos se enteraron de que mi pena sería menor que la de ellos, regaron una infamia por todo el liceo: “Cabrón es cabrón”.

Me sacudí los pantalones, me froté las manos, me humedecí los labios con la lengua y caminé hacia el enigmático edificio, viejo amigo que nos enseñó a fumar son toser y cómplice de muchas acciones clandestinas. Atravesé la pista del atletismo donde yo había batido a más de un pedante en las carreras de medio fondo, porque lo mío era el maratón o las pruebas de resistencia, y donde habíamos hecho interminables caimaneras de beisbol y fútbol; saludé con un gesto grosero y cariñoso –dos dedos engarruñados y uno al aire– la cancha de voleibol (¡Cómo mateaba aquel desgraciado al que todo el mundo llamaba Paraulata!). Llegue a la puerta trasera del liceo y saqué la ganzúa. La metí. Una vuelta, otra, ahora a la

izquierda mientras empujas con la rodilla, fuerzas un poquito y ya, listo, cuántas veces no he abierto yo esta puerta.

Y se abrió, sésamo metálico. Frente a mí se dibujó el pasillo central, utilizado como auditorio en las graduaciones y actos culturales, amplio, anchísimo, vacío y desafiante. Confieso, para qué negarlo, que me impresionó enormemente. No había papeles en el suelo, no había nadie corriendo por allí, nadie tiraba con una liguita papelitos doblados, desde ninguna parte caían aviones de papel. El vacío era extraordinario, abrumador y envolvente, ¿quién no iba a sentir miedo? Pero me metí en él. Me paré en medio del pasillo, vi hacia todos lados y hacia ninguna parte en especial, me acordé de Lesbia, la vi, gordita y rosadita, con sus libros bajo el brazo, la mejor del curso, la menos inteligente, la vi que me miraba reprochándome algo indebido que yo acababa de hacer. Le saqué la lengua y creo que grité: ¡pendejota! Ella calló porque sabía que si no, cambiaba de novia, si es que no se me adelantaba. Todo aquello me aplastó.

Yo iba a buscar el examen de química, pero mejor aprovechaba y recorría todo el liceo, lo conocía de verdad, lo escudriñaba todo. ¿A dónde ir primero?, ah, carajo, a dónde más, al baño de las mujeres, claro, a ver si es igual al de los varones. Subí al primer piso y torcí a la izquierda otra vez a la izquierda y ya me empezaba a pegar el olor a baño de mujer. Me detuve enfrente, miré con cierta nostalgia el letrero que decía “damas”, empujé imaginando infinitas mujeres orinando,

sorprendidas frente a mí y encontré el baño vacío. Olía a desodorante ambiental y a pino. No encontraba nada raro y sin embargo sentía la sensación de quien profana un lugar sagrado, me sentía marido de todas las damas que alguna vez se habían sentado en una de esas pocetas y olfateaba sus orines con inusitada curiosidad de novillo en celo. Descubrí que los baños de las mujeres no eran castos como yo pensaba, que sus paredes no eran vírgenes de blanca, no. Al contrario, había groserías de mayor tenor y jerarquía que las escritas en el baño de los tipos, proposiciones altamente sugestivas, frases realmente desesperadas y gritos demasiado dramáticos, casi al borde de las infinitas profundidades del orgasmo, esa dimensión que empezábamos a conocer, de la que hablábamos mucho y sabíamos poco. Las paredes del baño de las hembras eran testimonio y poesía y hube de salir de allí porque ya la excitación empezaba a manifestarse turbadora.

Así, turbado, acaso mentalmente masturbado, salí del lugar de los olores vitales. Anduve a todo lo largo del pasillo del primer piso y me detuve frente al salón que tenía la tablillita donde se podía leer: 4º. año, Sección B. Experimenté un efímero temblor de piernas, el mismo que sentí cuando me pasaron para la Seccional N° 1 por mala conducta, frente al escritorio de aquel profesor adiposo, repugnante y raro que, tomándome suavemente por los hombros, me susurró al oído: “*Eres terrible, papá, pero no te preocupes, nada te va a pasar*”.

Me parecía escuchar adentro la voz del impenetrable profesor de inglés dictando su *lesson one*: “*Good morning,*

mister”, *Good morning, boy, how do you do*”. Lecciones interminables que nos hacían dormir la lengua y nos provocaban calambres en ella de tanto retorcerla para lograr una pronunciación más o menos correcta, más o menos elegante. Porque el profesor de inglés, que se hacía llamar Anthony Smith, aunque todo el mundo sabía que su nombre era Antonio Pérez Pelado, decía que estaba raspado el que pronunciara el inglés como los trinitarios, que el inglés había que pronunciarlo con la elegancia y el buen gusto de los neoyorkinos; por eso Antonio Pérez era llamado el norteamericano oxidado, tipo raro de verdad, que vivía permanentemente arrepentido de no haber nacido en Nueva York o (aunque hubiera sido) en el estado de Texas, y en consecuencia, vertía su irreparable tragedia de nacido en el muelle de Cariaco, en tremendos cero cinco, cero seis, cero siete, bueno, sacarle diez a Smith era una proeza, sobrada razón por la cual le habíamos quemado dos carros importados.

Empujé la puerta y experimenté verdadero agrado al no descubrir, al lado del pizarrón, la figura bien trajeada, recta y correcta de Teacher Smith. Aliviado, me llegué hasta el escritorio y me dieron ganas de orinar sobre él, de desquitarme tanta humillación profesoral pero me aguanté, al fin y al cabo la madera no era culpable de nada. El salón estaba vacío, horriblemente silencioso, un silencio que se podía palpar con los párpados. Los puestos más vacíos y silenciosos, donde el silencio parecía concentrarse mayormente, eran el de Pelagajo y el de Morrocoyloco. Me senté sobre el escritorio profesoral y empecé a dictar una clase distinta, fuera de esquemitas

consabidos, a mis alumnos invisibles, condiscípulos de ayer: “Bello no fue tan machete como dicen, quiero decir desde el punto de vista de la praxis, en todo caso más machete fue don Simón Rodríguez, verdadero pedagogo de América, el hombre que le abrió los ojos de la libertad al joven Simón Bolívar y le enseñó la intrascendencia de su fortuna material en medio de tanta esclavitud y miseria. Vamos a ver, Pelagajo, repite eso que acabas de oír: ¿Que no lo sabes? Claro, tú lo único que sabes es jugar ajilei. Tú, Morrocoyloco, repite lo que acabas de aprender, ya, va, tienen razón en llamarte Morrocoyloco, eres un galápago de bruto. Bueno, me estudian eso para mañana y quien no lo sepa mejor pasa por la Seccional N° 1 buscando su boleta de retiro”. Al concluir mi disertación y no encontrar preguntas ni respuestas de los pupitres vacíos, me invadió un miedo tan grande que salí del salón de clase casi a la carrera. Me pareció que en cada puesto estaba sentado un muerto, un fantasma, y sentí lo mismo que se siente cuando se va a visitar a un amigo enfermo y nos hallamos con la cama vacía, olorosa todavía a cadáver recién llevado.

Corrí por todo el pasillo y mis pasos sonaban multiplicados como si todos los profesores del liceo, encabezados por el jefe de la Seccional N° 1, corrieran detrás de mí. Bajé las escaleras en tres trancos y me encontré en medio del auditorio. Arriba, en el entarimado, estaba la figura de Córdoba, el Presidente del Centro de Estudiantes, moviendo frenéticamente los brazos y llamando a todo el mundo a abstenerse de presentar los exámenes finales, hasta tanto se lograra la renuncia

del jefe de la Seccional N° 1 y fuera derogada la medida de expulsión contra Maradei, Pelagajo y contra mí. Desde abajo le grité: “¡Púyale, Córdoba, tenemos que aplastar al enemigo, fuera para siempre la jefa de la Seccional N° 1!”. Me di cuenta de que estaba pegando gritos en un auditorio vacío y que nadie me escuchaba, aunque oyera sus aplausos.

Con rabia y hasta cierto rencor, dirigí mis pasos a la Seccional N° 1. De nuevo la ganzúa no me hizo quedar mal. Le metí un beso y entré. Lo primero que me provocó fue caerle a patadas a todo aquello, voltear patas arriba toda esa oficina. En esta Seccional N° 1 el jefe trataba de besuquear a todos los muchachos y al que no se dejaba, lo expulsaba. Me acordé de aquella frase: “Eres terrible, papá, pero no te preocupes, nada te va a pasar”. Después el tipo me hizo expulsar por un mes, pero todo el liceo se enteró de todo. En la pared del fondo había un cuadro en el que aparecían Aquiles y Patroclo en un dudoso abrazo. Pensé: “Este es un pargo ilustrado”. Al lado de ese, descansaba otro cuadro, una naturaleza muerta, creo, donde el rosado resaltaba y daba la impresión de un dejo melancólico, breve, huidizo, capturado y plasmado en el cuadro casi con regocijado sadismo. “Parcha de remate”, no cabía duda. Me arrellané en la poltrona ejecutiva y halé la gaveta central del escritorio: ante mis ojos apareció una impactante colección de obras estudiantiles, con la cual se podría montar una retrospectiva de la fecunda ociosidad o del joder del alumnado. Guardar tan celosamente todo eso solo se le podía ocurrir (a una mentalidad invertida) a un pez de agua

salada. Dejé viajar la vista por el tapiz azul cielo que decoraba el interior de la gaveta archivo, gaveta historia, gaveta museo y descubrí que, entre todas las cosas allí habidas, sobresalía un viril miembro tallado en madera, en el momento que luce una forma más bien prismáticotriangular. Ese lo había esculpido Gustavo en el Taller de Manualidades Masculinas y le costó quince días de expulsión y un buen sermón –para que pusieran mayor vigilancia a las andanzas de su párvulo– a sus afligidos representantes. La creación de Gustavo, el jefe de la Seccional N° 1 la guardaba envuelta en una toalla “Rosal” rosada y perfumada. En mis manos cayó un dibujo de dos sexos que se complementaban y, por lo visto, acababan de cumplir su cometido. Más allá, encontré un cuaderno “Alpes”, mixto, lleno de versos obscenos y en el que se contaban las desviaciones de algunas solemnidades y las veleidades de muchas mosquitas muertas, es decir, la biografía oculta de casi todos y que sería interminable narrar. También se escondían en esa gaveta cartas de amor y sus contestaciones, papelitos con lacónicas proposiciones indecorosas, alas polvorosas de maripositas descuartizadas, pétalos muertos de margaritas deshojadas, corazones dibujados a escondida atravesados por flechas que venían de lejos o por puñales, según se tratara de unión o desunión; pañuelos de señoritas manchados con una o dos gotitas de sangre, bufandas de muchachos con labios de carmín estampados directamente por incógnitas bocas colegiales con sed de aprendizaje y experiencia, lápices “Mongol” con los nombres de supuestos novios grabados en su breve espacio,

sexos aislados, muñequitos de plástico orinando, largas uñas pintadas de rojo o a dos tonos, piedritas, ligas mensajeras, prendedores, cintas, mechones de cabello, sortijas, frasquitos de perfume siguemelospasos, trenzas, ojos de zamuro pulidos, azabaches, paraparas, caramelos, cintillos y suspiros envueltos en celofán. Es decir, todo el liceo o buena parte de él metido en esa gaveta que estuve escudriñando durante más de una hora. Todo eso era el pasado pero estaba allí, metido en la gaveta. Eran las tantas vainas que habíamos echado, ahora bajo la guardia caprichosa del jefe de la Seccional N° 1. Pensé: una de dos: o este tipo es un morboso o es un masoquista: una de dos o las dos cosas a la vez y más todavía: morboso, masoquista, dudoso, coleccionista y jefe de la Seccional N° 1: espléndido currículum vitae para aspirar a la meta última del escalafón. Arranqué dos páginas del cuaderno de las negras biografías, en las que se nos calumniaba a Kyra y a mí de cosas insanas en la azotea, las rompí, las eché al cesto y salí, rumbo a la dirección, como más liviano.

Casi se me olvida que si me metí en el liceo fue para robarme el examen de química, pues era sumamente excitante andar por esos salones amplios y solitarios –más amplios que de costumbre–, donde no se escuchaba ni el paso de una tiza sobre los pizarrones. El liceo silencioso, como achicado ante mi presencia, todos sus salones vacíos, sus baños avergonzados, sus seccionales y salas de profesores indefensas, expuestas a que yo le diera rienda suelta a mis venganzas tanto tiempo acariciadas en un pupitre; todo en el más triste desamparo,

en la más abrumadora soledad. Pero de repente la excitación era miedo; el miedo de encontrar a alguien detrás de cada puerta que abrías, de abrir un salón y encontrarte con las risas y burlas de profesores y alumnos, la rechifla general y tú allí, parado estúpidamente en la puerta, confundido, vuelto un ocho. Y cuando abrías la puerta y no encontrabas a nadie en los salones, sino silencio y silencio y más silencio, entonces te volvía el alma al cuerpo y te entraban unas ganas de reír y hasta te dabas el lujo de hacer sesudas disertaciones de Historia de Venezuela o de Formación Social, Moral y Cívica. Cada salón vacío que ibas descubriendo te provocaba un gran alivio y, al mismo tiempo, una inmensa tristeza inenarrable, como un recuerdo al rojo vivo, pero inasible.

De pronto me sorprendí dentro de la Dirección. La ganzúa no hallaba obstáculo a su paso. Esta era de todas, la oficina más lujosa. Alfombras, cuadros, *air conditioned*, TV, radio, agua fría, espejos casi transparentes y un imponente y soberbio escritorio detrás del cual Brito Brito guarecía su figura ridícula y odiosa de Director; el escritorio, una verdadera fortaleza que disimulaba todas las frustraciones y complejos de Brito Brito y daba a su personalidad dimensiones que realmente no poseía. Me senté nada más y nada menos que en la silla del Di-rec-tor, sí señor. Me quedé mirando fijamente, al través de los gruesos lentes de los espejuelos, a Maradei que estaba allí, sentado frente a mí, diciendo que él no se había robado ningún examen de Biología. Yo ni pestañaba, lo miraba nada más. Cuando terminó de decir no sé cuántas cosas que ni

él mismo se creía, quitándome lentamente los culodebotella, le dije: “*Estás expulsado, vale, estás expulsado*”. Solté la risa y halé la gaveta (ya Maradei había desaparecido y ya yo no era el astigmático Brito Brito sino Silva, el eterno mala conducta); ante mis ojos relumbró tremendo calibre 38, cañón largo. De manera que Pelagajo no estaba inventando cuando decía que Brito Brito trabaja también para la Secreta, que era un sapo, un redomado soplón y allí estaba el arma de reglamento como prueba irrefutable. Mi primera reacción fue cerrar rápidamente la gaveta y salir de inmediato del liceo, pero me contuve. Ningún arma se dispara sola y además nadie me estaba viendo. Abrí de nuevo la gaveta. Tomé el 38 y me lo guardé detrás del pantalón, sacándome la camisa para que no se notara el bulto. Me gustaría verle la cara a Brito Brito cuando no encuentre la fuca en su escritorio; no pondrá ninguna denuncia pública porque es a él quien menos interesa que se sepa que es policía. Vaya con el gorila, mira qué sapo el desgraciado, tomo de mierda es lo que es.

Aquella oficina empezó a apestarme de repente. Casi con náusea salí de allí, atravesé un corto pasillo y llegué a Secretaría. Iba a seguir de largo, hacia el laboratorio de química, donde estaba lo que iba a buscar, pero una vitrina llena de trofeos me detuvo bruscamente. Vi las estatuillas doradas y vi la gloria; escuché otra vez el coro: *¡A la bin, a la bin, bon, ban: Silva, Silva, raa, raaa, raaaaaaa!* Coro que oía al final de la pista de mi veloz adolescencia o que me inventaba en largas noches de fantasiosos insomnios de gloria. Y yo entrando,

chamo, con los brazos en alto, por la meta de los 1.500 metros planos. Me acuerdo que en la eliminatoria un tipo de Puerto La Cruz me había ganado porque me dio el calambre que siempre me daba en la pantorrilla, pero después, en la final de los interliceístas, me le pegué a la pata y así lo llevé hasta la última vuelta; cuando faltaban 100 metros le metí al remate, al embalaje y el tipo no me vio el humo, lo que le dejé fue el polvo y los muchachos del “inteligencia” que me dieron dos vueltas en hombros por toda la pista, nada más que gritando: ¡*Silva, Silva!*, hasta que me dejaron bajar y de allí nos fuimos para casa de Lesbia a celebrar, no mi victoria, sino el bautizo de su nueva muñeca.

Ahí están los trofeos, no es cuento. De esos doce, cuatro me los gané yo, dos Pelagajo, uno Morrocoyloco y los demás ilustres desconocidos. Es decir, que más de la mitad de su gloria el liceo nos la debía a nosotros. Yo era el azote en los 400, 800 y 1.500 metros planos porque tenía resistencia y velocidad. En los lanzamientos de disco y jabalina nadie, absolutamente nadie, ni siquiera Rosboro, igualaba el brazo (o la braza, porque lo que tenía era una madre de braza) de Pelagajo. Y a Morrocoyloco no había quien le diera la talla en el salto con garrocha. Por esa y otras razones teníamos al liceo y a las carajitas del liceo metidos en el bolsillo; por esa y otras razones Brito Brito y el jefe de la Seccional N°1 nos tenían una especie de mezcla entre envidia, arrechera y admiración.

Este, el de los 1.500, fue el último trofeo que me gané. Aquella vez a Morrocoyloco, a Pelajo y a mí nos hicieron un agasajo; a la dirección no le quedó otro camino, al final el sol termina achicharrando el dedo que pretende ocultarlo, nos dijo con sabiduría y justicia Sor Juana Inés de la Cruz, la profe de Castellano. Los tres nos dábamos de codazos y nos cagábamos de la risa cuando Brito Brito, de mala gana, porque se notaba que lo hacía de mala gana, decía (o mal decía): “... *muchachos que son ejemplo y modelo para la juventud, buenos estudiantes y magníficos atletas, que con sus triunfos honran nuestra institución, la cual se enorgullece de tenerlos en su seno...*”. De pronto Brito Brito cortó el discurso, nos prendió a cada uno la medalla respectiva y dio por concluido el acto, sin más. La profesora de Castellano y Literatura, aprovechando lo propicio de la ocasión, se me acercó y me puso un beso en este cachete y me felicitó, me atrevería a jurar que enjugando una lágrima, como dicen las radionovelas. Yo le prometí: “*Le voy a regalar mi medalla profe*”. Y ella: “*¿De-de veras?*”. Y yo: “*De veras y de todo corazón, mi profe, mañana se la traigo, por esta, mire*”. Pero al final fue Isoilia la que se terminó quedando con la medalla, dejando en espera de por vida a sor Juana Inés de La Cruz, nuestra inolvidable y dulce profe de Literatura.

Me di cuenta, mientras recordaba frente a la vitrina de los gloriosos trofeos, de que llevaba un arma encima, que no tenía mucho tiempo que perder. Salí corriendo de allí y al minuto estaba dentro del laboratorio de química. La verdad es que el liceo es un dragón de mil cabezas que le traga a uno

buena parte de la vida. ¿Cómo habíamos derramado ácido sulfúrico $-SO_4H^2-$ en estas largas mesas negras? Allí aprendimos a fabricar explosivos y allí conocimos los secretos de los vasos comunicantes y gozábamos una y parte de otra viendo al hidrógeno, de lo más orondo, desprenderse del agua como si nunca la hubiera conocido. Allí, por Dios, nos hicimos panaderías de Boyle y Mariotte y hasta aprendimos a preparar una mezcla voladora; nosotros no la tomábamos porque teníamos espíritu deportivo, pero le vendimos el secreto a Burroloco y desde entonces comenzaron a llamarlo Rey Dormido. El laboratorio de química, por los cambios que allí se sucedían, siempre me dio la impresión de ser un universo aislado –y lo era, de veras–, con sus propias y particulares leyes, un lugar de magia.

Me llegué hasta el escritorio de Mendeleiev y halé la gaveta donde él guardaba los exámenes. Mendeleiev siempre fue uno de los profesores más machete y lo trataba a uno como compañeros y nosotros a él de tú a tú, por lo menos fuera del liceo. Ya le ponía la mano encima al examen cuando oí pasos en el pasillo. Me asomé por la rendija de la puerta y vi a Brito Brito y al jefe de la Seccional N° 1 que caminaban hacia la Dirección. Era Domingo y era agosto –eran las diez de la mañana– y no sé qué hacían esos dos en el “Inteligencia” y yo con el 38 de Brito Brito en mi poder. Para completar, no sé de donde carajo salió Mendeleiev, pero estaba allí, frente a mí, viéndome con su mirada llena de fórmulas de profesor de química; se apareció de repente en el laboratorio y me dijo: “*Silva, deme ese examen y piérdase, piérdase Silva*”. Para sorpresa de Mendeleiev que

dijo: “¿Qué vaina es esta?” no solo le tiré el examen sobre el escritorio –la condenada prueba llena de conchas de cambur que iban a poner en las reparaciones de septiembre (a doce bolos por cabeza)- sino también el revólver de Brito Brito y salí corriendo hacia la puerta principal. Detrás de mí salieron el mismo Brito Brito y el jefe de la Seccional N° 1 y más atrás salió Mendeleiev y más atrás el bedel. Atravesé la pista de atletismo, pase a millón por la cancha de *basket*, salté limpiamente una alambrada y me vi corriendo a todo lo largo de la Avenida 23 de Enero. Miré hacia atrás y ya nadie me seguía, pero proseguí mi carrera desenfrenada, cada vez más veloz, más veloz. El liceo, atrás, dragón de mil cabezas, se iba poniendo más chiquito, más chiquito. Me alejaba de su mole de concreto gris como se desprende el hidrógeno del agua, como si nunca lo hubiera conocido ni hubiéramos sido parte de un todo, de una y la misma realidad, una pelusa. Ahora no me acompañaban ni Pelagajo, ni Morrocoyloco, ni Maradei ni nadie: habían pasado los tiempos de alegres compañías, ay Rubén Darío, dueles hondo. El liceo, en silencio, seguía decreciendo, empequeñeciendo, yo me alejaba, el liceo, dragón más grande que el dragón del tiempo y la distancia, desapareció de repente de mi vista y yo no volví más nunca a sus patios y pasillos, aunque me quedé sentado allí, en la escalera de la izquierda, metido en mi almidonado y planchadito uniforme de kaki.

AQUÍ ESTÁ, AQUÍ NO ESTÁ ¿DÓNDE ESTÁ LA BOLITA?

Anteayer fue a una vieja. Con un movimiento de dedos y el payaso la convencieron. La misma se terminaba de bajar del Expreso de la Costa, terminaba de salir del baño y venía a tomarse una Alka-seltzer a la barra cuando el tipo la abordó, mire misia qué fácil es, aquí está aquí no está ¿dónde está la bolita? Y la vieja sabía que la bolita estaba allí, debajo de la tapita de la izquierda, pero no se atrevió a apostar y vino otro tipo y, zuás, aquí está la bolita, vengan esos cien bolos, mala suerte, dijo el tipo de las tapitas, el catire de la camisa blanca, pantalón azulmarino de polyester y sombrerito de alas cortas de Panamá, vamos otra vez, aquí está aquí no está ¿dónde está la bolita? Y la vieja volvió a ver dónde estaba la bolita pero tampoco se atrevió esta vez y el mismo tipo se volvió a ganar cien más y al tercer rebuleo de manos y dedos la vieja sentía una íntima humedad, estaba pálida, la saliva seca, temblaba levemente y cuando el catire le dijo van quinientos, ¿dónde está la bolita?, ella dijo van y levantó la del medio porque por Dios que la bolita estaba allí y cuando la vieja se montó de nuevo en el Expreso de la Costa parecía un cadáver, con un cangrejo atravesado en la garganta y sentía martillazos en

la cabeza y las manos suda que suda y ella que juraba que la bolita estaba allí y la lengua, ese estorbo ácido en la boca.

Ayer cayó como un mismo arcángel un exrecluta. Le habían dado la baja y se lanzó, luego de mirar que fácil era, hacia la tapita del centro por tercera vez, apostando las últimas cien de las mil munas que le quedaban de sus ahorros en el cuartel, ya le habían raspado novecientas –y cien, mil– y cuando levantó la tapita los ojos se le bloquearon al ver en el pequeño espacio que abarcaba la tapita el más grande vacío de su vida toda. Allí comprendió el significado absoluto de la nada, su peso infinito y demoledor.

Hoy terminaron los días del catire de sombrerito de Panamá, cuya fama se extendía por todas las carreteras del país. El catire Ruiz, hombre de mil mañas y habilidades, conocedor de todas las artes del engaño, psicólogo nato que conocía su próxima víctima a leguas y la persuadía y halagaba para luego darle el tiro de gracia, dijo aquí está aquí no está ¿dónde está la bolita? delante el mismo hombre que acababa de desplumar minutos antes, cuando este, de repente, sacó un largo cuchillo y le dijo aquí está la bolita y se lo guardó en el páncreas.

La gente creyó que con su muerte se habían acabado las estafas, pero qué va; todo oficio es heredado, todo vicio continuado; ningún truco fenece con su ejecutor. La cuarta noche del novenario del catire Ruiz, un sujeto moreno y alto, su ayudante y payaso, detrás de la cocina, a escondidas de los

familiares del muerto, les decía a dos jóvenes recién llegados que aquí está aquí no está ¿dónde está la bolita? Y al poco rato los dos jóvenes llegados de la capital para asistir al velorio de su padre, el catire Ruiz, salían confusos y pálidos de la cocina, mientras el hombre de sombrerito de alas cortas, por la puerta del patio, desaparecía en la noche repitiéndose aquí está aquí no está ¿dónde está la bolita? aquí está aquí no está aquí está aquí no está aquí está aquí no está.

QUE AL RECIBO DE ESTA

Te encuentres bien como son mis más sinceros deseos te digo que aquí en Caracas te digo me entristeció mucho cuando te vi en la parada querida mamá espero que al recibo de esta, como son mis más pronto deseos, te digo porque la verdad es que te digo la verdad (coño, así no, por dónde era que iba)...

Querida mamá, tus más profundos deseos son que me encuentre bien en unión de mis hermanos porque esos son tus deseos que al recibo de esta (no, no, así no).

Querida mamá, hoy tomas el lápiz en tus manos (noo, maldita sea, soy yo la que toma el lápiz), digo pues que hoy tomo el lápiz en mis propias manos para escribirte mis profundos deseos como son al recibo de esta de que te encuentres bien aquí en Caracas (no, no, así no, soy yo la que está en Caracas, tú estás), oh mamá, cómo estás tú y el pueblo, dime, ¿la bodega de Jorge está donde mismo? Saludos a Maritza como son sus profundos deseos y los míos y los tuyos, que al recibo de esta deseo que tomes el lápiz que está bien (qué buena vaina, otra vez lo haré).

Querida mamá, tú no estás en Caracas como son mis más profundos lápices en las manos tuyas propias (pero qué disparate estoy escribiendo, Dios mío, y ya se va a llegar la hora, ayer me echaron un carro, coño, sabía que los tipos de la mesa tres tenían ganas de echarme el carro, se les veía en la cara y la forma en que pedían, así, con pendencia, ey, trigueña, tres tercios y un bolívar pa' la rocola, no jó) pues te digo mamá lo que te digo.

Querida mamá, el lápiz me tomó en sus manos para que al recibo de ésta (no coño, no es así, Dios mío, qué me pasa, ayer casi no fiché y el maldito tomo ese que no deja de matraquear, tú sabes que yo soy la autoridad trigueña y ay este dolor de cabeza, el maldito ratón, querida).

Querida mamá el maldito ratón, qué digo, querida mamá, querida hoy te tomo como un lápiz en las manos (y el portugués ese que atiende a aquel cliente que es muy bueno y limpia esa mesa y trata de retener el viejo ese que siempre anda útil y recoge esas botellas y no jodas tanto portugués), mamá.

Porque mi deseo es tomarte al recibo de esta en mis manos como son mis más profundos lápices que te encuentres en unión de todos bien saludos a Berta, mamá (ya se está llegando la hora, hoy no me van a dar diario con el carro de ayer y este maldito ratón, querida mamá), yo por aquí bien, besitos al lápiz, qué es esto, Dios.

Ahora sí, coño, debo escribir de una vez, bien, con calma, sin apuro, así.

Querida mamá, el lápiz me toma en sus manos, COÑO
CHICA QUE ME METÍ A MESONERA A FICHERA A PUTA
O A LO QUE SE TE ANTOJE PUES CHICA ESO ES TODO
Y A TI QUE TE IMPORTA TOMO EL LÁPIZ O LA MIERDA
EN LAS MANOS MAMÁ NO JODAS TANTO BENDICIÓN
VIEJITA.

CÁLIZ DE HUESOS PARA ZENAIDA EN NOEL

*(A Zenaida Mata, madre de Noel Rodríguez,
estudiante de El Tigre , asesinado hace cuatro décadas
y desaparecido durante 40 años)*

Tus sandalias perdidas	Lo buscaste en la tierra
En busca de los huesos	En la flor que florece
Perdidos del rebelde	En las tierras sin flores
Fruto de tu vientre:	
Noel	Lo buscaste en los ojos
	De los torturadores
Tus sandalias insomnes	que esquivaban tus ojos.
Tras el osario insomne	
Como un cáliz sin hostias	Ay, Zenaida, mujer
	Buscando más que un hueso
en las misas sin cáliz	

Del fruto torturado	Bajo el zenit Zenaida cenital
Un húmero o un fémur	En un cáliz de cenizas y huesos
O una costilla hendida	Noel que vuelve a casa
	y te canta Zenaida:
Hoy, Zenaida, mujer, madre	“Cuando llora una estrella”
En este día sin astros	hasta quedarse dormido en tu regazo
Y casi rutinario	Dormido en el dolor de tu victoria
te los entrega la tierra	Zenaida.
de una madre a otra madre	

VENGO DE MÍ

Vengo de una sala de cuidados intensivos y de otra de cirugía. El poder decirlo es ya una victoria sobre los imponderables de la vida, una forma elegante de nombrar sus emboscadas. Por desconocer el inextricable léxico de la medicina, me limito a transcribir un parte médico según el cual sobre mí cayeron una disección de la arteria aorta descendiente, aneurisma, trombo mural, derrame pleural e infección respiratoria, cuya sola enunciación, enferma.

Mi deseo, en medio de ese montón de cosas insondables, era salir de semejante trance para incorporarme al roster más alegre y extendido del béisbol profesional de Venezuela: el de los Navegantes del Magallanes. Como lo que me resta de vida lo mido en los mundiales de fútbol que me quedan por ver, pienso con optimismo que presenciare las incidencias, como dicen los cronistas deportivos, de Brasil 2014. Lo demás son bonos de la bodega de don Manuel y ñapa de la pulpería de don Urbano. Vas que chutas, dirán mis viejos amigos del Deportivo Guanipa F.C.

Dije amigos. Sea propicia la ocasión para agradecer las llamadas y mensajes de camaradas y compañeros mientras estuve asomado a ese lugar donde nada se me ha perdido. Como hablé de deporte, me reconfortaron las llamadas de Juan Facendo, mi amigo, profesor de Educación Física y entrenador de atletismo en las pistas del Liceo Briceño Méndez. Vaya también mi gratitud hasta Rosita, su solidaria esposa. Si la infancia de Antonio Machado “son recuerdos de un patio de Sevilla”, las mías son las tardes en aquella pista de sol y tierra bajo la mirada sabia de Juan Facendo, merecidamente consagrado en el Salón de la Fama del deporte venezolano.

No lo pude evitar, pero aun en cuidados intensivos, me asaltaron aspectos de cierto periodismo que se hace en mi país. En medio de la gravedad, siempre estuve consciente de mi obligado entorno. En aquella sala, los demás pacientes estaban entubados, inconscientes o dormidos. Me dije que se necesita ser bien miserable para retratar a una persona en esa situación y publicar su foto en un periódico. Eso hizo el semanario “6° Poder” con el amigo y camarada Clodosbaldo Russián, que en paz descansa, y lo desplegó en su primera página. Terrible para sus familiares y amigos. Pura necrofilia crematística que supura bajo los aspavientos de la “libertad de expresión”.

Venir de cualquier enfermedad es venir de uno mismo. Somos vida y muerte a la vez. Por eso mi ficción se asoma a esos estadios de la “no vida”, como la llama don Fernando Paz

Castillo, con naturalidad y humor. Eso sí, “como un amigo”, tal cual nos lo aconseja el precavido Nicolás Guillén. Esa amistosa precaución la tuve cuando, de joven, escribí *Penúltima Tarde* (Premio Municipal de Poesía, 1977) y *A la muerte le gusta jugar a los espejos* (Mención Premio Municipal de Narrativa, 1977). Después, el humor puso las cruces de los cuentos de *Cementerio Privado* (Premio Conac de Narrativa).

Me di un paseo por todos estos pasajes literarios que sueños e insomnios me fueron dictando en noches y días reales o ficticios. Me di cuenta, allí en cuidados intensivos, de que algo faltaba en esas historias. Por ello, para completarlas, me salí de ese lugar y me fui a buscar las aguas del Caris, otro río de mi infancia, un espejo líquido que siempre me devuelve la radiante sonrisa de una muchacha cariñosa, con escalofríos y fogonazos de adolescencia. Otro río al que siempre regreso y nado en sueño.

Después me dijeron que todo fue delirio retro de las fiebres de agosto. Pero la Mesa de Guanipa estaba allí, como una inmensa sábana verde y sepia tendida en la sabana, sin horizonte posible, bajo el sol de endenantes, de endenatico casi.

ÍNDICE

PRÓLOGO DE ENDENANTES	5
ASÍ ES ANZOÁTEGUI	7
UN TIGRE DE 62 AÑOS	11
UN PEQUEÑO JAGUAR DE 100 AÑOS	23
NUESTRO LICEO BRICEÑO MÉNDEZ	33
SE LLEVARON EL RÍO	37
LA VUELTA A TANK-FARM CON CHÁVEZ	41
EL TIGRE: CIUDAD ATÓMICA Y CINÉTICA	55
LOS LOCOS NO CAEN DEL CIELO	61
MI COMPINCHE ANA DEL ROSARIO	65
MI SESENTÓN Y JOVEN LICEO	71
LA PISTOLA Y LA REINA	79
EL LICEO SE LLAMA BRICEÑO MÉNDEZ	83
EL BURRO SUBVERSIVO	87
NOSOTROS, GENTE DE OFICINA N° 1	97
OBREROS DEL ÚLTIMO POZO	99
LOS DIABLOS DANZANTES DESDE ANZOÁTEGUI	103

LA PRIMERA JUGADA DE ENZO HERNÁNDEZ	107
YO JUGUÉ CON ENZO HERNÁNDEZ	111
RUBÉN TORRES TAN CERCA	115
CARLOS URRIETA O LA REVOLUCIÓN	117
EL TIGRE PERIODISTA	119
VUELTA CANELA EN ANZOÁTEGUI	127
MORIR EN SAN TOMÉ	131
JOSÉ ANTONIO ANZOÁTEGUI ENTRE HURACANES	135
CANTAURA DE LOS CHANGURRIALES	145
PRÓLOGO PARA NÓRGIDA	151
TAREK O LA POESÍA	157
POEMA IMPOSIBLE DE EL TIGRITO	161
CON CHÁVEZ EN GUANIPA	163
EL DOBLE DESTINO DE UNA MUCHACHA MUERTA	169
CAREGATO	175
DETRÁS DE CADA PUERTA EL SILENCIO	183
AQUÍ ESTÁ, AQUÍ NO ESTÁ	
¿DÓNDE ESTÁ LA BOLITA?	199
QUE AL RECIBO DE ESTA	203
CÁLIZ DE HUESOS PARA ZENAIDA EN NOEL	207
VENGO DE MÍ	209

Guanipa Endenatico
se terminó de editar en digital
en el mes de octubre de 2021
Caracas - República Bolivariana de Venezuela



A profile photograph of Earle Herrera, a man with glasses and a mustache, speaking into a microphone. The image is overlaid with a semi-transparent red filter. The background is a solid red color.

Earle Herrera

Destacado periodista, poeta, cuentista y cronista venezolano. Es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad de La Laguna, España (2002), profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, diputado de la Asamblea Nacional Constituyente (1999 y 2017). Desde sus inicios en el periodismo se destaca como articulista en diferentes diarios donde demuestra un estilo mordaz, incisivo y no falto de humor. Escribe en la actualidad para el diario *Ciudad CCS* donde redacta su columna "El kiosco de Earle", y conduce el programa *El kiosco veraz* por Venezolana de Televisión. Ha publicado, entre otras obras, *Penúltima tarde* (1978); *Los caminos borrados* (1979); *El reportaje y el ensayo* (1983, 1991, 2012); *La magia de la crónica* (1986, 1991, 2012); *¿Por qué se ha reducido el territorio venezolano?* (1978, 1990, 2016); *El humor constituido* (1999); *Periodismo de opinión* (1997, 2012); y *El que se robó el periodismo que lo devuelva* (2005). En tres oportunidades ha sido merecedor del Premio Nacional de Periodismo, entre otros importantes reconocimientos.